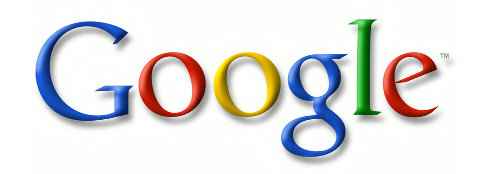
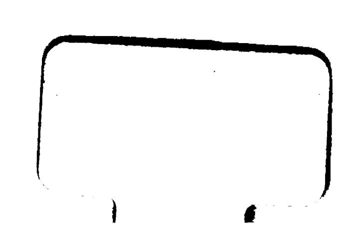
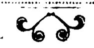




167

Naderías.



CUENTOS

Y

Artículos de Historia y Arte

POR

ALFONSO JARA

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.
1902

NADERÍAS

Naderías.

CUENTOS

Y

Artículos de Historia y Arte

POR

ALFONSO JARA

MADRID
IMPRENTA DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Alhambra, núm. 1.
1902

PRIMERA PARTE

CUENTOS

LA ESQUILA



LA ESQUILA

La imperiosa necesidad de las vacaciones del estío arranca de la quietud de sus hogares y arroja al bullicio de playas y balnearios á multitud de madrileños y provincianos de tierra adentro que se derraman por esos mundos de Dios en busca de salud y demanda de algazara.

Cantidad no escasa de veraneantes se dirige á San Sebastián, encantadora población que une á la hermosura de su suelo, limpieza de sus calles, y comodidad y aseo de sus alojamientos, gran abundancia de fiestas y diversiones, tales como corridas de toros, regatas, cotillones, conciertos, partidos de pelota, partidas de

tennis y hasta sesiones de caballitos y treinta y cuarenta, que en ella gozan de la tolerancia gubernativa.

De todo, en suma, hay en San Sebastián. El Municipio, el Casino y el popular Arana no dan paz á la mano en la caritativa tarea de obsequiar y festejar al forastero, por su dinero naturalmente. Y este es el lado negro de la cosa, pues llega un día en que las carteras dicen á sus regocijados dueños que no pueden más y les obligan á emprender aceleradamente el viaje de retorno y entonces es el maldecir de las patronas, el gritar de los comerciantes y el renegar de las bañeras al ver que los forasteros, con la precipitación, se olvidan de pagar sus servicios y desvelos.

Ocurre de ordinario esta desbandada á fines de Agosto y principios de Septiembre, y el día 15 de este último mes son muy contados los forasteros que en la capital de Guipúzcoa, permanecen. Para estos pocos principia entonces un delicioso período de tranquilidad y reposo que sus baqueteados cuerpos necesitan y apro-

vechan para restaurar las perdidas fuerzas y reponerse de las pasadas fatigas, que fatiga harto grande supone para los que se divierten el escrupuloso cumplimiento de las múltiples obligaciones que la moda impone á sus rendidos adoradores.

Un año me cupo la dicha de ser de los que se quedaron en la bella Easo, después de la desbandada general, y cito este hecho, en primer lugar, porque es necesario para el buen orden de la narración, y en segundo término porque habla muy elocuentemente en elogio mío, acreditándome de rico, formal y previsor, con lo cual adquiero buena fama, cosa muy necesaria, en estos tiempos de *luises*, para hacer una buena boda.

Cuando se fueron los más y nos quedamos los menos, dimos en reunirnos muy estrechamente, como para defendernos contra la soledad que nos rodeaba. Juntos, pues, pasabamos el día en alegres giras por los pintorescos alrededores donostiarras y juntos acudíamos por la noche al lindo salón amarillo del Casino y luego al café de Europa. En los divanes

del uno y juntos á los veladores del otro, el que podía derrochaba su ingenio, el que no podía derrocharlo lo economizaba en espera sin duda de más oportuna ocasión en que lucirlo, como el cosechero del cuento, y muchos ni lo derrochaban ni lo economizaban, por razones que la capacidad del lector seguramente adivina.

Figuraba en este grupo de íntimos un respetable hombre público, honrado á carta cabal, franco, servicial, alegre y elocuentísimo narrador de sus empresas políticas y galantes y de muchas cosas más, pues la pícara afición á la elocuencia era su defecto único. Lucía este señor en la doble cadena, que de uno á otro de los bolsillos de su chaleco blanco pasaba, un solo dije, que consistía en una diminuta esquila de oro, con su correspondiente, y punto menos que microscópico, badajo.

Una noche en que la conversación se agotó antes de que á cada mochuelo le dieran ganas de retirarse á su olivo, ocurriósele á alguien, por hablar de algo, preguntar al político si aquel solitario ador-

no era un *porte-bonheur*, ó un recuerdo, ó si tenía cualquiera otra significación.

Al escuchar la inocente pregunta, nuestro respetable amigo se puso muy grave, cogió con dos dedos la esquila, la agitó para que sonase, tosió, como quien se prepara para un largo discursos, y al cabo contestó de esta manera:

— Este dije, señores, es inseparable compañero mío. Su historia y la mía, desde hace más de cuarenta años, van unidas.

Al escuchar tal respuesta mirámonos todos los concurrentes con mal disimulado pavor, muy justificado por la maldita costumbre que el elocuente exministro estar (era su posición) tenía de adornar todas sus historias con minuciosos y prolijos detalles. Esta vez hizo nuestra buena fortuna que leyese en nuestras miradas el terror que nos dominaba y embargaba ante la triste, perspectiva de tener que escuchar la relación detallada y completa de cuanto á él y á su esquila les había ocurrido durante cuarenta años, y como hombre cortés y bien criado, se apresuró á tranquilizarnos de este modo:

—No se alarmen Uds.; les doy palabra de ser breve y de referirles tan sólo un hecho que me ocurrió cuando tenía yo veintiséis años, y en recuerdo del cual llevo esta esquila, que ha tenido la fortuna de llamar su atención.

Como era hombre que nunca había faltado á su palabra, aquietó con las dichas los sobresaltados ánimos, y así, en medio del más religioso silencio, prosiguió:

—Fuí yo de mozo muy jugador y calavera. El tapete verde consumió en breve tiempo el escaso caudal que de mi padre heredé. Caí luego sobre mi pobre madre, é hícela vivir mártir de mis excesos. Con santa resignación sufría ella los disgustos que mi liviana conducta y desastrada vida le ocasionaban; dábame, cuando podía, el dinero que yo sin cesar le demandaba, y que me entregaba, ¡sabe Dios á costa de cuántas privaciones y de cuántos sacrificios! Pero vamos al hecho, antes de que Uds. concluyan por impacientarse.

Un verano había ganado yo bastante

en Madrid, y decidí venir á San Sebastián, población que no conocía, porque entonces no se viajaba tanto como ahora, á pasar una temporada y gastar alegremente mis ganancias, jurando, antes de emprender el viaje, no jugar durante él, porque no ignoraba que, lejos de mi madre, era más peligroso el maldito vicio á que venía entregado en cuerpo y alma. Pero el hombre propone y Dios dispone.

Apenas llegado aquí, caí en la tentación de probar fortuna. Resistí valerosamente una semana ó quince días, pero al cabo no pude más y busqué una casa de juego. La encontré sin gran esfuerzo y jugué, como cosa de una semana, con varia fortuna, hasta que una tarde perdí cuanto llevaba encima, que era lo único que poseía, sin perjuicio de lo cual, estimulado por vicioso prurito, seguí jugando y jugando, hasta la cantidad de 2.000 pesetas, que recibí en el *comptoir*, prometiendo pagarlas al día siguiente.

Cuando perdí la última ficha, salí del garito en un estado de ánimo indescriptible; vagué á la ventura largo espacio

de tiempo, me aparté de la carretera por donde iba, y vine, finalmente; á caer, como aniquilado y sin aliento, sobre un tronco que yacía por tierra, allá en lo profundo de un valle, lejos, muy lejos de la ciudad.

Á solas con mi conciencia, dime á cavilar y pensar en lo angustioso y sin salida de mi situación. Yo no tenía amigo alguno en San Sebastián á quien pedir la cantidad que debía. Era preciso escribir á mi madre y esperar el dinero, que ella, seguramente, me enviaría; pero esto era muy largo. Es indudable que mi imaginación, excitada, abultaba sobre manera mi desgracia, y que si yo hubiera tenido la serenidad y calma suficientes para arroar de ella los temerosos fantasmas de la cárcel, la afrenta y el deshonor que por completo la poblaban, habría podido comprender cuán probable era que en la casa de juego se me hubiese concedido el tiempo necesario para pagar mi deuda.

Abrumado por mis negros pensamientos, apoyé la cabeza en las manos y rompí á llorar como un niño. De repente me

pareció ver, á través de las lágrimas, que brillaba algo entre la hierba; miré más fijamente y creí distinguir una cartera. ¡Sí, era una cartera, no cabía duda! ¡Era una cartera de piel de Rusia, elegante, con cantoneras de plata y muy abultada! Debía de tener mucho dinero; tal vez lo bastante para remediar mi desdicha. Alargué la mano para cogerla y la retiré rápidamente, disgustado y con asco. Procuré entonces vencer mis escrúpulos. Traté de convencerme de que ningún delito cometía al apoderarme de la tentadora cartera. En aquel momento de criminal abandono hasta intenté poner á Dios y á la Religión al servicio de mi locura; con espanto recuerdo que hice el siguiente impío razonamiento.

Dios me quiere salvar y me pone esta tabla en mi naufragio; pone esa cartera al alcance de mi mano para que yo la coja y con ella provea á mi necesidad y alivie mi desgracia, evitando á mi madre el dolor que mi muerte ó mi afrenta ha de causarle.

Y volví á adelantar la mano, y volví á retirarla con más asco esta vez que la primera.

Ocurrióme entonces una idea. Yo no robaba á nadie; recibía prestada una cantidad para devolverla. ¿Era acaso un robo encontrar una cartera, sacar de ella la cantidad que necesitaba, evitando con ello mayores males, y luego devolver el dinero y la cartera á su propietario? ¡Qué había de serlo! Esta vez cogí la cartera con presteza, y ya iba á abrirla, cuando sonó á lo lejos una esquila, y al escuchar su sonido se me cayó de las manos, y empecé á dar grandes voces diciendo:

—¡Pastor, pastor! *¡Guisona, andría!* Nada al principio, nadie contestaba. Por fin, y tras mucho gritar, apareció una muchacha; hícela que se acercara y la enseñé la cartera, que examinó con el mayor desembarazo.

—Es de mi amo—dijo al cabo de un rato.—Ha estado aquí esta tarde, y sin duda la ha dejado caer al saltar esta valla para salir á la carretera. Usted, que vi-

virá en San Sebastián, podría entregár-sela. El señor vive en tal parte.

—Sí, se la entregaré, si vienes conmigo—repuse yo.

—¿Para qué?—insistió ella.

Al fin, y después de larga porfía consintió la muchacha en acompañarme, pretextando yo que acababa de llegar á San Sebastián y no conocía sus calles.

Al abandonar aquel lugar donde corrí tan espantoso peligro de despeñarme en la honda sima de la abyección y la infamia, inundaron mis ojos abundantes y tiernas lágrimas de reconocimiento al Todopoderoso, sin cuya manifiesta ayuda, mi alma, falta de la necesaria fortaleza, hubiera sido víctima del más vil y vergonzoso de los extravíos.

Guiado por la campesina, llegué á la casa donde habitaba el individuo á quien por un momento pensé en robar. Era él un señor de gran posición y mucho mundo, y cortés y amable en extremo.

¡Horrible tiranía la de la levita! Hubiera ido yo de blusa y al entregar á aquel opulento personaje su perdida car-

tera habríame ofrecido una razonable gratificación; pero iba vestido de señorito, y hacerme tal ofrecimiento era faltarme. Limitóse, pues, á darme las más expresivas gracias y á ofrecérseme con gran urbanidad y comedimiento.

¿Cruzó alguna sospecha por su mente? ¿Tiré yo de la manta de la corrección y dejé al descubierto mis angustias y zozobras? ¿Hízome traición la agitación febril de mi pulso ó el frío sudor de mi mano? No lo sé. Lo cierto del caso es que cuando ya yo me retiraba, aquel señor, que era un gran conocedor de los recursos gramaticales y retóricos, apelando á todo género de eufemismos y perífrasis para no molestar mi decoro, llegó á ofrecerme una cantidad.

Grande fué mi alegría al escuchar aquel generoso ofrecimiento, que podía ser mi salvación; pero (¡extrañas anomalías de la conciencia!) parecíame entonces duro y bochornoso recibir dinero de un desconocido, aun aceptándolo, no como dádiva, sino como préstamo, y dos horas antes estuve á punto de cometer un robo.

Insistió mi improvisado amigo, y rindió con su cariñoso empeño mi obstinada resistencia. Su generosidad y nobleza me llegaron al alma y no pude resistir al noble deseo de contarle mi desventura. Escuchóme con grata benevolencia, y en su gran corazón halló palabras para disculpar mis yerros. Dióme las 2.000 pesetas y aquella misma tarde pagué mi deuda.

A los pocos días le restituí la susodicha cantidad y me despedí de él, ofreciéndole mi casa de Madrid. Hallábame yo en ésta, dos ó tres meses después, muy afanado con los preparativos para mi primer viaje á Ultramar, refugio y amparo de los desesperados de España, al decir de Cervantes, cuando tuve la agradable sorpresa de recibir la visita de mi cariñoso protector, el cual, luego de abrazarme, sacó del bolsillo de su chaleco una cajita y de la cajita esta esquila, diciéndome al mismo tiempo.

—Hágame Ud. el favor de aceptar este modesto recuerdo, y nunca olvide, en ningún momento de su vida, que á una

esquila debe el no haber rodado á abismos de perdición.

—Juro no olvidarlo—repuse yo, apretándole las manos.

Y para tener presente mi ejemplar y milagrosa conversión (desde el lance de la esquila no he vuelto á tocar una carta) y evitar nuevas y más graves caídas, jamás me he separado de este dije. Y en verdad que ha cumplido á maravilla su misión, pues á pesar de haber yo desempeñado los puestos más delicados y comprometidos, mi historia es limpia y honrada y mi conciencia está tranquila y satisfecha.

Apenas acabó de hablar el exministro, salimos del café, y ya en la calle, preguntó uno del grupo:

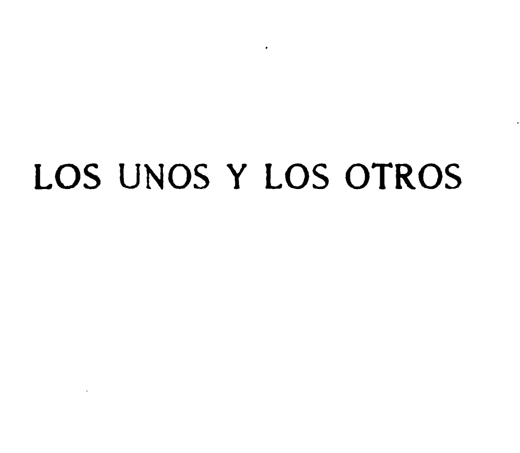
—De manera, ¿que á una esquila debe este hombre su fama de honradez y probidad?

—Cierto es, puesto que él lo ha dicho—replicó una señora celebradísima por la agudeza de su ingenio,—y yo le estoy muy agradecida.

—¿Por qué?—preguntamos á coro.

—Porque con su historia me ha resuelto una gran dificultad. Ya sé lo que he de regalar á mis amigos los hombres públicos, á cada cual su esquila correspondiente.





LOS UNOS Y LOS OTROS



LOS UNOS Y LOS OTROS

Tragicomedia en cuatro actos y un epílogo (1)

I

En el escenario de Apolo, al cual tan fácil acceso ha tenido siempre el público, Juan, que no era autor ni actor, ni periodista, conoció á Soledad, una muchacha del coro, más bien alta que baja, apretada de carnes, morena clara y pelinegra.

Era Soledad muy alegre, y entiéndase esto en el sentido de que se holgaba con la libre conversación y los chistes de sus compañeras; se reía de todo y por todo;

(1) Esta historieta fué publicada en *La Correspondencia de España* el día 28 de Enero de 1900.



subía y bajaba en dos saltos, y siempre cantando á gritos, la estrecha escalera que conduce desde el escenario á los cuartos de las coristas, y dejaba asomar constantemente por las ventanas de sus hermosos ojos negros esos relámpagos de felicidad que tienen por origen los pocos años, la ausencia de preocupaciones y la posesión de un temperamento sano y bien equilibrado.

No carecía de ambición la muchacha, y si había entrado á formar parte del coro era porque le consideraba como el primer peldaño de una escalera por donde había de elevarse á más altas posiciones dentro del teatro, hacia el cual la inclinaba, más que una decidida vocación por el arte escénico, el deseo de mejorar de situación, sirviendo al mismo tiempo de sostén á sus padres, ya ancianos, achacosos, y tan para poco que tenían, como único medio para atender á la satisfacción de sus modestísimas necesidades, una portería en la calle de Embajadores.

Cuando Soledad pasaba por delante del Instituto de San Isidro, los estudiantes la

requebraban, tiraban las capas á sus pies para que le sirvieran de alfombra, y los más osados porfiaban por acompañarla; la moza echaba por el arroyo, se mordía los labios para cerrar toda salida á la risa y se negaba terminantemente á aceptar la compañía que, tan de corazón, le ofrecían los futuros intelectuales.

En la calle de Sevilla toreros de invierno y cómicos sin contrata reproducían, con ligeras variantes, las escenas por los estudiantes representadas, y en el teatro no faltaban nunca floristas portadoras de ramos y de promesas más ó menos brillantes de esos señoritos y señorones ricos y desocupados que, á imitación de los coleccionistas de miniaturas ó de porcelanas, tienen por única misión en este mundo la de buscar honras y dichas para robarlas y exponerlas luego con pueril orgullo en la vitrina de la chismografía á la curiosidad de los imbéciles que les aplauden y envidian.

Honrada por naturaleza y avisada por esa experiencia que tan prematuramente adquieren las muchachas pobres que vi-

ven entregadas á sí mismas y libres de la hipócrita guarda de institutrices y doncellas, Soledad hacía el mismo caso de los ofrecimientos aristocráticos que de los requiebros estudiantiles, lo cual vino á darle una fama de virtud, que reprimió los arrebatos de sus más exaltados admiradores.

Dijimos antes que Soledad era ambiciosilla, é importa ahora decir que era también un tanto presumida de su belleza y de su distinción y cultura, que ella juzgaba muy superiores á las de aquellos entre los cuales se veía obligada á vivir; así, pues, no se ha de extrañar que cuando soñaba despierta, cosa que frecuentemente le ocurría, no soñase con un jornalero rudo y ordinariote, de esos que apestan á aguardiente y sacuden el polvo á la *parienta.*

Soñaba con un empleadillo modesto, que no tuviera más que su sueldo, pues no quería ella pasar plaza de interesada, ó con un cómico en los comienzos de su carrera, ó con un chico de la prensa, de esos que rompen las botas corrien-

do de un Ministerio á otro y del Congreso á la *casa del crimen.*

Así, pues, cuando conoció á Juan y él empezó á insinuarse con ella, creyó la corista que sus sueños iban á tomar forma real, pues era Juan un buen mozo, inteligente y decidor, que vivía, según él, de lo que ganaba ejerciendo la abogacia y de la modesta pensión que le pasaban sus padres, los cuales vivían, según la honrada palabra del mozo, allá en un rincón de Galicia, lo más lejos posible de Madrid.

II

Acto tercero de *Fausto*

III

Han pasado dos años desde la noche en que Juan y Soledad se conocieron en el escenario de Apolo. Viven juntos en el cuarto piso de una casa de mezquina apariencia. Soledad se afana para tener lim-

pio su nido y lo alegra con sus sonoras carcajadas. Juan encuentra el nido incómodo y las carcajadas ordinarias. Echa de menos el regalo de la casa paterna que, por cierto, no se halla enclavada en Galicia, sino en un elegante barrio de la corte y no puede resistir el aburrido y empalagoso dúo que viene cantando desde hace veintitrés meses con una cursi romántica. Soledad sabe que tiene que huir de dos conversaciones, que parece como que tienen el triste privilegio de crispar los nervios de su amante, poniéndole disgustado y mohino. Una de estas conversaciones es la de la boda. Juan al principio echaba hipócritamente la culpa del retraso de aquélla á las rancias preocupaciones de hidalgos de provincia que, al decir de él, ofuscaban á sus padres.

—No, hija — solía decir á su querida, sentándola en sus rodillas;—es prematuro hablarles de eso. Tú no sabes el concepto que de las cómicas tienen los provincianos. Su negativa es segura. Deja pasar el tiempo. Cuando ellos vean la felicidad que te debo, cuando se convenzan

de que no todas son iguales, entonces habrá ocasión de decirles algo.

Y cerraba con un beso la boca de Soledad, que no se atrevía á insistir.

Pero el tiempo pasaba y las preocupaciones de los padres de Juan no se desvanecían.

Lo que sí se desvanecía como el humo era el cariño, ó por mejor decir, el capricho, que por Soledad había sentido Juan en los primeros meses.

Bien pronto la indiferencia se trocó en odio, y esto ocurrió el día en que la antigua corista, un tanto ruborosa y confusa, dijo algo muy bajito al oído de su amante. El estuvo brutal y llegó hasta á insultarla de un modo villano y cobarde.

Soledad conoció que todo había concluído entre ellos y lloró, más por la suerte del ser que en sus entrañas comenzaba á formarse que por la suya propia. Juan encontró aquellas lágrimas mil veces de peor gusto que las carcajadas á las cuales habían sustituído, y Soledad devoró sus lágrimas en silencio.

Por fin, el niño vino al mundo, y su

madre dió en hablar del reconocimiento, y Juan en ponerse nervioso y hubo que prescindir también de esta conversación.

IV

Ocurrió por este tiempo que los padres de Juan, que andaban muy preocupados con las calaveradas de su retoño, pensaron muy seriamente en poner término á un estado de cosas que sólo disgustos y sinsabores podía ofrecer en el porvenir á su heredero, cerrándole las puertas de la sociedad y exponiéndole á disipar su futura fortuna con una tunanta que había sabido cogerle entre sus redes para explotarle y envilecerle.

Buscaron, pues, estos previsores padres á uno de esos amigos, quenunca faltan; el tal amigo aceptó el cargo de plenipotenciario cerca del hijo pródigo y dió principio á su misión, ofreciendo á Juan el perdón de los pasados extravíos y además una crecida cantidad para emprender un largo viaje, que es, por su

virtud para provocar el olvido, la más acreditada medicina en las enfermedades de amor.

Aceptó Juan alborozado la oferta, y como era enemigo de escenas, que tanto daño hacían á su temperamento nervioso, ocultó á Soledad su resolución con el mayor sigilo y una tarde salió como para dar un paseo y... se fué á casa de sus padres, se arrojó en sus brazos, les pidió perdón y tomó 5.000 pesetas para el viaje y un coche para que le llevase á la estación. Pero antes de llegar á la de Atocha sintió en su corazón algo á manera de remordimiento, llamó al cochero y le dió orden de que se dirigiese al Casino. Una vez allí cogió de una papelera un sobre, metió en él su tarjeta y un billete de 1.000 pesetas, escribió la dirección de Soledad, encargó á un botones que lo llevase y con la satisfacción del que ha cumplido su deber subió al coche, gritándole al cochero:

—¡A escape! Que no perdamos el tren.

No lo perdieron, ni sus padres el tiempo, y mientras aquél triunfaba y se di-

vertía en Niza y Monte-Carlo primero y en París más tarde, aquéllos procuraban cerrar toda esperanza á una posible y funesta reconciliación. Diéronse, pues, á buscar con afanoso empeño novia para su hijo.

No fué la empresa fácil, porque la conducta de Juan era censurada en todos los Círculos de la corte. Por fin, como el que busca halla, hallaron aquellos cariñosos padres lo que se proponían, y fué lo que encontraron una encantadora muchacha, más bien una niña de dieciséis años, rubia y pálida, como una Ofelia, y seria y grave, con esa melancólica gravedad propia de los niños que han perdido prematuramente á sus madres y no encuentran á su alrededor ni halagos ni caricias. Su padre, todavía joven, era muy inclinado á los placeres y tenía un decidido empeño en colocar á María (este era su nombre) para entregarse él con mayor libertad á sus devaneos.

Pasaban María y su padre los veranos en Biárritz, y á esta playa se dirigieron los de Juan, después de haber escrito á

éste que fuera á reunírseles en el susodicho punto. Pensaban ellos que la intimidad de la vida veraniega podía hacer que los muchachos se inclinasen el uno al otro, y esperaban, dado el caso de que esta inclinación se iniciase, aprovecharla haciendo la boda de los muchachos. Saliôles todo á pedir de boca; vino primero el agradarse, el quererse luego, y antes de cinco meses el casarse.

EPÍLOGO

Cuatro años después, Juan y María ocupaban una habitación del barrio de Salamanca, tan elegante y lujosa cuanto á su posición social convenía. Se celebraban las fiestas de Pascua. En amplio salón de la casa había instalado un monumental árbol de Noel, profusamente adornado con cintas y juguetes. Alrededor de él se agitaban muchas cabecitas rubias; manos disminutas agitaban palillos y zambombas; vocecitas chillonas en-

tonaban alegres villancicos. El niño de la casa y sus amiguitos se divertían.

A la misma hora salía de un caserón triste y amarillento de los barrios bajos una sencilla cajita blanca: dentro iba el hijo de Juan y Soledad. Tal vez murió de hambre en la Inclusa. Seguramente murió de frío, de ese frío contra el cual no hay más abrigo que el pecho de los padres.

¡Ricos, divertíos, ya que esa es vuestra misión sobre la tierra; pero sed caritativos, sedlo sobre todo con los niños abandonados, que mueren de hambre y de frío en los Asilos! ¿Estáis tan seguros de vosotros mismos que podáis juzgaros libres de todo lazo con esos niños? ¿Creéis que no tienen derecho á reclamaros nada? Pensad que mientras *los unos* se crían en el regalo y en la hartura, *los otros* lloran pidiendo un mendrugo.



TRASILAO Y CRISTÓN



TRASILAO Y CRISTÓN

Causaba la admiración y envidia de amigos y conocidos el plácido semblante de un joven de hasta edad de veinticinco años, ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo, ni feo ni hermoso, ni tonto ni listo, ni trabajador ni vago. En medio de tantas cualidades negativas se destacaba arrogante una afirmativa tan bien determinada, que por sí sola bastaba para llenar con exceso el espacioso hueco que la ausencia de las demás dejaba libre y para dar á su poseedor un sello personal y característico.

Era la tal cualidad una especie de infantil buen humor del que siempre y sin

la menor intermitencia, gozaba el referido joven y del que daba clara muestra con lo abierto de su fisonomía, lo cariñoso de su sonrisa, lo agradable de su palabra, lo amistoso de su ademán, lo oportuno de sus réplicas y finalmente con la indulgencia y buena gracia con que acogía y celebraba los más insulsos dichos y ocurrencias de sus prójimos.

A este sujeto podemos llamarle Juan, por llamarle de algún modo, y también por ser el de Juan un nombre vulgarísimo, que responde perfectamente á lo vulgar del personaje. Los Sánchez abundan que es una bendición; pongámosle, pues, este apellido, y con ello tendremos bautizado al protagonista de la presente historia con nombre y apellido, que vienen como de molde á quien tan poco tiene de señalado y distinguido. Pero este poco no es justo que quede sin la representación que en la proporción debida le corresponde; buscando un apellido distinguido tropezamos con el de Vargas, y usando del derecho que la práctica nos confiere, se lo aplicamos, en segundo lu-

gar, á nuestro héroe, á quien así ya tenemos con nombre y dos apellidos, á la usanza española.

Ha dicho la sabiduría popular que "la cara es el espejo del alma„. La gente acepta el proverbio por ahorrarse el trabajo de profundizar un poco en el estudio de cada individuo, y así, contentándose con un rapidísimo examen fisonómico, deduce, sin más datos, el estado y cualidades de la parte más íntima y compleja de nuestro ser, y califica al uno de feliz y al otro de desgraciado, de bueno á éste y de malvado á aquél. Juan Sánchez no podía exceptuarse de la regla general. ¿Quién era él para pretender que se le analizara más á fondo? ¿Se reía? ¿Bromeaba? ¿Iba á todas partes? ¿Tenía salud y dinero? Debía ser feliz, y el mundo dió en decirlo y en creerlo.

En parte no se equivocaba. Juan era feliz, aunque no tanto ni por las razones que se suponía. La causa de su felicidad estribaba en que era poseedor de la más lozana y rica imaginación que ha tocado y tocará en suerte á ser humano. Gra-

cias á ella, veía las paredes de su casa, que papel modestísimo cubría, forradas de ricas telas. Gracias á ella, al lado de los retratos de sus padres y abuelos más inmediatos, colocaba larga serie de esforzados guerreros, armados de punta en blanco y de acicalados magnates para cortesana fiesta ataviados. Gracias á ella, se veía incluído en frondosísimo árbol genealógico, cuyas raíces se perdían en la noche de los tiempos, y en cuyas ramas lucían, encerrados en los consabidos circulitos, los nombres que la historia estima como más famosos y preclaros. Gracias á ella, se le antojaban sus saneadas rentas, iguales en cuantía á las de los Rothschild y Vanderbild. Gracias á ella, crecían sus reducidos majuelos hasta transformarse en dilatados dominios. Gracias á ella, la sociedad media, que era la que más frecuentaba, le parecía compuesta por Príncipes y Princesas de la sangre. Gracias á ella, se juzgaba afortunado y correspondido adorador de las más encopetadas y esquivas beldades.

Por ser Juan mediano en todo, perte-

necía, por su familia, á la clase media acomodada; tenía regular educación y decorosos bienes de fortuna. Bastóle con semejantes prendas para lograr introducirse en los salones de nuestra mejor sociedad, que nada tiene de escrupulosa, y allí adquirieron más viva realidad sus ilusiones. ¡Con qué aplomo paseaba por los más espléndidos salones! ¡Con qué distinción y osadía cortejaba á las más bellas y linajudas damas! ¡Con qué afable cortesía acogía á los más empingorotados mozalbetes! ¡Con qué desenvoltura se llegaba á los más sesudos y respetables varones! ¡Con qué desdén se apartaba de todo lo vulgar, bajo y grosero! ¡Cuán de veras llegó á creerse en tan felices momentos el más genuino representante de la más rancia y añeja aristocracia española! ¡Cuánto esfuerzo empleó en asimilarse lo que él juzgaba su carácter propio y cómo se tuvo por altanero sin llegar á despreciativo, amable sin tocar en la llaneza, generoso y liberal, sin ostentación y hasta ilustrado sin pedantería!

¿Era lícito el ocio á un hombre de tales prendas? ¿Tenía derecho á conservarlas en estado latente? Ó, por el contrario, ¿se hallaba en el deber de desenvolverlas para dar con ello nuevos días de gloria á su Patria y mayor brillo á su estirpe? Juan estudió á fondo la cuestión y resolvió que lo moral, lo patriótico, lo noble y lo elevado era el sacrificio de su reposo en aras de tan generosos ideales.

Ya decidido á ser útil, se le presentó otro problema de solución no menos complicada y difícil que el anterior. ¿A qué esfera de la actividad humana podía él dirigir sus esfuerzos? Cualquiera otro lo hubiera resuelto después de examinar detenidamente sus cualidades y aptitudes. Juan no se tomó semejante molestia. ¿Para qué? Aunque las suyas le llevaran á la agricultura, industria ó comercio, ¿podía él, sin desdoro, consagrarse á tan bajos menesteres? En su opinión, los nobles sólo tienen dos caminos: las armas y las letras. Para emprender el primero era ya tarde, no quedaba por tanto más remedio que decidirse por el segundo.

Y como lo pensó lo hizo. Se lanzó á la literatura, abierto palenque y esplendoroso campo en el cual han sobresalido y destacado figuras tan gloriosas como las de Jorge Manrique, el Marqués de Santillana, el Duque de Rivas y muchos otros que fueron, á par de poderosos magnates, grandes amigos de las musas y muy felices cultivadores del arte.

Juan escribió varios artículos y algunas poesías, que fueron, como todo lo suyo, mediocre, escasos de inspiración, pobres de imágenes, ayunos de pensamientos y con más poesía en la atildada forma que en el fondo.

La parte menos mala de estas composiciones, más por influencias del autor que por el mérito de ellas, logró ser colocada en Revistas y periódicos ilustrados. Las demás hubieran permanecido inéditas, sin gran quebranto del Parnaso español, á no ser porque las rentas de su autor le proporcionaban medios suficientes para editarlas por su cuenta; como lo hizo, publicándolas en ediciones regulares, que el calificó de muy lujosas.

Como su imaginación todo lo magnificaba, tomó tan medianos éxitos por lisonjeros sucesos, y se creyó elevado al pináculo de la gloria literaria el día que un periódico de gran circulación publicó su nombre, incluído en inacabable lista de la gente moza, de cuya laboriosidad y talento más podía esperar la madre Patria.

Sentóle mal á un crítico, de carácter avinagrado por las no interrumpidas derrotas, el artículo encomiástico, por la muchedumbre de nombres que en él se contenían, y publicó otro censurándole con acritud y preguntando con sorna quién conocía á los más de aquellos desconocidos ciudadanos.

Entre los citados por el crítico figuraba Juan, quien honradamente creyó sentir bullir en sus venas la poco sufrida sangre de sus belicosos abuelos, y desafió al grosero que así osaba desconocerle. Mediaron amigos complacientes, que desearon á todo trance terminar la cuestión en un banquete; pero Juan no aceptó componendas ni admitió excusas. Tuvo, pues, lugar el duelo y en él el aristocrá-

tico escritor hizo alarde de la serenidad, valor y destreza que á su noble condición convenía. Tan poseído estaba de la sin igual maestría con que manejaba las armas, aunque jamás había empuñado un sable, que lo esgrimió con habilidad suficiente para rozar la epidermis de su adversario, quien á su vez tocó con la punta de su arma la mano de Juan, haciendo en ella leve rasguño, que le dió ocasión de ostentar honrosas vendas durante tiempo no escaso, y de unir á sus muchos prestigios los inestimables laureles del valor personal reconocido. ¡Había que oirle referir las peripecias del lance que su imaginación elevaba á la altura de los más famosos y cruentos hechos de armas del buen D. Suero de Quiñones, del forzudo caballero D. García de Paredes y de cuantos arrojados paladines han paseado su temeridad por el mundo.

Así las cosas y cuando la piel de Juan era estrecha para contener tanta satisfacción, ocurrióle una contrariedad, que dió al traste con el áureo alcázar de su dicha. Frecuentaba nuestro poeta una casa

de mediano fuste, pero muy pretenciosa, que albergaba á una familia que, sufriendo humillaciones sin cuento y mortificaciones sin tasa, comenzaba por aquel entonces á vislumbrar el galardón debido á su mansedumbre y constancia, galardón que consistía en ser muy de tarde en tarde invitada á las reuniones del verdadero gran mundo y en ver con más frecuencia honrados sus salones, de los cuales ya empezaban á ocuparse los revisteros, por alguno que otro astro de primera magnitud de la elegancia. Vástago de uno de estos amables aristócratas era una niña, sobre todo extremo bella, discreta, graciosa y elegante. Gustóle á Juan y dió en hablar con ella de preferencia. La joven le acogió con la más encantadora y simpática sencillez que imaginarse puede. El se forjó ilusiones. Ella le dejó que se las forjara. Pero un día, el infeliz, sin pararse en barras, espetó á la aristocrática belleza su atrevido pensamiento.

No quiero yo decir que ella fuera vanidosa, porque sería agraviarla; pero de

no serlo á tener el valor cívico suficiente para dejar de soñar á los diecisiete años con ser Duquesa de algo muy retumbante y sonoro y contentarse con ser la señora de Sánchez, hay mucha distancia que con la grave carga de los prejuicios mundanos no se puede salvar fácilmente. No quiero decir tampoco que le faltara la ciencia del mundo necesaria para disimular el enojo que le causara el pretendido agravio y no dejarlo traslucir en lo duro de la respuesta, porque sería ofenderla, pero entre carecer de aquella ciencia en absoluto y no tenerla en cantidad suficiente para refrenar los movimientos de altivez de su cabeza, y la expresión desdeñosa de su rostro, hay también mucha distancia, que una buena y completa educación ayudaría á franquear.

Conste, pues que, sin ser vana y teniendo las buenas formas necesarias para andar por sociedad sin chocar con los seres que la pueblan, algo dejó entrever de su menosprecio á Juan. Este que á causa de su manía, había cambiado en altanero y orgulloso, su carácter natural.

mente llano y humilde, se dolió horriblemente y si no llegó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: "¡A mí, tal desprecio! ¡A mí, que soy y valgo más que todo el mundo!„, fué porque un resto de cordura le contuvo.

Juan abandonó la casa, pesaroso y mohino, y pasó una noche de perros. La falta de interés de aquella mujer á quien él realmente quería, y algo extraño, irregular y anómalo, que dentro de su ser notaba, le desazonaron sobre manera y le quitaron el sueño. En su desvelo, reconstituyó con espanto la escena de la víspera, vió á una mujer despreciar su amor y se vió á él al borde de la locura. Tuvo miedo de la soledad y de la sombra, dió luz y saltó de la cama. Los venerables retratos habían desaparecido del salón como por encanto; los ricos muebles de madera tallada habían sido sustituidos por otros de pobre y plebeya catadura, las primorosas telas de las paredes habían dejado lugar al más feo papel que pudiera escoger el casero de peor gusto. Juan se llevó las manos á la cabeza con deses-

peración, miedo y rabia. No atinaba á comprender si aquella sustitución había tenido lugar realmente ó si sólo en su cabeza había ocurrido. Su excitación fué en aumento hasta degenerar en horrible ataque de nervios. En medio de las convulsiones y congojas que le acometieron dejó escapar de su garganta estrepitosas voces, que llenaron de alarma á todos los de la casa.

Acudió la madre, vinieron las criadas, y Juan se encaró con ellas; gritándoles:

—¡Miserables, no habéis sabido guardar nuestro tesoro! Han entrado en casa ladrones y nos han robado cuanto poseíamos, dinero, alhajas, muebles y abuelos. ¿Qué va ser de mí desde este momento? Yo no soy yo, soy un cualquiera. ¿Por qué no me han asesinado al robarme?

A la madre le dió una congoja y las criadas, de puro medrosas, no osaban franquear el dintel de la puerta. Por fin, Juan se calmó al dar salida, en abundantes lágrimas, al dolor, que desgarraba sus entrañas.

Al día siguiente no se habló en la casa ni una palabra de la anterior escena. Bien porque la madre la atribuyera á algún exceso en la bebida, bien porque adivinara su verdadera causa, el hecho fué que estuvo disgustada y silenciosa. Las criadas creerían lo que quisieran, pero tuvieron el buen sentido de callarse, y Juan, aunque en apariencia sereno y dueño de sí mismo, sufría en su interior una angustia inmensa, y no es tal estado el más propio para gustar de conversaciones.

Lo que hizo fué almorzar á toda prisa, salir inmediatamente y dirigirse á casa de un especialista en enfermedades nerviosas, á quien explicó su caso. El galeno trató de tranquilizarle, y le aconsejó absoluto apartamiento de toda labor intelectual y mucho ejercicio, le recomendó la más rigurosa abstención de todo género de estimulantes y le recetó bromuro de sodio. Juan siguió sus prescripciones al pie de la letra y aun las aditó algo que, á ser sabido del médico, hubiera sido seguramente desaprobado: la lectura de obras de

Medicina, que es el mayor disparate que pueden hacer los profanos.

Por fortuna, las que cayeron en poder de Juan eran obras escritas por pensadores optimistas de esos que, para consuelo del mundo, apartándose de la corriente, hoy tan en boga, de la degeneración fatalmente transmitida por herencia de padres á hijos hasta el total aniquilamiento de la raza, dan paso á la dulce esperanza de que el hombre puede cambiar de naturaleza y temperamento á voluntad. ¡La voluntad! ¡La voluntad triunfante! Poseerla es tener un talismán que todo lo puede, una fuerza que todo lo vence, un encanto que todo lo consigue. El médico-filósofo añadía, después de este desahogo, y á modo de ilustración, una serie de casos de individuos que han obtenido su curación sin bálsamos ni drogas y sólo con el perseverante empleo de su voluntad, sometiéndola á un trabajo constante, sin tregua ni reposo, no dejándola dormir ni descansar en la ardua tarea de domar y vencer á la loca y revoltosa imaginación, y terminaba su estudio en-

señando los medios más eficaces para obtener tan precioso resultado.

El optimismo de que rebosaba la obra se infiltró en el alma de Juan, que vió su situación menos desesperada y su curación más cierta. Como á todos los que en su caso se encuentran, dos extremos le atormentaban: su mal y el conocimiento de este mal por parte de los demás.

El primero, con la voluntad podía remediarse. ¿Existía el segundo? Seguramente no. La que él consideraba como causa de sus males, por muy zahorí que fuera, no podía haber penetrado en su pensamiento. Su madre, cegada por el cariño, más había de preferir encontrar la causa del pasado arrebato en un exceso disculpable que en una enfermedad terrible. Las criadas, por su grosera condición, también habían de encontrar más lógica la explicación de la borrachera que la de la locura. Y los demás seres nada sabían y seguían considerándole tan feliz como antes. Sólo él conocía su locura. Animo, pues, y á vencerla.

Para luchar con un enemigo, es preciso estudiarle á fondo, calcular sus fuerzas, examinar sus posiciones y prever sus movimientos. Juan se dedicó á estudiar al enemigo de su reposo. La tarea no era difícil. Su locura era de las más claras, de las que están mejor definidas; la monomanía de las grandezas; su fuerza, inmensa, porque se había desarrollado á costa de todas sus pasiones y á expensas de sus facultades todas, sus posiciones, todo su ser, porque le ocupaba el cerebro, le llenaba el corazón y le daba vigor y osadía al cuerpo, sus movimientos, ¡ah! sus movimientos eran de invasor, arrollador é irresistible, que no satisfecho con llenar con el ejercicio de su imperio todos los ámbitos del nativo suelo, pugnara por saltar por cima de las fronteras para llevar á todas partes su fama y poderío. Contra estos movimientos había que luchar primeramente. Quedara en buen hora su locura recluída en la cárcel de su cerebro, llenándola por completo, sin dejar cabida á ninguna realidad ni á ningún sentimiento;

pero que no se manifestara, que no saliera al público, que de seguro tendría para él menos compasión que menosprecio.

En su deseo de buscar la salud, Juan se trazó un plan curativo, que consistía en evitar cuidadosamente cuanto pudiera ponerle en contacto con la grandeza, viva ó muerta, causa de sus infortunios. Para ello comenzó por aligerar su vestuario, haciendo generosa donación á las Hermanitas de los Pobres decuantos fraques, *smokins*, levitas y demás prendas de lujo había en él. Quemadas sus naves é imposibilitado así de frecuentar el gran mundo, excusó su asistencia á comidas y saraos, se borró de la lista de socios de los Círculos aristocráticos y dejó de frecuentar teatros y paseos.

El estudio de la Historia, por el cual siempre mostró especial predilección, fué dado de mano, porque en sus páginas tropezaba á cada paso con los nombres de esclarecidos varones que le recordaban su manía, y quería evitar tan peligroso encuentro.

Sólo y melancólico vagaba por las

afueras buscando la sociedad de la gente más baja, procurando acostumbrar su vista á la de sus harapos y su olfato al olor de su miseria.

—Como éstos soy, y de ellos vengo—hacía decir la voz de la razón.

—No, te equivocas, desciendes de Carlo-Magno—contestaba la imaginación.

—¡Mentira!—exclamaba la primera.

—La tuya—replicaba la segunda.

—La fama de éstos dejaré en el mundo.

—No. Serás inmortal.

—¡Necio, de nada vales!

Estos diálogos entre las dos enemigas se fueron haciendo cada día más frecuentes, entre otras varias razones, porque, alejado Juan de todo trato y comunicación con el mundo, sólo tenía por distracción sus propios pensamientos.

—Ahí van tus primas—decía la loca de la casa, cuando pasaban en lujoso tren encopetadas damas.

—No sirves para criado de ellas; aun para tan bajo oficio te despreciarían—contestaba la cuerda.

—¡El coche de casa!—gritaba la pri-

mera al ver alguno de extraordinario lujo y elegancia.

—Tus coches son los que pagas por horas—argüía la segunda.

Inmensa es la fuerza de la voluntad. Todo lo conseguimos y alcanzamos si sabemos emplearla. Juan Sánchez, el hombre vulgar por excelencia, no podía ser una excepción de esta regla. La gimnasia hizo su efecto; la voluntad se desarrolló y adquirió las colosales fuerzas necesarias para vencer y humillar á su poderosa rival.

Orgullosa de su triunfo, la encadenó, con la cadena del juicio, á la triste realidad donde, al par de Prometeo, sufrió los punzantes y crueles picotazos del deseo, y sólo tuvo como consuelo las caricias de las ilusiones que, como las Nereidas de la fábula, venían á distraerla con la belleza de sus cuerpos sin forma y la armonía de sus cánticos sin voz. Pero estas visitas fueron siendo más raras cada vez; la esclava se acostumbró á la cadena; dejó de sentir los picotazos, porque daban en carne muerta, y hasta llegó

á creer que no había otra vida que aquella vida de prosa fría y de vulgaridad monótona.

Cristón había llevado su obra á feliz término. Trasilao estaba curado radicalmente.

Cuando Juan se dió cuenta de su curación y se convenció de lo mentido de su soñada gloria literaria, de lo vano de sus quimeras aristocráticas, de lo falso de su valor heroico, de lo deleznable de su constitución vigorosa, y de lo aparente de su maestría en todo linaje de deportes, sintió el suave consuelo del hombre que se ve libre de un peso abrumador, y la orgullosa satisfacción del que ha dado cima á la más ardua empresa de la vida, la de labrar su felicidad, y como enfermo que, recuperada la perdida salud, vuelve á su antiguo plan de vida, así él volvió á presentarse en sociedad y á cultivar la literatura, no para brillar en aquélla é inmortalizarse en ésta, sino para su recreo.

¡Cuántos fueron entonces sus desengaños! La sociedad le había olvidado por

completo. En todas parte fué recibido con mal disimulada indiferencia. A ello contribuyó, no poco, el cambio radical de su modo de ser y sus modales. Ya no era aquel osadísimo muchacho que se creía con derecho á todo; ahora era tímido, retraído y hasta huraño. La intranquilidad del que sólo se cree aceptado por la benevolencia ajena, había sustituído al aplomo de quien se juzga recibido por derecho propio. Su conversación era monótona y desmayada, sus chistes de colegial, tímidas sus sonrisas. Como no animaba las mesas con sus dichos ni los salones con sus bromas, fueron dejando de convidarle los que antes eran sus más amigos. Sus relaciones con el mundo quedaron reducidas á un ceremonioso cambio de saludos en paseo ó en el teatro, y aun aquéllos fueron siendo cada vez más forzados y menos espontáneos. En realidad, tal vez no pasara esto; pero él así lo creía, y con ello bastaba para su tormento.

No menores decepciones tuvo en los Círculos literarios. Nadie se acordaba

de sus pobres trabajos. Del puesto que en la lucha por la gloria abandonara, se habían apoderado otros jóvenes que, sin ser literatos de genio gigante, profundos en el pensamiento y brillantes en la forma, habían tenido perseverancia y audacia, y eran, á la sazón, llevados en triunfo y vitoreados por el sapientísimo coro de los más afamados autores y de los críticos más conspicuos, que sólo veían en el pobre Juan al escritorzuelo de tres al cuarto, de escaso meollo, inspiración anémica y ruín expresión, al desdichado autor que, con un cuento ó un romance ha dado salida á cuanto albergaba en su pobre cerebro.

El amor también le jugó malas pasadas. Aquellos brillantes triunfos que tan grato solaz dieran á su imaginación cuando ésta se hallaba lozana y vigorosa, se convirtieron, en esta segunda parte de su vida, en vulgarísimos deleites, comprados á duro la hora, ó en fáciles devaneos con desvergonzadas modistillas ó maritornes mal olientes. ¡La vulgaridad, la medianía en todo!

Juan sufrió horriblemente con estos sinsabores. Se le resintió la salud y se le avinagró el carácter. Todo le molestaba, todo le hacía daño.

Así las cosas, yendo una vez de palique con una corpulenta cocinera, acertó á pasar por su vera un fornido mozo de tahona, novio de la muchacha, quien queriendo escarmentar y corregir de una vez para siempre á su querida de sus frecuentes veleidades, hizo uso de un fuerte y nudoso bastón que en la mano llevaba, y descargó sobre la desdichada pareja la más fenomenal paliza que consta en los anales de los celos.

—Y mi valor, ¿también es mentira? —decía Juan al sentirse magullado y molido, sin ánimos para defenderse, atento sólo á buscar la salvación en la huída. Y su valor tampoco apareció por el momento; pero sí más tarde.

Algunas horas después, ya como consecuencia de la impresión sufrida, ya como protesta tardía de los golpes recibidos, el pobre Sánchez sintió una sensación extraña, una especie de corriente

de odio, algo á modo de sed de venganza contra todos los que pasaban por su lado, como si fueran los causantes de su desventura. Dió en suponer que le miraban y leían en los amoratados tolondros de su rostro la última y más amarga de sus ignominias, y se reían de él y le despreciaban y escarnecían. Aquella corriente de odio pugnaba por exteriorizarse; el instinto de conservación la retenía. Pero la corriente crecía cada vez más poderosa y arremetía con mayor empuje, y el dique se iba debilitando por momentos, agrietándose, desmoronándose, amenando inminente ruina. Por fin, fué impotente para contenerla, se desplomó, y la corriente saltó por cima de sus escombros.

Sus primeros efectos los sufrió la rolliza cara de un maragato, que pasaba al lado de Juan, con una banasta de pescado en cada brazo. El infeliz se vió bañado en sangre. Repuesto de su sorpresa, se volvió contra su agresor, repeliendo la fuerza con la fuerza. Acudió el público, intervinieron los guardias y lograron

separarlos. Camino de la Delegación, la corriente de odio volvió á desbordarse, y esta vez fué uno de los del Orden víctima de sus furores. En la dependencia municipal aún se encrespó de nuevo, y costó ímprobo trabajo sujetarle.

La justicia se declaró incompetente en el caso de Juan que caía bajo la jurisdicción de los médicos. Estos le declararon víctima de un ataque de enajenación mental. Su locura estaba bien definida; era la manía persecutoria, la más triste de todas las manías, que nos hace ver un enemigo en cada hermano.

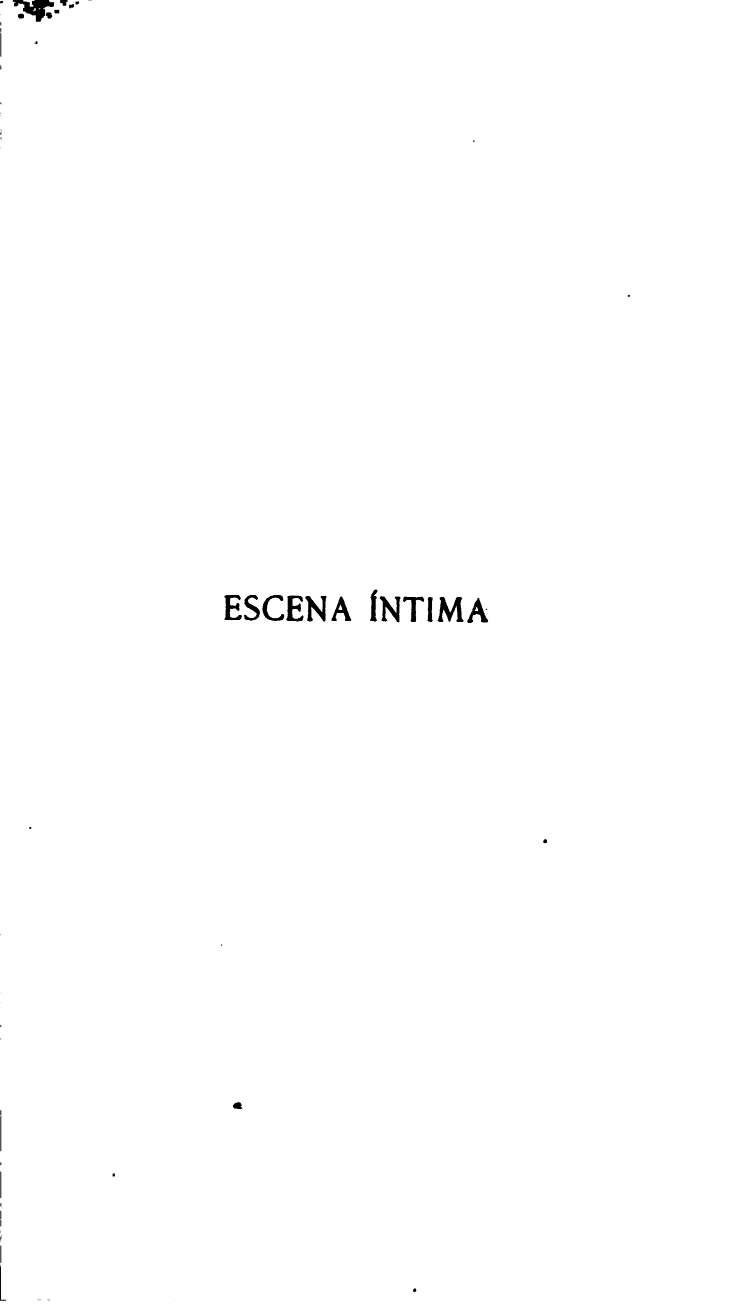
Su madre no consintió en separarse del desgraciado, al cual no dejaron los médicos que volviera á salir á la calle, por temor á nuevos estragos. Pero el mal fué en aumento; de él fueron víctimas su madre y sus criadas. Las insultaba, las amenazaba y hasta llegó á maltratarlas en algunas ocasiones. No hubo remedio; la madre tuvo que pasar por el duro trance de ver salir de casa á aquel hijo, en quien tantas esperanzas había fundado, camino de uno de los varios

Manicomios que se levantan en los alrededores de Madrid.

Allí está Juan. Sentado en el rincón más obscuro de su celda, sombrío y silencioso, á todos evita, y sus labios se abren sólo para dar salida, con amarguísimo tono, á una pregunta que sus guardianes no comprenden:

—¡Cristón, Cristón! ¿Qué has hecho de mis naves?





ESCENA ÍNTIMA



ESCENA ÍNTIMA

No se sabe si fué el temor al frío, ó si fué la molestia que una pícara jaqueca le producía, lo que obligó á la Marquesa de Olmedilla á no salir de su casa aquella tarde. El caso fué que, apenas hubo ella terminado de almozar, cuando se encerró en su gabinete y se recostó en la *chaise-longue*, muy cerquita de la chimenea, con una novela de Pablo Bourget en las manos y un cigarrillo turco en la boca.

Leyendo capítulos y más capítulos, y embelesada con las maravillosas descripciones, elegante estilo y profunda psico-

logía del insigne académico francés, la sorprendió la caída de la tarde, y con ella la vuelta de paseo de su hija Matilde, que había salido con la institutriz, como tenía por costumbre.

Tiempo hacía que la Marquesa abrigaba la idea de hablar formalmente con su hija de un asunto que era para las dos de extraordinaria importancia y suma gravedad; pero era ella mujer muy de mundo, y un si es no es tocada de *snobismo*, con lo cual viene á decirse que, entregada de lleno á la deliciosa tarea de divertirse á más y mejor, y obligada á encontrarse en cuantos sitios se reúne la primera y más encopetada sociedad, no tenía tiempo para nada que fuese de provecho.

Así, durante varias semanas, no había hallado oportunidad de hablar con su hija, ni la hallara en un semestre si el frío ó la jaqueca no se hubieran encargado de proporcionársela. Temerosa de perderla, prescindió de preámbulos y entró de lleno en materia con la siguiente pregunta:

—¿Qué tal van tus relaciones con Emilio, hija mía?

—Es tan soso—dijo Matilde eludiendo discretamente una respuesta decisiva.

—Es muy buen muchacho—repuso con brío la Marquesa.—No ha tenido un *flirt*. Su sosería más la has de achacar á cortedad é inexperiencia, muy recomendables, que á pobreza de ingenio, y menos aún á falta de interés por ti. Te ruego que me creas. Emilio no es un muchacho brillante, cierto; no baila ni frecuenta los salones, cae muy mal á caballo y tiene un sastre imposible; pero te quiere, que es lo principal, es bueno y tiene una gran posición; la figura no es mala, y cuando tú le enseñes á vestir, parecerá otra cosa. Segura estoy de que ha de hacerte muy feliz. Hazme caso y decídete.

—No, mamá—dijo Matilde haciendo deliciosos mohines con su cara de muñeca;—no puedo decidirme. No siento por él nada que al amor se asemeje. Nunca llegaremos á entendernos. Emilio no es *chic*, no gusta del mundo, es tan seriote,

tan grave; parece un Capuchino con aquellas barbas tan largas y tan negras.

—Deja en paz á las maldecidas barbas que no faltarán barberos que se las rapen cuando el caso llegue, y fíjate en algo de mayor importancia y trascendencia. Ese muchacho te conviene; sí, hija mía, sí, te conviene — añadió precipitadamente la de Olmedilla, como contestando á un movimiento de extrañeza de su hija.—Te conviene, y aunque te enfade y enoje oir esta palabra, he de repetírtela hasta que consiga grabarla en tu cerebro. Bien está en vosotras, las muchachas, todo eso de contigo una buhardillita con mucho sol y muchas macetas; pero nosotras, las madres, que oimos sin apasionamiento tan cursi frasecilla, encontrámosla, además de cursi, *demodée* y vacía. Preciso es que arranques de tu cabeza y deseches de tu corazón el recuerdo de tu dichoso primo. Esa boda es imposible. Pobre tú y pobre él, ¿podríais ser felices? ¿No echarías de menos en esa buhardilla tan soleada y florida, como pobre y desnuda, muebles, cuadros, tapices y demás obje-

tos que, aunque en apariencia de nada valen, tienen como misión la de hacernos amable la vida?

—Pero, mamá; ¿para qué ese sermón, si no hay tal cosa? Cierto que Fernando es pobre; pero yo, sin ser lo que se dice rica, ¿acaso no tengo para toda esa serie de cosas que tan necesarias juzgas?

Al llegar á este punto, la Marquesa sintió muy debilitadas sus fuerzas por la resistencia de su hija, y para restaurarlas se sirvió una taza de te y la apuró á pequeños tragos, buscando, durante esta maniobra, un argumento convincente con que reducir la resistencia de Matilde.

— Dolorosas son ciertas confesiones —añadió luego, — y yo esperaba que tu discreción me evitaría el pesar de hacértelas. Veo que así no ha sido, y que es preciso decirte toda la verdad. Harto se te alcanza, por poco que te fijes, que en todo bajamos. Algún tapiz ha salido de casa con tal ó cual pretexto, y... no ha vuelto. Abanicos antiguos de gran mérito, por los cuales me has preguntado repetidas veces, no ocupan su puesto ha-

bitual en las vitrinas, y esto es lo de menos, que si volvieras la vista á orillas del Jalón, hallarías las tierras, ó hipotecadas ó vendidas á retro; si leyeras la *Gaceta,* leerías anuncios de subastas... Sí, hija mía, sí, encima tenemos la ruina; sé razonable, piensa que, bajo esta apariencia de lujo y bienestar que mantengo sólo para colocarte dignamente, se esconde la miseria, y que sólo tú puedes salvarnos.

Algunas lágrimitas abrillantaron los magníficos ojos de Matilde; pero hay que convenir en que eran unas lágrimas muy bien educadas y corteses, que no gustaban de molestar á quien les daba la vida. Temiendo, pues, que su paso por la cara de la joven pudiera ocasionar serios trastornos en las pinturas y afeites de que ella se servía para acrecentar sus naturales encantos, se detuvieron, muy finamente, al llegar á las pestañas. Un minuto después, el dolor, que hallaba en el corazón de Matilde posada harto incómoda, por lo reducida y estrecha, habíale ya abandonado y así pudo ella, del todo repuesta, exclamar:

—Perdóname, mamá, perdóname, soy una niña terca, mimada, voluntariosa y traviesa. Razón sobrada tienes para enojarte conmigo; pero yo cambiaré y en prueba de ello te prometo hacer en todo, en todo, entiéndelo bien, tu voluntad.

Este admirable rasgo de respeto filial obtuvo como merecida recompensa multitud de besos y abrazos de la Marquesa, que no era de ellos avara.

Confundidas en estrecho abrazo y formando un grupo interesantísimo y conmovedor se hallaban las Olmedillas cuando un criado asomó las bien peinadas patillas desde la puerta anunciando al mismo tiempo:

—El Sr. Vizconde.

El así nombrado entró en el gabinete y saludó muy cortésmente á la señora y señorita de la casa, que le devolvieron el saludo con no menor comedimiento.

Breves momentos después Matilde, comprendiendo con intuición verdaderamente extraña, dada su angelical inocencia y el honesto recato en que había sido educada, que allí sobraba alguien y que ese

alguien era ella, se retiró á su habitación, pensando en los bigotes del primo, en la enormidad del sacrificio que se había impuesto y en el vestido que iba á estrenar aquella noche.

Y con su desaparición termina esta escena.



ESAÚ Y JACOB



ESAÚ Y JACOB

No ha muchos años llevároname mis aficiones arqueológicas á un lugar del riñón de Andalucía en extremo famoso por la belleza de su castillo y de su iglesia, fabricados y adornados á mediados del siglo XV por las hábiles manos de minuciosos artistas mudéjares. La fortaleza y el templo conservan al descubierto sus primorosas labores, caso raro en España, país donde tan arbitrario uso hacemos de la limpieza, que gastamos en enjabelgar los muros, columnas, esculturas y no rara vez, hasta las pinturas de vetustos edificios lo que ahorramos en nuestro aseo personal. ¡Costumbre por igual

perjudicial y dañosa al arte y á la higiene!

De cuantas molestias sufre quien, por necesidad ó afición, se dedica á recorrer nuestro país, no es la menor ciertamente, la persecución de que le hace víctima la gente menuda. Yo no he podido copiar una inscripción ni diseñar una imposta sin hallarme rodeado de muchedumbre de niños, sucios, astrosos é insolentes, cuya presencia me ha hecho bendecir repetidas veces la tan injustamente execrada memoria del gran Herodes. Pues bien; en el lugar de mi cuento, cuyo nombre es Villabuena, tuve la fortuna de que esto no me ocurriera. Pude, pues, recorrer el pueblo á mi sabor, sacar fotografías del castillo, tomar apuntes, contemplar los azulejos que decoran los zócalos y frisos de la iglesia, alegrándola con la viveza de sus tonos metálicos, todo ello sin molestia, sin tener á la grey infantil metida entre mis piernas, y sin ser víctima de su pertinaz espionaje.

Estaba encantado, tanto, que no calculé bien el tiempo y perdí el tren que había de conducirme á la capital. Obli-

gado á quedarme en Villabuena hasta el día siguiente dediqué la tarde á gozar de la hermosura del campo, por el cual tanto suspiramos los que de él vivimos ausentes *amarrados al duro banco* en oficinas, bufetes ó Ateneos.

La serenidad de la atmósfera, la suavidad del ambiente que los variados aromas de las florecillas campestres embalsamaban, y la belleza del paisaje, regocijaban mi espíritu desterrando de él lúgubres, ideas y preocupaciones molestas. Sentía, como nunca había sentido, la alegría de la vida, creía que mis pulmones, á cada movimiento de inspiración, absorbían la primavera toda, que luego corría impetuosa y alegre por mis venas, creando sangre nueva y vigorosa y arrancando de raíz cuanto en mí había de viejo, de gastado y de caduco.

Andando, andando llegué á un altozano distante del lugar como cosa de siete kilómetros. Me senté al pie de un árbol y contemplé extasiado el espectáculo que á mi vista se ofrecía. Mirada desde aquella altura, Villabuena aparece como en-

cerrada en un marco de esmeralda formado por sus risueños huertos. Una feracísima vega, cubierta, en aquella época del año, de apretadas y maduras mieses, sucede á los frutales y verduras. El terreno se levanta luego en suave pendiente, cuajada de viñas y olivares. En las cimas de los cerros pacen recentales y corderos, y en último término se levantan los elevados picos de Sierra Nevada, cerrando, con su cresta blanca y desigual, el horizonte.

Sacóme del arrobamiento con que contemplaba tan deleitoso paisaje una voz recia y simpática que entre, regocijada y sorprendida, pronunciaba mi apellido. Trabajo me costó reconocer en el atezado mocetón que me llamaba con toda la fuerza de sus vigorosos pulmones á mi antiguo amigo el Marqués de Villabuena. Reconocíle por fin, y unos instantes después, estrechamente abrazados, recordábamos los felices y pasados tiempos, en los cuales eramos el Marqués y yo alegres camaradas é inseparables compañeros, siempre dispuestos á divertirnos

lo mismo en los salones aristocráticos, centro de la más encopetada sociedad, que en los colmados y ventorrillos peor afamados. Que en punto á correrla nunca pecamos ni mi amigo ni yo de escrupulosos ni encogidos.

El Marqués llegó á hastiarse de aquella vida, se casó el pobre y queriendo reparar los perjuicios que en su peculio había ocasionado la barrascosa mocedad, fué á refugiarse, como á puerto seguro y apacible á Villabuena, antiguo señorío de su casa y centro de sus numerosas propiedades, dedicándose á mejorar las heredadas tierras, cultivándolas con arreglo á los más adelantados procedimientos, vigilándolas y libertándolas de la esquilmadora influencia de administradores rapaces y colonos rutinarios.

Con la regeneración del Marqués coincidió la mía, porque al encontrarme sin aquel festivo compañero de bromas y francachelas me aburrió una vida, hasta entonces para mí tan deleitosa, abandoné salones, Casinos y escenarios, y falto de fincas donde refugiarme, busqué, en

la literatura y el arte, cómodo y bello asilo. Y así, entregados el Marqués á su labor en Villabuena y yo á mis estudios en Madrid, la separación, aflojó tanto el nudo de nuestra amistad que dejamos de escribirnos y casi llegamos á olvidarnos, de suerte que ni él me visitaba cuando á Madrid le traían sus negocios, ni yo fuí á verle cuando me llevó á Villabuena el deseo de estudiar sus monumentos.

Reunidos por el azar, despertó el antiguo cariño al calor de los recientes abrazos, y todo lo que habíamos dejado de decirnos en varios años de olvido, queríamos contárnoslo en aquellos momentos en que, del brazo el uno del otro, marchábamos hacia el pueblo. Hablábale yo de mis viajes, de mis artículos, de mis ilusiones de celebridad y fama. El me interrumpía para mostrarme orgulloso la extensión de sus fincas y hacerme notar la fertilidad de la tierra, la lozanía de las mieses, la pompa de los olivares y la hermosura y buena disposición de los huertos.

—Esto es obra mía—exclamaba entusiasmado,—cuando yo vine á Villabuena

eran las espigas de casa las más desmedradas y raquíticas, nuestras viñas las más pobres, nuestros huertos los más abandonados; las tierras se cultivaban como en los felices tiempos de Maricastaña. Yo he desterrado procedimientos anticuados, he roturado unos terrenos y desecado otros, he sustituído el viejo arado romano, por el de vertedera y la hoz por la guadaña, he traído simientes nuevas y plantado numerosos árboles. Obra mía son esas artificiales praderas que desde aquí divisas, esa fábrica de jabón y esos molinos harineros y de aceite que cerca del río parecen. Pero mentiría si me atribuyese en absoluto la gloria de estas mejoras. Mi prosperidad la debo en gran parte á estos señores. Y señaló á un joven de buena presencia y á un hombre de más edad, fuerte, rudo y curtido por el sol y el aire de la sierra. Eran estos individuos, que detrás de nosotros caminaban, el ingeniero agrónomo, que tenía la alta dirección de aquellas labores, y el capataz, que le auxiliaba en sus trabajos.

Hecha la presentación, continuamos la

marcha, y reanudando la interrumpida charla, dijo mi amigo:

—De cuantas empresas he llevado á feliz término para aumentar el rendimiento de estos predios, no ha sido la menor ni la más fácil la de concordar á éstos, que ahora ves tan buenos amigos. En lograrlo empleé los primeros meses de mi estancia en este lugar, y no quise acometer obra alguna de importancia hasta que lo hube conseguido.

—¿Tan esencial lo juzgabas?—pregunté yo.

—Y lo juzgo—repuso el Marqués.—Y en prueba, vaya un ejemplo bíblico. ¿No recuerdas la historia de Esaú y Jacob? Era Esaú tosco, fuerte y belloso. Jacob dulce, apacible y discreto. El primero, irreflexivo é impetuoso, cedió la primogenitura al segundo, prudente y avisado. La primogenitura, es decir, la dirección, el mando, pasó del fuerte al inteligente, del rudo al sabio. Esta fué la primera parte de mi labor; arrancar el cultivo de estas tierras de manos de gañanes, traer á este ingeniero y darle la dirección de

los trabajos. Ahora verás cuál fué la segunda. Jacob, el sabio, el intelectual, que diríamos ahora, necesitaba sancionar su derecho, y para ello érale preciso obtener la bendición de su padre, que venía á ser como la recompensa de su esfuerzo, el galardón de su mérito y el fruto de su trabajo. Para alcanzarla, tuvo que revestir sus manos y sus brazos, finos y delicados, con la áspera piel de un cabrito, como para darnos á entender que la inteligencia nada puede por sí sola y necesita del concurso de la fuerza. A conseguir esta fusión, á formar un cuerpo con la cabeza de Jacob y los brazos de Esaú, me apliqué con tesón y constancia, y lo conseguí. El capataz cedió y se sometió al ingeniero. Este manda, aquél ejecuta. La inteligencia es la señora, la fuerza la sierva; pero son señora y sierva cristianas, unidas por el doble lazo del amor y el respeto. Ni la de arriba desprecia, ni la de abajo aborrece. La una enseña y la otra bendice.

Habíamos llegado al pueblo. Invitado por mi amigo á comer en su casa, me

despedí de él y de sus compañeros á la puerta de la posada donde me alojaba, para cambiar de ropa. Desde el amplio portalón, especie de almacén en que se hacinaban una vistosa galera, albardas, cabezones, sacos de harina y de jabón, cribas, aperos, y no sé cuántas cosas más, vi alejarse al Marqués y al ingeniero y al capataz, que se dirigían al espacioso palacio del primero. En aquel interesantísimo grupo había mucho que aprender. Era una lección viviente de Agricultura y de Sociología; era la unión bendita y fecundante de la inteligencia, el capital y el trabajo, unidos y hermanados para hacer la prosperidad de una comarca, víctima poco antes del abandono y la rutina.



LA TRENZA RUBIA



LA TRENZA RUBIA

Varios amigos de buen humor, deseosos, como el bardo inglés, de *hollar la nieve de empinadas cimas*; pero faltos de sus recursos, decidimos, ya que no podíamos subir á las heladas cumbres de los Alpes, ni siquiera á las pirenaicas, hacer una excursión á la vecina sierra de Guadarrama en el rigor del invierno, con lo cual esperábamos gozar de unas delicias, si no idénticas, en muy poco inferiores á las que, de elevarnos á aquellas tan decantadas alturas, hubiéramos disfrutado.

Como buenos españoles, tardamos bastantes días en ponernos de acuerdo acer-

ca del lugar por donde habíamos de intentar el asalto del coloso, en fijar el tiempo que había de durar la expedición y en decidir qué traje y qué vituallas habíamos de llevar. Por fin, tras acaloradas discusiones, en las que, preciso es confesarlo, aunque en el grupo abundaban los escolásticos, la fuerza de nuestros pulmones quedó muy por cima de la de nuestra dialéctica, tras sendo manotear y tras no escaso derroche de cálculos y dibujos, que convirtieron en primoroso mosaico el mármol de la mesa del café, alrededor de la cual nos reuníamos, resolvimos, por mayoría de votos salir de Madrid el 30 de Enero, para impedir que el rubicundo Febo nos jugase la mala pasada de apretar mas de lo justo, licuar la nieve y aguarnos la fiesta, fijamos, como primera etapa de nuestro viaje, la villa de Buitrago, desde la cual, siguiendo á la inversa el curso del río Lozoya, podíamos llegar á Rascafría y atravesar la sierra por el Reventón, y, finalmente, decidimos que cada cual llevara algo de comer y mucho de beber todos.

A la hora señalada, acudimos, con rara puntualidad, á la calle de la Aduana, lugar de donde el coche salía, ansiosos de lucir nuestra indumentaria campestre, en cuya elección se había dejado la más completa libertad á la iniciativa individual. Usando y aun abusando de ella, llevaban unos, amplios, redondos y duros sombreros cordobeses; otros, gorra inglesa, estos sombrero flexible, aquellos gorra de hule y algunos hasta boina enseñando la oreja. Clásicos capotes de monte se apoyaban gallardos en los hombros de muchos de nosotros, pero no pocos se abrigaban con el extranjero *raglán*, con la manta jerezana ó con el informe ruso. De polainas y de botas había tantas especies cuantos individuos nos las calzábamos. Lo mismo ocurría con los trajes. En algo, sin embargo, coincidíamos: en ir extravagantes y extraños. No faltaban armas defensivas y ofensivas, tales como navajas y cuchillos de monte, escopetas y revólveres. Iban las provisiones en alforjas, en cestos y en redes.

Nuestro aspecto y aparato era tal, que infundía pavor á los pacíficos viajeros que, ya acomodados en el interior del coche, esperaban tranquilamente la salida. Siempre que me acuerdo del que me tocó al lado, se colorean de rubor mis mejillas y me viene á las mientes el chistoso encuentro de Tartarín, el heroico cazador de leones, con Mr. Bombinet. Tenía mi vecino aspecto clerical, cuerpo delicado, cutis fino, manos menudas y traje cortesano.

—¿Adónde va Ud., amigo mío?—le pregunté con esa confianza que tan pronto se adquiere en los viajes por España.

—A matar corzos en los alrededores de Rascafría, donde los hay muy hermosos.

—¿Con el paraguas?

—¡Quiá! No, señor. Con una escopetita que llevo arriba, en la baca—contestó mi hombre sin inmutarse.

Y puede que los matara. Nosotros, en cambio, el tiempo fué lo que matamos.

Empezaba á clarear. En el interior del coche se mascaba el aire, que doce bocas,

fumando sin cesar, hacían irrespirable.

—¡Arriba! ¡Vámonos á la baca!

—¡Que se van Uds. á helar!

—¿Nosotros?

Pocos atractivos ofrecen los alrededores de Madrid. Campos yermos, carreteras polvorientas, cauces secos, montes pelados, pueblos miserables. Primero Fuencarral, que se estira hasta codearse con la capital y aspira á ser uno de sus barrios; luego Ajalvir; más tarde Alcobendas; después San Sebastián de los Reyes, que usurpa su mote al de Guipúzcoa; tras San Sebastián, San Agustín, y va de santos; á continuación Cabanillas; cerca La Cabrera, ya en las estribaciones de la sierra Lozoyuela, y Buitrago por último.

Aún quedan en pie, aunque rotas, sus fuertes murallas, ciñendo la parte vieja de la población, que se desborda en anchas y rectas calles de moderno caserío; aún están dedicadas al culto sus antiguas y artísticas iglesias; aún quedan restos de aquel soberbio palacio de los Mendozas, que albergó á Juan II y fué mansión predilecta del famoso Marqués de Santillana,

que de él salía á recorrer la sierra y retozar con las serranas, dándoles la inmortalidad en trueco de algo mas deleznable y perecedero.

Excusado es decir que nuestra llegada á Buitrago, fué para sus habitantes el acontecimiento del día y aun creo que el de la semana. Seguíannos los chicos y nos miraban con azoramiento los viejos, con las antiparras las viejas, con el rabillo del ojo las mozas y con aire de desafío los mozos. Esta persecución y curiosidad y el airecillo sútil que de la Sierra venía nos obligaron á buscar refugio en la posada, á la cual servía como de muestra y cebo en que los parroquianos picasen, rubio cabrito, suspendido del techo del zaguán por las patas traseras. Entramos en ella, saludamos con afable cortesanía á una mujer y á un perro, que acudieron diligentes á darnos la bienvenida. Pedimos posada, nos fué concedida y pasamos á la cocina á calentarnos y á esperar la cena, de la cual había de formar parte esencial el cabrito, según promesa formal de la posadera.

Chisporroteaba el pino bajo la inmensa campana de la chimenea, pintando de rojo los rostros de los allí reunidos, pastores en su mayoría, aunque no escaseaban los arrieros. Estrecháronse unos y otros al vernos para dejarnos lugar inmediato á la lumbre, que era el más delicado obsequio que podían hacernos. Lo aceptamos agradecidos, y ofreciéndoles tabaco, entramos en relaciones con ellos, trabando sabrosa plática, que vino á interrumpir la expectación producida por la llegada de un personaje, vestido con distinción y elegancia y con trazas de extranjero por su semblante sanguíneo, completamente afeitado, y por su claro cabello. Sentóse el recién venido lejos del fuego y cerca de una mesita, sobre la cual colocó una botella de Jerez y un vaso, que cogió de un aparador inmediato. Con mucha calma y silencio sirvióse, uno tras otro, varios vasos, sin hacer caso de nadie y así se estuvo hasta que apareció en la cocina la posadera con el cabrito ya descuartizado y dispuesto para ser guisado.

Era la posadera hembra muy apetitosa,

de agudo y zumbón ingenio y bastante marrullera. Conocedora de los deberes que la imponía su cargo, jamás salía de su casa huésped alguno disgustado de su trato, y muchos se iban haciéndose lenguas al prodigar los extremos á que llegaba en punto á hospitalaria. Al ver al que, ya como extranjero considerábamos, tan solo y retirado, tuvo piedad de él y deseando ponerle en relaciones con nosotros le habló de esta suerte:

—Buena noche la de hoy para usted, D. Guillermo. Aquí tiene unos señores con quienes poder hablar.

Un saludo muy ceremonioso fué la respuesta.

—¿Y van Uds. á estar muchos días en Buitrago? — dijo entonces la mujer dirigiéndose á nosotros.

—Esta noche y mañana hasta el mediodía.

—¿Por qué casa viajan?

—Por la nuestra.

—¡Ah! ¿No son Uds. viajantes?

—No. Venimos á ver la presa de Mangirón y...

—¿Son ingenieros?—dijo el desconocido interviniendo.

—No, señor; no lo somos. Viajamos por recreo.

—Pocos *touristes* en España.

—Pocos.

El hielo estaba roto. Aprovechando el canal abierto, se metió por él la posadera diciendo:

—Pues el señor es eso, *turista*. Es inglés, ha viajado por toda España y se vuelve á su país, digo, se vuelve; ya veremos cuándo se vuelve. ¡Lo que es á juzgar por las muestras!... ¿A qué no saben ustedes el tiempo que lleva en Buitrago y la causa de ello?

—Cállese Ud., habladora, desvergonzada—gritó el inglés rojo de cólera.

—Ya me callo, ya. ¡Qué genio!

Los recios puños del inglés hacía muy de temer los estragos de su ira, razón por la cual, como personas prudentes, dimos otro giro á la conversación, haciéndola recaer sobre cosas de arte, que templa y doma á las fieras, pues si Orfeo las amansaba con la música, no era por

lo que de ruido tiene, sino por lo que tiene de arte. Preguntámosle, pues:

—¿Ha visto Ud. la iglesia? ¿No es verdad que es muy interesante?

—¿No ha de verla?—replicó la parlanchina posadera.—¿No ha de encontrarla interesante, si no sale de ella en todo el día?

—Que se calle Ud., le digo—gritó con tal furia el inglés, que atemorizó á la posadera, que no pecaba de medrosa.

En tanto que el inglés se enfurecía, las sopas de ajo, con que había de dar principio nuestra cena, bullían, no menos alborotadas, dentro de una cazuela, y en otra, ya aderezado, esperaba el cabrito el momento de consumar el inaudito sacrificio de dar su carne y su sangre para reparo de las de sus asesinos.

Una rolliza muchacha, á quien daba más voluminoso aspecto el sinnúmero de refajos que encima llevaba, se presentó entonces en la cocina, anunciándonos que, en un gabinete del piso principal teníamos ya aparejada la mesa. Nos resistimos al principio, porque nos parecía más clási-

co cenar al amor de la lumbre; pero la insistencia de la posadera y de la moza venció nuestra resistencia, y abandonamos la abrigada pieza, no sin decir muy cortésmente al inglés:

—¿Usted gusta?

Y gustó el bueno del hombre, tomando, como persona desconocedora de nuestro ritual, por invitación de corazón nuestro convite de boquilla. Pesóles á los demás su aceptación; pero yo, que tenía picada mi mucha curiosidad con las palabras de la posadera y el enfado del huésped, holguéme de ella, esperando poder saciar mi insano apetito de saber vidas ajenas.

Con el cabrito y las sopas, mas algunos de los fiambres que de repuesto llevamos; con el *morapio* de la tierra y un par de botellitas de Champagne, obsequio de uno de nosotros, que celebraba su cumpleaños, no lo hicimos del todo mal, y pudimos dar al anglo-sajón regular idea de la hospitalidad castellana.

Lo que no descubre el vino no lo averigua ningún espía, por astuto y sagaz

que sea. Nuestro huésped empezó la comida con tan extremada reserva, que yo di por malogradas y rotas mis esperanzas; pero el continuo trasegar de la botella al vaso, del vaso á la boca y de la boca al estómago, le fué poniendo tan comunicativo, que al dar fin á la cena nos abrió de par en par las puertas de su pecho y nos refirió su peregrina historia.

Desengaños amorosos le habían forzado á abandonar su país, y tratando de calmar las tribulaciones de su espíritu con el continuo viajar, como enfermo que, con el incesante cambio de postura, procura dar reposo á los dolores de su cuerpo, con la cruz de sus recuerdos á cuestas había recorrido Holanda, Bélgica, Francia, Portugal y media España, sin hallar lenitivo á su pena. Ocurriósele en Madrid regresar á París para emprender desde allí un viaje á Oriente; pero no quiso hacerlo de la manera ordinaria; no en balde era inglés, y así pensó en utilizar como medio de locomoción el caballo, y una mañana, jinete en hermoso

alazán, salió de la corte de España por la carretera de Irún. A la segunda jornada llegó á Buitrago. Gustóle la población por su aspecto medioeval, y como nadie le metía prisa, ningún amor le esperaba ni le llamaba negocio alguno, se detuvo en la villa castellana.

Al día siguiente al de su llegada, fué á la iglesia, gustó de su traza y admiró su retablo, y cuando ya se retiraba, un muro, completamente cubierto de muletas y cabestrillos, de ojos, cabezas y piernas de cera, de cuadros con curaciones milagrosas por asunto, de trenzas y espadas, hirió su vista de protestante, acostumbrada á la desnuda severidad de los templos reformados; acercóse á aquella miserable exposición de memoriales presentados á la divinidad por la esperanza, y de dádivas ofrecidas por el agradecimiento, y al distinguir entre ellos una trenza rubia, larguísima y abultada, que dos lazos de crespón negro sujetaban por sus extremos, nuestro hombre se preguntó como Quevedo:

¿Cómo pudiera ser hecho piadoso
dar licencia villana al duro acero
para ofender cabello tan hermoso?

Y se quedó absorto contemplándola, pensando tal vez en otras trenzas rubias, como aquélla, y como aquélla, sedosas, besadas y acaricidas por él en más felices momentos; porque la ingrata que á tan desdichado estado le redujo debía de ser rubia, ya que nuestro amigo sólo encontraba bellas á las de este color y no le interesaban nada las morenas.

—No comprendo—nos decía,—cómo hay quien guste del pelo negro, que tiene el color de la tristeza, de la pena, del luto, de la noche. Sólo concibo que se ame lo rubio, que es como el sol, como el oro, como la luz, como la alegría. Los ojos negros dan miedo. Al mirarnos en ellos parece como que nos asomamos á un abismo sin fondo, que amenaza tragarnos. Los ojos azules confortan el espíritu elevándole á las más altas regiones, al cielo, del cual parecen reducido trasunto. La piel blanca, suave y transparente, nos deja adivinar el modo de ser interior de

las mujeres; las que así la tienen, forzosamente han de ser francas y sinceras. La piel obscura, morena, oculta y recata de nuestra vista á sus poseedoras, siempre falsas y fingidas.

—¡Bravo, bravo, sir! — dijimos interrumpiéndole.—Y, díganos, ¿la exdueña de la trenza responde á lo que de su rubio color puede esperarse?

—La exdueña de la trenza—nos respondió — es la persona de más esquiva condición que he conocido. Ya me previno de ello el sacristán al responder el primer día á mis preguntas. — Esta trenza—me dijo—es de D.ª Carlota Alvarado, viuda de un capitán, muerto en Cuba. D.ª Carlota vive aquí, con una tía suya, anciana y achacosa, desde que su marido fué á la guerra. Sólo sale de su casa para oir la primer Misa. No recibe en ella más visita que la del señor cura. Esta vida recatada, y el desprecio con que recibe las manifestaciones de entusiasmo que los mozos la tributan, nos hacen creer á todos que sólo espera la muerte de su tía para entrar monja.—Con razón

se ha dicho que la amistad sólo se da entre iguales ¿Quién puede, en efecto, comprender al héroe, sino el héroe? ¿Quién entender al sabio, sino el sabio? Y por último, ¿quién compadecer al triste, sino el triste? Aquella mujer, de la cual sólo lo que ya no tenía me era conocido, me interesaba. Me quedé en Buitrago. A costa de mucha paciencia y valiéndome del cura, de quien me he hecho muy amigo, he logrado ser presentado á ella; pero ni puedo visitarla, porque no me ha ofrecido la casa, ni tengo otra ocasión de verla que cuando al alba va con su tía á la iglesia. La saludo con cariño, me contesta con frialdad, *et voilà tout*. Así llevamos seis meses.

Extraño nos pareció á todos que un hombre de la calidad, que, por su traje, trato y modo de ser, parecía el inglés, se hubiese interesado de tal modo por la que juzgábamos zafia lugareña. Con todo, como él mostraba ser discreto y no había razón para presumir que tratara de burlarse de nosotros, determinamos ir al día siguiente, muy de madrugada, á la

iglesia á ver á aquel dechado de belleza.

Y así lo hicimos. A la mañana siguiente, venciendo la curiosidad á la pereza, nos encaminamos á la iglesia. A poco de llegar nosotros apareció la viuda, seguida de su tía. Vestía de negro; un manto muy tupido cubría su cabeza y casi todo el cuerpo. La color era pálida, azules los ojos, recta la nariz y las manos blancas y afiladas. Con gran devoción oyó la Misa, sin levantar la vista del libro, ni las rodillas del suelo. Acabada la ceremonia se arrodilló ante la imagen milagrosa, cuya capilla adornaba la trenza, oró algún tiempo y salió luego con su tía; con aire á la vez triste y solemne, saludó al inglés ceremoniosamente y se perdió por las calles inmediatas.

—¿Era exagerado el elogio?—nos preguntó su rendido amador.

—Antes pálido—le contestamos.—Al verla comprendemos con cuánta razón dijo el poeta, que debió de hallarse en un caso al de Ud. parecido:

¡Ay del que va en el mundo á alguna parte
y se encuentra una rubia en el camino!

—Que sea para bien le deseamos y que tenga buen fin su aventura.

—Difícil lo veo.

—Constancia, amigo, constancia, que con ella se gana el cielo.

—Constancia no ha de faltarme.

Despedímonos con esto y nos encaminamos á la posada á prepararnos para seguir nuestra expedición. Como la posadera de todo tenía menos de retraída y zahareña no vacilé en aprovechar el tiempo que duró el ajuste y pago de nuestra cuenta para pedirle datos é informes sobre la rapada rubia.

—A la muerte de su marido—me dijo después de repetir lo que ya sabíamos—estuvo á punto de volverse loca; tanto le quería, y no es extraño; ya ve Ud., los pobrecillos estaban en plena luna de miel. Quiso entrar en un convento, pero la ancianidad y achaques de su tía la han retenido en el mundo, si mundo puede llamarse su casa, la iglesia y el espacio entre ellas comprendido. Cuando llevaba ya más de un año de riguroso luto varios jóvenes fueron á invitarla á un baile que

se daba en el Ayuntamiento con ocasión de las ferias. Negóse á asistir, porfiaron los mozos, intervino la tía y ella aceptó á la postre. Llegó la noche del baile; la vieja, á pesar de sus alifafes, se emperejiló y compuso para acompañar á su sobrina. Viendo que ésta no salía de su cuarto, fué á avisarla. Entró en él y perdió el sentido al ver á D.ª Carlota gentilmente ataviada, pero con la cabeza como la de San Pedro.—¿Qué has hecho, desgraciada?—la dijo al volver en sí.—¿Dónde podrás ir de esa suerte?—Al baile, si usted quiere, tía; ya ve que estoy preparada.—¿Cómo al baile, infeliz? ¿Para que se rían de ti y crean que has perdido el juicio?—Conste que es Ud. la que me hace desistir, yo estoy dispuesta á ir donde Ud. guste. En cuanto al pelo tendrá más acomodado lugar que en mi cabeza, que ya no necesita de adornos, en la capilla de la Virgen de los Dolores.—Allí lo vió el chiflado de D. Guillermo, se enamoró de él como sólo un tonto es capaz de hacerlo, y lleva meses y meses dando suspiros, sin adelantar un paso, pero sin darse á partido,

ni sacarlo de su figura para otros más sabrosos amores.

A la salida del pueblo nos encontramos con el inglés, que con el cura paseaba y discutía.

Acudió á saludarnos y, al despedirnos, de nuevo le aconsejamos constancia y resolución, y para infundirle valor buscamos un símil *capilar*, que allí encajaba como de molde.

—Si la vejez—le dijimos—hubiera privado á la cabeza de Carlota de su preciado adorno, por mas drogas y menjurges, que para hacerlo renacer se emplearan nada se conseguiría. Cortado por ella, crecerá fácilmente y tal vez más esplendoroso, dorado y abundante. Así su corazón seco, no nacerían en él nuevos amores, como en tierra esquilmada ninguna planta puede darse; lozano como está, y de ello es prueba el culto que consagra á su difunto marido, podrán en él retoñar y reverdecer, exuberantes, como en tierra donde, tras largo período de reposo, arroja la semilla el sembrador; sólo necesita encontrar, como Lázaro, quien le sa-

que del reino de la muerte para traerle al de la vida.

Fuimos profetas. Dos años después, en la terraza del Hotel Continental de San Sebastián, en una mesa inmediata á la mía, comían el inglés y la española, felices y sonrientes. Rayos de luz y llamaradas de fuego iban y venían de los ojos de él á los de ella. Buscábanse sus pies y se encontraban sus manos. El rumor de sus palabras era el único ruido que á sus oídos llegaba, y el perfume de sus cuerpos el solo olor que su olfato percibía.

Acabaron de comer y pasaron por mi lado para retirarse á sus habitaciones.

La insistencia de mi mirada atrajo la del inglés, que, al conocerme, me echó los brazos al cuello y me retuvo en ellos largo rato, como para hacerme, en algún modo, partícipe de su felicidad, y me presentó luego á Carlota como á su mujer.

No obstante la amabilidad con que fuí recibido, frecuenté poco su trato, porque hacer lo contrario hubiera sido molestar-

los. El último día de mi estancia en aquella bendita tierra subí á su cuarto á despedirme de ellos.

Recibiéronme con grandes extremos y el inglés me hizo conocer lo mucho que me quería por haber sido yo la primera persona de quien escuchara palabras de confortación y consuelo. Refirióme cómo después de mi estancia en Buitrago, deseoso de hacerse grato á Carlota había abjurado de sus errores y entrado en el seno de la Religión católica; el gran efecto que esta determinación había producido en el ánimo de la viuda; los esfuerzos del cura por reducirla, los primeros é inocentes coqueteos; los trámites y niñerías del noviazgo, los preparativos de la boda, la celebración de ésta, y por último el regalo del párroco.

El buen señor había tenido una idea realmente original y peregrina. ¿Qué podía él, en su pobreza, regalarles que digno de ellos fuera? Regalóles la trenza y al entregársela les dijo:—Recibid, hijos míos, esta trenza, con el profundo cariño que la debéis, por serle deudores de vuestra pre-

sente felicidad; poned en su custodia diligencia suma, considerándola como emblema de la Ilusión y fijaos en que perderla equivale á romper el hilo de oro que nos liga á la vida.





SEGUNDA PARTE

ARTÍCULOS DE HISTORIA Y ARTE

LA CABALLADA



LA CABALLADA[1]

No busque el curioso investigador esta palabra en el novísimo *Diccionario* de la Academia ni en ninguno de los anteriores, porque sería diligencia perdida; la tal palabra no se halla incluída en ellos. Para saber lo que significa hay dos caminos: Primero, tomar el tren y dejarlo en Sigüenza y subir en este punto á un coche que, en cuatro horas, hace el recorrido desde aquella ciudad á la Muy Noble y Leal Villa de Atienza; segundo, leer este articulejo mío.

Lo primero es algo molesto por la

(1) Publicóse este artículo en *La Ilustración Española y Americana* en el número correspondiente al día 30 de Enero de 1900.

mala noche y el traqueteo del ferrocarril y del carruaje al través de terrenos nada pintorescos. Lo segundo es mucho más cómodo; no hay sino leer estos renglones de sobremesa, al lado de la bien provista chimenea, entre bocanada y bocanada de rico habano y sorbo y sorbo de exquisito Moka, y de este modo mi prosa, no menos árida que las llanuras castellanas, merecerá indulgencia, que nada predispone tanto á ella como el reposado curso de una buena digestión.

A los que se decidan por este segundo camino les diré que Atienza es una población que tiene 2.100 habitantes, y se halla situada en la provincia de Guadalajara, en el punto de arranque de la cordillera Carpeto-Vetónica, la cual divide en dos partes, no muy desproporcionadas, la Península, y forma, por su elevación, un valladar, que sólo tras luengos años de fatiga lograron franquear los cristianos en la epopeya de la reconquista, sirviendo, hasta el día en que lo consiguieron, de frontera entre ellos y los árabes.

A los pies de las primeras estribaciones de esta cordillera, conocidos son los nombres de Pico Ocejón y Alto Rey, se encuentra el cerro en cuya falda se recuesta Atienza, que venía á ser como la llave de aquella garganta, único paso, relativamente cómodo y seguro de Castilla la Vieja, ya cristiana, á Castilla la Nueva, aún agarena; así, pues, no es de extrañar que, buscando la facilidad de este paso, le aprovechara Ordoño II para entrar por él en tierra mora en aquella memorable expedición del año 917, en la cual, al decir del cronista Sampiro, llegó el victorioso Monarca hasta muy cerca de Córdoba; ni que Almanzor tomara igual camino, aunque en dirección contraria, cuando, buscando nuevas glorias, halló la derrota en Calatañazor; ni, finalmente, que el Cid siguiera el mismo derrotero, cuando, en desavenencia con Alfonso VI, llegó al extremo oriental de la Península trabajando por cuenta propia.

Cuando, por sucesivas conquistas, Atienza dejó de ser lugar fronterizo, la piedad y la magnificencia de los Reyes la

adornaron espléndidamente, como puede observar el viajero en las cinco parroquias que aún quedan en pie, en las cuales aparece con toda su gallarda y robusta elegancia el más puro estilo románico, que derrochó sus galas en la cuadrada torre y abocinado pórtico de Santa María del Rey, en la lonja ó atrio exterior de San Bartolomé y en la notabilísima portada de la ermita de Nuestra Señora del Val. Son los habitantes de Atienza en extremo aficionados á la conservación de sus antigüedades y al respeto á las añejas tradiciones de su villa, y entre estas tradiciones ocupa el primer lugar la celebración de la *Caballada*.

Designan ellos con este nombre á la brillante cabalgata que se forma en la plaza Mayor á la mañana del Domingo de Pentecostés. Marchan á la cabeza de la pintoresca comparsa seis músicos, entre tamborileros y gaiteros, cabalgando reposados asnos; van detrás de los músicos hasta 40 labradores vestidos con coleto, calzón y polainas, y jinetes en caballos, mulas ó borricos. Uno de los

labradores enarbola el histórico pendón de la Cofradía (obra del siglo XII), de colores rojo, blanco y verde, que lleva en el centro, y bordadas sobre una Cruz, también verde, las armas de la Hermandad, que son un castillo, un león, una reja y una hijada. Una docena de hermanos, con la clásica capa parda de las grandes solemnidades, el piostre ó hermano mayor y el capellán de la Cofradía montan mulas, ricamente enjaezadas, y van cerrando la marcha.

Baja la Cofradía por las empinadas y tortuosas calles de la villa, sale de ella por histórico portillo y se dirige á la ermita de Nuestra Señora de la Estrella, y después de asistir devotamente á los divinos Oficios, se desparrama por el ameno y deleitoso prado que rodea á la ermita, y forma animados corros, que saborean las bien sazonadas meriendas. Sigue al yantar el danzar, y el piostre da comienzo al baile bailando delante de la imagen de la Virgen, como si fuera su pareja. A la tarde, y como fin de fiesta, lucen los mozos su valor y destreza co-

rriendo los caballos á usanza de la Edad Media, y formando con ellos artísticas combinaciones, como en un moderno *carrousel.*

El origen de la Cofradía que tan típicas fiestas celebra, es nobilísimo por su antigüedad y por el hecho que fué causa de aquél. Para encontrar este hecho, hemos de remontarnos á una de las épocas más calamitosas de la Edad Media, á la minoridad de Alfonso VIII.

Disputábanse su tutela los Castros y los Laras. Intervino en la contienda D. Fernando II de León, y so pretexto de defender á los primeros, taló y saqueó gran parte del Reino de Castilla. Los Laras, viendo malparada su causa, prestaron homenaje al Monarca leonés, le prometieron entregarle el gobierno del Reino, las rentas Reales por espacio de doce años y la tutela de Alfonso, y convocaron Cortes en Soria para confirmar lo convenido (1); pero cuando ya el niño iba á ser entregado á su tío, un noble le

(1) Mariana, *Historia de España*, lib. XI, cap. VIII.

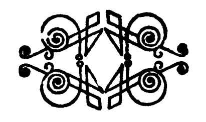
robó y le llevó á San Esteban de Guzmán. Acudió á este punto D. Manrique de Lara, y cambiando de parecer respecto á sus tratos con D. Fernando, llevóse á Alfonso al castillo de Atienza, por ser lugar muy seguro; dirigióse á esta población el Rey de León, y entonces el de Lara disfrazó de recuero ó arriero al futuro héroe de las Navas, y en compañía de los recueros de Atienza le trasladó á Avila.

En recompensa de este servicio que le prestaron en su niñez, Alfonso VIII permitió, más tarde, á los recueros de Atienza que formaran una Cofradía ó Hermandad, cuyas ordenanzas son, según la docta opinión del académico de la Historia D. Juan Catalina García, las más antiguas de Corporación civil que se conocen; el pergamino en que se hallan consignadas pertenece á fines del siglo XII ó principios del XIII. Y si el lector dudare de la veracidad de lo que precede, haga un viajecito á Atienza, donde podrá admirar muchos y magníficos monumentos y documentos valiosí-

simos, y donde será finamente recibido y agasajado, como lo fué el que subscribe cuando, en compañía de varios señores de la Sociedad Española de Excursiones (1), tuvo el gusto de visitar aquella histórica villa.

---

(1) Tomaron parte en dicha expedición nuestro Presidente, el Sr. Serrano Fatigati, y los Sres. Conde de Cedillo, Catalina García, Ibáñez Marín, Navarro, Poleró y Dr. Del Amo.



RELIQUIAS ANDARIEGAS

riosa, y para obtener tan precioso resultado ejercitáronla en la práctica de las virtudes, fortificáronla con la meditación ininterrumpida y la regalaron y deleitaron con la oración continuada, esforzándose al mismo tiempo en deprimir y lacerar el cuerpo, castigándole con disciplinas y cilicios, penitencias y ayunos.

Llamaron á Jesús, y Jesús fué á ellos y les guió por la senda de sus preceptos. Sus almas encontraron al que amaban, y le siguieron al olor de sus aromas, logrando, una vez rotas las mortales ligaduras, penetrar en el Reino de los cielos.

Cuando uno de estos anhelados tránsitos ocurría, acudían, con presta celeridad, los discípulos, compañeros ó allegados del difunto, se apoderaban de su cuerpo, lo ungían y amortajaban, y buscando acomodado lugar, le daban honrosa y á veces espléndida sepultura.

Pero sin duda el menosprecio y desamor con que el alma del justo había tratado á su infeliz compañero de destierro, perduraba al través de la separación,

y aquélla impetraba y conseguía del Todopoderoso que castigase á los mortales despojos, condenándoles á peregrinación constante, sin tregua ni reposo, fin para el cual se servía el Señor de diferentes medios y ministros.

Y por lo que á España hace, ¿qué ministro mejor que el fervor exaltado y un si es no es idolátrico y profano con que los fieles reverenciaban los cuerpos de los santos, que consideraban como la más preciada de sus joyas y el más rico de sus tesoros? Por nada del mundo hubieran consentido en separarse de tan amadas prendas. Obligarles á ellos á emprender largas y accidentadas peregrinaciones era condenar á los cuerpos de los justos á iguales trasiegos y trastornos.

Una de las causas ocasionales de tales mudanzas fué la invasión sarracena. Al sobrevenir ésta, los más animosos cristianos huyeron al Norte de nuestra Península ibérica á guarecerse en las escabrosidades y asperezas de Aragón y Asturias y levantar en ellas bandera de indepen-

dencia. Consigo llevaron cuanto de más valor poseían, y no olvidaron, ciertamente, las adoradas reliquias de aquellos valerosos confesores que en los tres primeros siglos de la Era cristiana regaron con su sangre generosa el suelo hispano.

Entre las reliquias que en aquella ocasión viajaron, figura el cuerpo de Santa Eulalia, traslado desde la magnífica iglesia que sobre su sepulcro se levantó en Mérida, cuando el edicto de Constantino dió paz á la Iglesia de Cristo, á Oviedo, y encerrado luego en rica urna de plata en la capilla que, bajo la advocación de la virgen emeritense, se erigió en aquella Catedral.

Pero como el temor de que los agarenos profanasen los cuerpos de los esforzados adalides de la verdadera fe no cesaba en tanto continuaran aquéllos dominando en los lugares donde los santos reposaban, esta solicitud en trasladar reliquias continuó durante todo el tiempo que aquéllos permanecieron en nuestro suelo. Por ello dice Ambrosio de Morales que *ha sido siempre cosa muy de Re-*

yes y Príncipes, particularmente de los antiguos de Castilla, emplearse con mucha devoción y cuidado en semejantes traslaciones.

Hiciéronse éstas obteniendo los apetecidos restos en ocasiones como botín de guerra y fruto de algaradas y rapiñas y á veces como regalo de paz y presente amistoso. En efecto; del modo más diplomático y pacífico se lograron algunos, tales como los de San Eulogio y Santa Leocricia, cuya entrega obtuvo del Califa de Córdoba el presbítero Dulcidio, cuando por encargo de Alfonso III, *el Magno*, pasó á aquella ciudad el año de 883 á ajustar una tregua de seis años con los moros.

Otro tanto ocurrió con las cenizas del mártir San Pelayo; para conseguirlas envió Sancho *el Craso* una Embajada á Abderramán, que accedió gustoso á entregarlas, y si bien el Rey de León no logró ver realizado su deseo, pues le sorprendió la muerte antes de haber podido dejarlas colocadas en el monasterio que para su devoción fundara en la capital

de su Estado, cúpole tal dicha á su hijo y sucesor Ramiro III.

En cambio, el modo de trasladar las reliquias de San Isidoro desde Sevilla á León, fué tan accidentado, novelesco y trágico, que bien vale la pena de dar á su relato alguna extensión. Allá á mediados del siglo XI eligieron los Reyes D. Fernando I y D.ª Sancha, la antigua iglesia de San Juan Bautista, en León, para su sepultura y la de sus descendientes. Para ello pensaron en renovarla y restaurarla, cosa precisa dada su mucha antigüedad y los estragos que en las pasadas guerras había sufrido, y en ennoblecerla y magnificarla, haciéndola depositaria de muchas y muy famosas reliquias. Gran copia de éstas guardaba la ciudad de Sevilla, y para conseguirlas, el Rey de León, con muchos de sus caballeros y buen golpe de gentes de armas, penetró en las tierras andaluzas, taló campiñas, tomó castillos y saqueó aldeas y lugares con tal aparato de fuerza, que atemorizado el moro, propuso la paz. Aceptóla el cristiano, y entre las condi-

ciones estipuladas, se puso la de la entrega del cuerpo de Santa Justa. Para hacerse cargo de él envió D. Fernando á Sevilla una muy lucida Embajada, á cuya cabeza iba Alvito, Obispo de León. Opusiéronse tumultuariamente los cristianos sevillanos que entre los moros vivían á la entrega de los huesos, y cuando más confusos se hallaban el Monarca musulmán y los Embajadores cristianos, sin saber cómo salir còn bien de tan apurado trance, aparecióseles en sueños á Alvito San Isidoro y, según refiere Mariana, le amonestó para que pidiese y llevase á León su cuerpo á trueco del de la santa, indicándole el lugar en que habían de hallarle y anunciándole, en prueba de que aquella aparición era real, verdadera y ordenada por Dios y no fantasía ó quimera forjada por sus sentidos, la proximidad de su muerte. Todo acaeció puntualmente. Apareció el cuerpo del sabio y santo Arzobispo, murió el Embajador á los siete días de la aparición, y los demás de la Embajada condujeron los los dos cuerpos á León, donde fueron os-

tentosamente recibidos y depositados, el del enciclopédico autor de las *Etimologías* en la iglesia de San Juan Bautista, que desde entonces se llamó de San Isidoro, y el de Alvito en la iglesia de Santa María, de donde luego pasó al suntuoso sepulcro que al presente ocupa en la Catedral.

Otra de las causas que hasta época muy reciente ha obligado á los cuerpos de los santos á repetidas mudanzas y terribles mutilaciones, consiste en los derechos que sobre ellos han pretendido tener el pueblo en que nacieron, el lugar donde les sorprendió la muerte (si cabe decir sorpresa tratándose de personas siempre para morir apercibidas), ó, finalmente, aquel donde por sus virtudes y milagros más se señalaron. Estas controversias y polémicas se han resuelto de ordinario mutilando y descuartizando los venerables despojos. Ejemplo, lo ocurrido con el incorrupto cuerpo de Santa Teresa. A su muerte, Avila y Alba de Tormes se disputaron la posesión de tan rico tesoro. La Comunidad de Alba, monaste-

rio donde falleció, le cortó la mano izquierda y la envió á las monjas de San José de Avila para ver de contentarlas. No lo logró, y tres años después, en 1585, consiguieron las que se consideraban como hijas primogénitas de la santa, que el cuerpo de ésta pasase á su ciudad natal, donde permaneció hasta que en 1589 el Duque de Alba solicitó y obtuvo del Romano Pontífice Sixto V que volviese á la villa de Tormes, donde se conserva, no sin haber sufrido, además de la ya referida pérdida de la mano izquierda, la de uno de los pies, que se envió á Roma en 1615, y la de un dedo, que logró la Reina D.ª Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV, y que luego regaló á su madre, María de Médicis, pasando después por donación de ésta á las Carmelitas de París.

Pero las más asendereadas, mutiladas, molidas y festejadas reliquias, son indudablemente las de los dos santos niños Patronos de Alcalá, Justo y Pastor.

Para contar las peregrinaciones y trabajos por ellas sufridos desde su gloriosa

invención en la ciudad del Henares, hasta que á ella volvieron en procesión, *la más solemne y acompañada que en España se ha visto*, como dijo un autor de la época, no bastan los estrechos moldes de un artículo. Preciso es, por tanto, decir sólo lo más interesante y esto por manera en extremo acelerada y sucinta.

Apenas consumado el martirio, el cruel Daciano abandonó Alcalá, con lo cual pudieron los cristianos recoger los tiernos cuerpos de los niños, y sepultarlos dignamente. Durante los primeros años contaron las proezas y bienandanzas de Justo y Pastor los más inspirados poetas religiosos, como el calagurritano Aurelio Prudencio y el Obispo de Nola, San Paulino. Pero un siglo después de la muerte, ésta y la sepultura habían pasado al olvido y si, á principios del siglo V, Asturio, noveno Arzobispo de Toledo, logró hallar el lugar donde los restos yacían, fué de un modo providencial y milagroso. A este piadoso Prelado se debió, según la tradición, el arca de jaspe donde reposan (encerrada hoy en otra de plata

y muy suntuosa) y la colocación sobre dos toscos leones de piedra de la losa en que sufrieron el martirio, y debésele también... la primera desmembración de las reliquias, pues consintió que parte de ellas pasaran á Medinasidonia y Covarrubias.

Ocurrió luego la invasión agarena, desapareció la Silla episcopal de Alcalá, fundada por Asturio, y las reliquias fueron á parar al valle de Nocito en la provincia de Huesca. Acerca del modo como allí llegaron corre una tradición admitida por el Dr. Andrés, panegirista de los santos niños, Ambrosio de Morales, cronista de las fiestas con que Alcalá solemnizó el regreso de los preciosos cuerpos, y el P. Croiset, autor del *Año Cristiano* más famoso. Según ella, un joven bordelés, hecho cautivo de los moros en alguna de las luchas que con los francos tuvieron durante el siglo VIII, logró la libertad por la intercesión de Justo y Pastor, de quienes era muy devoto. Agradecido en extremo á tal favor, pasó á Alcalá y robó las reliquias, llevándolas consigo á

su país, donde hizo muy santa vida de oración y recogimiento; pero no satisfecho con ella su deseo de perfección, abandonó el mundo y sus vanidades y se retiró al yermo, viniendo, con su nunca abandonado tesoro, al valle de Nocito, donde vivió en medio de la mayor mortificación, aspereza y penitencia cincuenta años, alcanzando la edad de ciento. A su muerte fué, siempre según la referida tradición, enterrado entre los cuerpos de los santos. El maestro Flórez, fundado en sólidas razones, rechaza por falsa esta tradición y supone, acertadamente, que las reliquias irían á parar al valle de Nocito, conducidas por cristianos fugitivos de los árabes.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en el siglo XII reposaban en una ermita situada en aquel valle y llamada, en memoria de su fundador, ermita de San Urbez ó San Urbicio.

Una nueva calamidad les esperaba. Durante su breve, pero azarosísimo reinado, Ramiro II de Aragón, antiguo monje Benito en el monasterio de San

Pons de Tomeras, Diócesis de Narbona, no vaciló en conceder á esta población francesa la cabeza de San Justo, que el Prelado le pidió para la nueva Catedral en proyecto, que al ser levantada en el siglo siguiente, tomó la advocación del menor y más valeroso de los niños complutenses.

El resto de las reliquias permaneció en el valle de Nocito hasta mediados del siglo XV, en que, merced á las repetidas instancias de los Arzobispos de Toledo para restituirlas á su ciudad predilecta de Alcalá, se pensó en arrancarlas de aquel valle.

Pero no fué empresa fácil, á pesar de la buena voluntad que en ello mostró el Arzobispo de Zaragoza, D. Alonso de Aragón. De nada sirvieron sus exhortaciones y mandatos. El Clero y vecinos del valle de Nocito, tercos á fuer de buenos aragoneses, se negaron contra toda razón y buen discurso á entregar los adorados cuerpos. Molestado el Arzobispo por tan descomedida actitud, apeló á una estratagema, que consistió en enviar

á dos frailes de su confianza á la ermita de San Urbicio para que, so pretexto de orar ante las urnas donde las reliquias reposaban, pasaran en ella la noche y la aprovecharan robándolas. Desbarató la bien urdida trama la vigilancia de un clérigo de aquellos contornos, quien, receloso de que algo contra sus feligreses se maquinaba, pasó en vela toda la noche espiando á los frailes, y cuando los vió que, ya con el arca sobre los hombros, se alejaban, tocó á somatén. Armáronse los vecinos y lograron alcanzar á los monjes cerca del castillo de Santa Eulalia, pertenencia de la celebérrima abadía de Montaragón. Al ruido de las armas y las voces acudió el alcaide de la fortaleza á punto de impedir que los irritados montañeses despeñasen á los malaventurados Padres. Púsose de parte de éstos... pero *mostró Dios milagro*—dice Morales—*que á todos los del Gobernador se les quebraron las cuerdas de las ballestas sin poder tirar sola una saeta*. Por fin, los ánimos se aquietaron, y los de Nocito se tornaron jubilosos á su valle con

las recuperadas reliquias, mientras los frailes, mohínos y maltrechos, se dirigían á Huesca á dar cuenta de su mal suceso, á pesar del cual no mudó de intención el Arzobispo; antes bien, imaginó nueva industria con que apoderarse de los codiciados cuerpos.

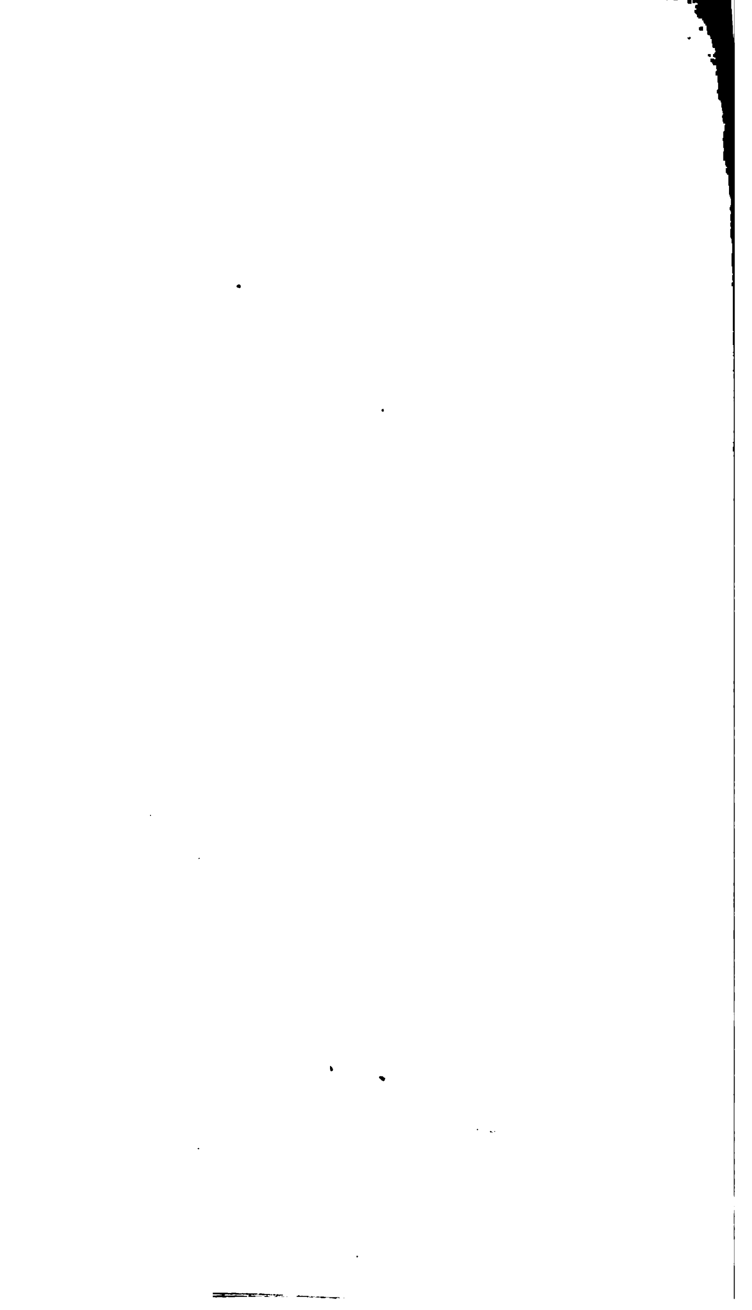
Más afortunado esta vez que la anterior, logró que los hermanos Linares, bandoleros famosos por sus robos y tropelías, se apoderaran de las reliquias y las llevasen, por lugares apartados y esquivos, á la ciudad de Huesca. Creyóse con esto terminada la empresa, mas no fué así, porque en aquella ciudad permanecieron hasta el año 1567, fecha en que Felipe II obtuvo, por medio de su Embajador en Roma, D. Luis de Requesens, un Breve de Pío V para trasladarlas á Alcalá. Mostráronse propicios el Arzobispo de Zaragoza, D. Fernando de Aragón, y el Obispo de Huesca, D. Pedro Agustín; pero no así los oscenses, que, temerosos de que por la fuerza se les arrebatara lo que en tanto apreciaban, mudaron las reliquias de la iglesia de

San Pedro el Viejo, donde estaban, á otra más segura. La buena suerte y diligencia del Dr. Serrano, comisionado de Alcalá, y la prudencia y amable disposición de D. Juan de Gurrea y Micer Bardaxi, comisionados por el Arzobispo de Zaragoza, vencieron la obstinada resistencia que los de la ciudad oponían á la entrega de las reliquias, que al fin salieron de Huesca el 24 de Enero de 1568, encerradas en doble arca, muy adornada la exterior y guarnecida de tafetán carmesí con franjas de oro y de plata, y colocadas sobre una hermosa mula, ricamente aderezada y compuesta.

Acompañábalas, además de los susodichos comisionados, el canónigo de Jaca Juan de Torres; Miguel de Elices, que traía una llave por los vecinos de la ciudad; Juan de Arnedo, que traía otra por los feligreses de San Pedro; el notario Jorge Saturnino de Salinas y varios otros vecinos nobles y honrados. En todos los lugares del tránsito fueron acogidas con espléndido recibimiento, y en Alcalá, donde llegaron el 7 de Marzo, hubo gran-

des fiestas, procesiones, representaciones y luminarias, para presenciar las cuales acudieron los más calificados y distinguidos personajes de la corte, entre ellos la Princesa de Évoli, entonces en el apogeo de su hermosura y en el ápice de su influencia; el Príncipe Andrés Doria, los Marqueses de Pescara y de Cañete, y otros magnates igualmente esclarecidos y gloriosos, que se honraron reverenciando muy devotamente las cenizas de aquellos que en edad tan temprana fueron, como dice Flórez, discípulos de Dios y maestros de los hombres.





D.ª ALDONZA DE MENDOZA



DOÑA ALDONZA DE MENDOZA

Entre las muchas y preciadas joyas que en nuestro Museo Arqueológico Nacional se conservan y exponen á la contemplación y estudio de curiosos y eruditos, figura en muy principal término, por su belleza y mérito, el sepulcro de la egregia dama alcarreña D.ª Aldonza de Mendoza.

Es el sarcófago que nos ocupa obra de inspirado, pero hasta hoy desconocido artista del siglo XV, y consta de dos partes: urna y estatua. En la primera conviene distinguir el zócalo, el lucillo, propiamente dicho, y la cornisa. Sencillos son por demás zócalo y cornisa. Ningún

adorno oculta el dibujo cóncavo convexo del primero, y sólo exorna la segunda, de traza igual á la del zócalo, el epitafio: *...Doña Aldonsa de Mendosa que Dios aya, duquesa de Arjona, muger del duque Don Fadrique, finó sábado XVIII dias del mes de Junio, año del nascimiento de nro Saluador Jhu. Xpo. de mill e quatrocientos e XXXV años.*

Sin abandonar la elegante sobriedad que domina en todo el monumento, en el lucillo rectángulo, de 1,79 metros de largo por 62 centímetros de ancho, fué donde más prodigó el escultor los adornos. Ocupa cada una de sus caras laterales, como emblema tal vez de la entereza con que la ilustre finada soportó su menguada fortuna, recia rama de roble. cargada de hojas y fruto, rama que, arrancando de la parte inferior del arca, se eleva hacia el centro hasta casi tocar en la cornisa, para dejar espacio á sencillos escudos, sin casco ni corona, y luego baja hasta casi llegar de nuevo al zócalo. Las sucesivas mudanzas y los trastornos sufridos por el sepulcro, le han despojado

del primitivo ornato que tuviera en el lado del arca, que corresponde al lugar donde reposa la cabeza. Ocupa el opuesto el blasón de los Enríquez, con sus castillos y leones, como descendientes que eran de Alfonso XI. Sostiénenle dos velludísimos salvajes, de luengas barbas y enmarañadas guedejas, y le rodea el piadoso lema adoptado por el Condestable padre del Duque de Arjona: *Omnia pretereunt preter amare Deum.* O sea, algo libremente traducido á nuestro romance: "Todo lo pospusieron al amor de Dios." ¡Lástima grande que no siempre los Enríquez pusieran de conformidad conducta y divisa!

Sobre la losa que cubre el arca descansa la estatua yacente de la Duquesa, representándola como de aventajada estatura y agraciado y noble semblante. Su traje es rico, y compuesto de toquilla, prendida con tres alfileres, á la cabeza, que reposa sobre dos almohadas, en las cuales se repiten, como motivo de ornamentación, las hojas y las bellotas; jubón, falda con ancha orla y lujoso ribete de

piel, que bien puede ser de marta cibelina, calzado de punta roma, y finalmente, amplia túnica, también ribeteada de piel y abierta de manera que deja contemplar las delicadas formas del cuerpo que se destacan arrogantes, merced al liso y apretado ceñidor que oprime el talle, particularidad ésta muy digna de ser notada por ser la primera vez que se presenta en una estatua de arte ojival. Finalmente, una gruesa cadena de cuadrangulares eslabones, que da dos vueltas á la torneada garganta; un joyel, que de aquélla pende, y un rosario de abultadas y unidas cuentas que, sostenido por las enguantadas manos, llega hasta las rodillas, completan el ornato de la estatua.

Procede este sepulcro de Lupiana, lugar de la provincia de Guadalajara, donde, alrededor de una ermita, fundada en 1318 bajo la advocación de San Bartolomé, por el devoto caballero Diego Martínez de la Cámara, se agruparon, cincuenta y dos años más tarde, los sobrinos de éste, Pedro y Alfonso Fernán-

dez Pecha, Camarero mayor de Alfonso XI el primero de ellos, y Obispo de Jaén el segundo, su amigo y modelo Fernando Yáñez de Figueroa, Pedro Romano y varios otros que, siguiendo el consejo dado por el divino Maestro al joven que con tanto anhelo buscaba la perfección, habían abandonado sus familias, hacienda, regalo y dignidades trocándolas por la soledad y aspereza del yermo, y dado origen á la Orden de San Jerónimo, confirmada por el Sumo Pontífice Gregorio XI en Aviñón, en el año de gracia de 1313.

Privilegios de Reyes y donaciones de Obispos y magnates, en particular de los Mendoza, que con los Pecha se hallaban emparentados, hicieron grande, próspero y famoso á aquel monasterio, del que, según consta en tarjetones que todavía en su sala capitular se conservan, nacieron más de cincuenta, entre otros los de San Lorenzo de El Escorial, San Jerónimo de Yuste, Santa María del Parral de Segovia, San Jerónimo de Madrid y Santa María de Guadalupe, tan nota-

bles por sus bellezas artísticas como por sus recuerdos históricos.

Señalado lugar ocupa en el largo catálogo de los favorecedores de San Bartolomé de Lupiana D.ª Aldonza de Mendoza, piadosa como mujer, espléndida como rica hembra, y artista como miembro de aquella gran familia que tanto se afanó por la cultura patria.

Obra suya fué el prolongamiento de la primitiva iglesia y la techumbre, retablo y sillería de coro de la misma. En su testamento dispuso que se labrara el mausoleo que ya conocemos, para el cual dejó la suma de 1.000 florines de oro, y que lo colocaran en medio de la capilla mayor. Pero los frailes tuvieron á bien no cumplir la voluntad de su protectora sino á medias, y así, en vez de darle sepultura en la forma por ella dispuesta y con arreglo á la cual había sido trazado el sepulcro, la enterraron, al decir del erudito Assas, "en un nicho abierto en el muro, al pie del presbiterio, junto á un altar lateral del costado de la Epístola, colocando al efecto, como único frontal,

los dos lados del lucillo, sobreponiendo el uno al otro y cubriéndolo con una rejilla lisa ó más bien trampa de madera pintada, en la cual quedó como oculto á la contemplación de los curiosos„.

En tales condiciones permaneció el sarcófago hasta que, exclaustrados los monjes de Lupiana, en 1837, y vendido el monasterio con todas sus dependencias y posesiones (más de cuatrocientas fanegas de regadío) fué trasladado, con las cenizas en él depositadas, al convento de la Piedad de Guadalajara, fundación de otra Mendoza ilustre, D.ª Brianda, hija del segundo Duque del Infantado, y en aquel tiempo Biblioteca y Museo Provincial. Allí estuvo hasta 1868, fecha en la cual el Gobierno, con muy excelente acuerdo, dispuso su traslación al Museo Arqueológico. ¡Y quién sabe si habrán acabado aquí sus peregrinaciones!

Interesante es, por demás, la figura de D.ª Aldonza. Con razón pudo representarla el escultor tan galanamente ataviada, pues fué una de las más poderosas damas de su época, como heredera, en

unión de sus hermanastros, de los cuantiosos bienes acumulados por su padre el Almirante D. Diego Hurtado, hijo del *valiente alavés Señor de Fita y Buitrago*, de cuyo heroico comportamiento en Aljubarrota, al salvar la vida á Juan I, tanto se ocupan las crónicas y romances, y como única sucesora de su madre D.ª María de Castilla, hija de Enrique II, en los pingües Señoríos de Cogolludo, Loranca y Torralba.

Con no inferior acierto, el artífice dió á su rostro tranquila y suave expresión de resignación y conformidad, pues poseyó y ejercitó en alto grado estas virtudes, sin las cuales húbiera carecido de fuerzas para soportar el rigor de sus desgracias, que bien valen la pena de ser conocidas.

Huérfana desde muy joven, casáronla en Olmedo sus parientes hacia el año de 1405 con su primo segundo D. Fadrique de Castro, Conde de Trastamara y de Lemos, hijo del Condestable de Castilla D. Pedro Enríquez y de la Condesa doña Isabel de Castro, nieto del Maestre de

Santiago D. Fadrique y bisnieto, por tanto, de D. Alfonso XI, el del Salado.

Todo parecía augurar la felicidad del matrimonio y prometerle altas venturas. Ambos eran de regia estirpe y dueños de rico Estado; tenían poder é influencia. La dama destacaba en la Corte por su belleza; aventajábase á los demás el caballero por su talento, del que dió esclarecidas muestras como esforzado guerrero, político sagaz y tierno é inspirado poeta; pero de nada les sirvieron tales dones.

Diez años ó poco más duró la paz del matrimonio. Al cabo de ellos, prendóse D. Fadrique de una doncella de la Condesa, de nombre Leonor de Hita, y la vida de aquella señora fué, desde entonces, un continuado martirio.

La Sra. Duquesa de Alba, en su erudito libro intitulado *Catálogo de las colecciones del palacio de Liria*, narra y prueba con datos, que obran en el Archivo de su casa, referentes al proceso de divorcio intentado por D.ª Aldonza contra su esposo, los vejámenes, humillaciones y malos tratos de que la hizo víctima

este codicioso y desalmado caballero, célebre por su prodigalidad y rota vida.

Como muestra de los extremos á que llegaba la primera, baste decir que, según los referidos documentos, el bueno de D. Fadrique gastaba en cada día de montería, á la cual, por ser muy aficionado, se entregaba con frecuencia, de 12 á 15 carneros y bueyes, 15 ó 20 cántaras de vino, 12 fanegas de trigo y 400 maravedises. En el sostenimiento diario de su casa empleaba 13 fanegas de pan, trigo y cebada. Con frecuencia hospedaba en sus diferentes palacios á los más encumbrados personajes de la época, siendo entre todas famosa la hospitalidad que dió en el de Cogolludo á Ruy Sesé de Grobas, á quien albergó, durante seis meses, con pajes, escuderos, monteros, hombres de armas y demás individuos de su séquito.

Dispendioso y derrochador con los extraños, trataba á D.ª Aldonza con sinigual tacañería, que debe considerarse más como muestra del menosprecio y odio que por ella sentía, que como afán

de resarcirse de aquellos despilfarros.

"Del Duque no tenía su mujer otros bienes que un paño francés doblado que —según dice la aristocrática autora arriba citada—una loca de su servicio, llamada Blanca, pidió en Segovia al Duque, entrando en su cámara y diciéndole:

„—Da agora alguna cosa de aguinaldo á mi madre; siquiera esto.

„A lo que contestó el Duque:

„—Tómale.

„Echósele á cuestas la loca, y dejándole caer á los pies de la Duquesa, dijo:

„—Madre, cata que envía Francisco Velázquez—que así llamaba al Duque.„

Cuando este mal caballero no podía obtener de grado de D.ª Aldonza, lo que para sus vicios necesitaba, no tenía el menor escrúpulo en robarla, apelando á la astucia y aun á la fuerza, si preciso era. Con este procedimiento se apoderó en una ocasión de un cofre donde la Duquesa guardaba por valor de 80.000 florines en diamantes y otras preciosas piedras, muchas de las cuales aparecieron

luego, adornando el cuerpo de la desenvuelta Leonor de Hita.

Otra vez la robó un arca que contenía los collares, anillos y otras galas de desposada de D.ª Constanza, su hermana de él.

Todo lo sufría con ejemplar mansedumbre la Duquesa, y viendo en esta humildad y en la santidad de su vida y pureza de sus costumbres un reproche contra su villano proceder, determinó aquel bisnieto de Reyes, cuyas hazañas eran dignas de un salteador de caminos, deshacerse de ella, haciéndola, en ocasión que se hallaba en sus tierras de Galicia, que tomase unas hierbas, las cuales no dieron el resultado apetecido, mas sí el de hacerla perder todo el cabello, dando al traste con su hermosura. Tanto sufrió en aquella comarca la sin ventura, que jamás consintió en volver á ella, y cuando su marido necesitaba de alguna suma de importancia, para obtenerla, se valía de la amenaza del temido viaje. La última vez ocurrió estando el matrimonio en Medina del Campo. El Duque la hizo po-

ner en andas contra el consejo del físico D. Yuda Maen, que temía muriese en el camino. La cínica respuesta de D. Fadrique á las advertencias del médico no puede ponerse en letras de molde.

Poco después de este acóntecimiento quiso Dios librar á la pobre mártir de tamaños sufrimientos, y dispuso que, con ocasión de amenazar á Castilla los Reyes de Aragón y de Navarra y sus turbulentos hermanos los célebres Infantes de Aragón, hiciera D. Juan II grandes llamamientos de gente. Entre los próceres cuyo auxilio se reclamaba figuraba D. Fadrique, que, por tener numerosos amigos y vasallos, podía ser de mucha utilidad para la empresa.

Mucho tardó el de Arjona en acudir al llamamiento, y al hacerlo, en vez de venir directamente al campamento del Rey, sito en Belamazán, acertó á asentar el suyo á tres leguas de distancia y más inmediato á la frontera de Aragón. La tardanza en la venida, el asiento de su real en las condiciones dichas y la mucha gente de que se acompañaba (800 lanzas

y 1.000 peones, y caballeros de tanta monta, como D. Fernando de Portugal, hijo del Infante D. Juan, y los castellanos de Villalobos, Puente de Ime, Villagarcía y Astorga), infundieron sospechas en el ánimo de D. Juan, harto receloso de suyo, acerca de la limpieza de las intenciones de su tío, y temeroso de que pensara pasarse á los aragoneses, cuando se le presentó le hizo prender, ocultando la verdadera causa de esta determinación, bajo el pretexto de la mala conducta privada del Duque, así á lo menos lo supone el conocido romance que pone en boca del Monarca, el siguiente reproche:

De vos el Duque de Arjona
grandes querellas me dan:
que forzades las mujeres
casadas y por casar
que les bebiades el vino
y les robades el pan;
que les tomáis la cebada
sin se la querer pagar.

El caso fué que, dando al olvido don Juan los muchísimos servicios de D. Fadrique en Antequera y la privanza que un tiempo gozó, de que eran muestras las muchas mercedes que le había hecho, en-

tre otras, las del Señorío de las villas de Arjona y Arjonilla, y la del título de Duque de la primera de ellas, le hizo conducir al castillo de Almazán, y luego, para mayor seguridad, al de Peñafiel, donde murió, en 1430.

No puede menos de asombrarme el enternecimiento del P. Mariana al dar cuenta del desastrado fin del Duque: "Notable lástima—dice,—así por su edad, como por su sangre Real, como también por venir sin esperar salvoconducto... La discordia civil es madre de sospechas y contraria muchas veces á la inocencia. Los buenos suelen en tal ocasión ser tenidos por más sospechosos que los malos." Comprendo que un cristiano, sobre todo si es sacerdote, se duela de las desgracias de su prójimo, y así, bien está el sentir la muerte de D. Fadrique; pero llamarle bueno y amante del sosiego es elogio que no se compadece bien con las fechorías y crímenes de aquel Príncipe.

Al llegar á Astudillo, donde á la sazón se hallaba el Rey, la noticia de la muerte de D. Fadrique, aunque con tenerle

preso no había dado señales de profesarle mucho afecto, no quiso dejar de guardarle el luto que le era debido por el estrecho parentesco que los unía, y al decir de su cronista Fernán Pérez de Guzmán, "se vistió de panno negro e lo truxo nueve días por el debdo que con él había, e mandó hacer sus obsequias en el monasterio de Santa Clara desta villa de Astudillo, muy honorablemente". No menos honorablemente fué sepultado en el monasterio de Benevivere, inmediato á Carrión, de donde luego fué trasladado á la capilla de Santa Clara, en Toledo.

Aunque con la muerte del enemigo de su reposo parecía natural que quedara D.ª Aldonza libre de todo linaje de desabrimientos y sinsabores, no fué así. Trabajo le costó y no escaso, lograr que se la pusiera en posesión de sus bienes; para alcanzarlo, y esto prueba la gran inmoralidad de aquella época, tuvo que consumir no escasa parte de su hacienda en presentes y regalos á los más altos funcionarios de la Corte, el capellán mayor del Rey entre otros.

Por fin, con su constancia y entereza, siguiendo siempre de cerca al Rey, recordándole el estrecho deudo, y haciéndole ver lo angustioso de su posición, logró de aquél que decretara en Palencia de conformidad con sus justos deseos.

Retiróse entonces á Guadalajara, donde vivió muy santa y recogida vida por espacio de cuatro años, desoyendo las pretensiones y galanteos de muchos y muy poderosos caballeros que solicitaron su mano. Conducta muy sabia en persona que debía de mirar con verdadero horror al matrimonio y creería hallar en cada uno de los que á su mano aspiraban un criminal que venía en busca de su mucha hacienda. Esta, que fué su mayor contrario en vida, había de producir serios altercados después de su muerte, acaecida en Espinosa de Henares en el día, mes y año que por el epitafio sabemos, por la codicia de sus herederos.

Disputáronse el pingüe patrimonio de la difunta su hermano, el animoso capitán, filósofo y poeta, D. Iñigo López de

Mendoza, Marqués de Santillana, y su primo D. Diego Manrique, Conde de Treviño, quien, dueño por astucia del castillo de Cogolludo, se hizo en él fuerte, y sostuvo el asedio puesto á la villa por el cantor de las serranas, hasta que, noticioso el Rey de estos desmanes, envió á su Justicia mayor, D. Pedro de Estúñiga, con buen golpe de gentes de armas, á reducir á aquellos magnates, ordenándoles que pusieran en sus Reales manos la resolución de su querella.

Leal y respetuoso el de Santillana, se avino á ello, no así el de Treviño, que sólo cedió al verse vencido y preso por la gente de Estúñiga.

Y diciendo que D. Juan II dispuso el reparto de la herencia de manera que todos quedaran satisfechos; dueño de Cogolludo D. Iñigo, y de los demás lugares y vasallos el Adelantado D. Pedro Manrique, padre de D. Diego, termino este desmañado boceto de la delicada figura de D.ª Aldonza, digna de que más eruditas é inspiradas plumas se ocupen en su estudio.

SEGOVIA



IMPRESIONES

DE

UNA VISITA Á SEGOVIA [1]

GRANDE es Segovia en la Historia, sobre todo durante el período medioeval. Desde que Alfonso VI, la arrancó en 1078 del poder de los árabes, los Monarcas sus sucesores visitáronla con frecuencia y embelleciéronla á porfía. Alfonso X, Juan I, Juan II, Enrique IV, los Reyes Católicos y Felipe II, habitaron su Alcázar y lo adornaron con las delicadezas y esplendores del arte mudéjar, los unos; con la gravedad y sencillez del arte de Herrera, el segundo de

(1) Publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* en 1.° de Marzo de 1900.

los Austrias. La piedad erigió monasterios y parroquias de planta espléndida y rica ornamentación; la nobleza levantó palacios suntuosos.

Hay, pues, mucho que ver y que admirar en Segovia, pero más que los monumentos de la Edad Media y del Renacimiento atrae la atención del viajero una obra que es expresión fidelísima de una civilización anterior á la cristiana, que cuenta cerca de veinte siglos de existencia, y que cumple aún el fin para que fué creada (en lo cual tal vez no tenga rival). Esta obra, cuyo nombre va unido al de Segovia, es el famoso Acueducto.

Mucho se ha discutido acerca de la época en que se construyó. Sabida es la afición que siempre han mostrado los escritores antiguos, sobre todo los que tratan de cosas locales, á buscar entre las nebulosidades de la fábula el origen de las poblaciones y de sus monumentos y á dar el nombre de un semidios ó de un héroe al fundador de un pueblo; así, pues, ¿qué tiene de extraño que dejándose arrastrar por esta corriente, diga Colme-

nares que el Acueducto es egipcio, fundándose para ello en supuestas semejanzas entre él y las Pirámides, ó que el P. Sigüenza diga que es griego, ó, finalmente, que algunos supongan que es obra de Hércules? Afortunadamente ya nadie cree en tales patrañas. El P. Mariana, Bosarte, Masdeu y Somorrostro y cuantos les han seguido, no han vacilado en sostener que el Acueducto es romano. Cierta es, en efecto, la semejanza entre él y las obras que aún se conservan de aquel pueblo, el más grande que ha pasado á la Historia; el Acueducto recuerda el Coliseo y recuerda aquellos arcos, restos del gran Acueducto que surtía á Roma, y que tanta poesía prestan á los alrededores de la Ciudad Eterna. Partiendo, pues, de la base de que es romano, ¿á qué época de la vida de este pueblo pertenece? Las opiniones se dividen. Autores hay que sostienen que es de la época de Gordiano III (238-244). Les sirve de fundamento á su creencia el hallazgo de una moneda de aquel Emperador en un nicho de la cartela del Acueducto. Otros auto-

res suponen que es obra de Trajano (96 117). Yo debía haber empezado por exponer esta opinión, ya que cronológicamente aparece antes el Emperador español que Gordiano; pero de intento la he dejado para la última para procurar, á mi modo, demostrar su exactitud. Militan á favor de la opinión que nos ocupa dos razones muy poderosas: Primera, Trajano era español; es natural que procurase favorecer á su Patria dotándola de magníficos monumentos, como son, entre otros que se le atribuyen, el circo de Itálica y el puente de Alcántara; segunda, Trajano vivió en la época de mayor esplendor del Imperio romano, que había de ser más propicia para las artes de la paz que la época en que le tocó vivir á Gordiano III; que fué en plena decadencia del Imperio, en el período de la Historia de éste que se conoce con el nombre de *anarquía militar*, durante el cual las energías, ya escasas, que quedaban á Roma, se aplicaban á rechazar las cada vez más formidables agresiones de los bárbaros.

Inútil me parece describir el Acueduc-

to. Sin embargo, y para que no quede incompleta esta reseña; diré que cuenta hasta ciento sesenta arcos. Al arrancar tiene un solo orden de ellos; en el ángulo que forma frente á San Francisco comienzan los dos órdenes que siguen hasta el final. Alcanza la altura mayor al atravesar la plaza del Azoguejo y es de veintiocho metros. En el centro de esta plaza se levantan los tres pilares más altos y más recios; sobre ellos descansa un sotabanco ó cartela formada por tres hiladas de piedra. Todos los pilares están formados por sillares cuadrilongos de piedra berroqueña, unidos sin trabazón, argamasa ni hierro, y labrados á pico.

Acostumbran los autores á comparar el cerro en que se asienta la ciudad de Segovia, con una galera cuya proa marcha hacia las llanuras castellanas. Ocupa la susodicha proa el Alcázar, que se levanta majestuoso en la parte más occidental de la unidad, en la confluencia del Eresma y el Clamores.

Escaso interés inspira al viajero el estado actual de este edificio, que fué casi

por completo destruído por las llamas en 1862. Empezáronse veinte años más tarde las obras para su restauración y hoy están terminadas. Los artistas encargados de llevarlas á cabo han respetado el plan de la obra antigua en el exterior, y desde la explanada que pone al Alcázar en comunicación con la ciudad aún se admira la elevada torre de Juan II, con sus dos órdenes de ventanas, defendidas las superiores por garitas angulares con saeteras, y coronada la del centro por un león, que sostiene entre sus garras las armas Reales. Ocupan los costados de esta torre cuatro redondos torreones, que arrancan de una repisa y la coronan almenas blasonadas.

En el interior, lisas tablas sustituyen en las techumbres á los primorosos alfarjes y á los espléndidos artesonados que eran gala y ornato de un alcázar tan amado de sus Reyes. De las salas de la Galera, del Cordón, del Pabellón y de las Piñas, sólo queda el recuerdo histórico. Modestas estanterías de pino, atestadas con los legajos del Archivo General Militar,

actual inquilino del Alcázar, ocultan la desnudez de las enjalbegadas paredes.

El Alcázar actual, con su aspecto interior de cuartel, de hospital ó de convento; con su pulcritud y novedad, ¡que lejos está de traer á la memoria al Alcázar, cuya edificación empezó Alfonso VI; al de la mística leyenda que le supone derruído en parte por un rayo para castigar la soberbia de otro Alfonso, *el Sabio*, al que enriquecieron los Juanes y los Enriques de Castilla; al que albergaba á Isabel la Católica la víspera de su elevación al Trono; al que se engalanaba para presenciar el enlace de Felipe II y Ana de Austria, y que servía luego de prisión á aquel famoso aventurero Riperdá, tan tornadizo de Religión como de Patria!

En la ya citada explanada que precede al Alcázar se elevaba, hasta los primeros años del siglo XVI, la Catedral. En 1520 ocurrió la sublevación de las Comunidades. Toledo, Zamora, Valladolid, Toro, Alcalá y casi todas las ciudades de Castilla se alzaron en armas para mantener por la fuerza las libertades comunales que

creían atacadas por Carlos I y sus Ministros. En aquella épica, lucha que tuvo su desenlace en Villalar, tocóle á Segovia representar un papel de extraordinaria importancia. El populacho arrastró por las calles al malaventurado Tordesillas, procurador que había sido de la ciudad en las Cortes que acababan de celebrarse en la Coruña, en las cuales Cortes se había otorgado al Rey el subsidio que había pedido para ir á tomar posesión de la Corona de Alemania; subsidio que fué como la gota de agua que colmó la paciencia de los castellanos. Para poner fin á estos desmanes, la Regencia envió contra Segovia al tristemente célebre Alcalde Ronquillo; los segovianos, á cuya cabeza se puso D. Juan Bravo, lucharon denodadamente contra aquél y lograron derrotarle. Nuevamente fué atacada Segovia y en estas luchas y atrincherados los partidarios del Rey en el Alcázar y sus adversarios en la Catedral, que se hallaba tan próxima, sufrió ésta tan grandes deterioros, que quedó imposibilitada para el culto.

Terminados los disturbios, pensóse en

levantar de nuevo el santo templo, aprovechando para ello lo que aún quedaba en pie de lo derruído ó bien en hacer otro de nueva planta. Prevaleció esta última opinión, que era la del Emperador, y en 8 de Junio de 1522, se puso la primera piedra del edificio actual. El arquitecto de la iglesia y maestro principal de la moderna Catedral de Salamanca, Juan Gil de Hontañón, fundador de una dinastía de artistas ilustres, fué el autor del trazado de la Catedral segoviana. Sucedió á Juan Gil su aparejador, García de Cubillas, y trabajaron sucesivamente en la fábrica de la Catedral, Rodrigo Gil de Hontañón, hijo de Juan; Ruiz de Chartudi; Juan Campero, de quien debe hacerse especial mención por haber tenido el feliz atrevimiento de trasladar á la moderna el claustro de la antigua Catedral; Bartolomé Elorriaga, Bartolomé de la Pedraja, Juan de Mugagurren, Francisco de Viadero y Francisco de Campo Agüero.

Alzase la nueva Catedral en un ángulo de la plaza Mayor; se extiende al igual

de la población, de Oriente á Occidente; tiene por esta parte su principal ingreso y es el último de los edificios de orden gótico que se ha construído en España. La fachada principal es magnífica. Consta de cinco compartimientos, que corresponden á las tres naves de la iglesia y á las capillas laterales, y pertenece á aquel último período del arte ojival, que se llamó florido por el lujo y brillantez de sus adornos, con los cuales encubría su marcada decadencia. La entrada central es conocida con el nombre de Puerta del Perdón. A la derecha de la fachada se alza una altísima torre cuadrada y á la izquierda el bajo y redondo torreón de la Almuzara.

Otra puerta de la Catedral, la llamada de San Frutos, por la imagen que la adorna, da salida á la calle de los Leones. Creyóse por algunos que esta puerta era obra de Juan de Herrera; inclináronse otros á suponerla de Francisco de Mora, el más aventajado discípulo del anterior; pero Llaguno, en su obra *Noticias de los arquitectos y arquitectura*

de España desde su restauración, copia documentos que desvanecen toda duda acerca del autor de este trabajo. Lo fué Pedro de Brizuela, maestro de la Catedral, y lo llevó á cabo en 1620. Consta esta portada de dos cuerpos. El inferior es jónico, tiene dos columnas á cada lado y nichos en los intercolumnios. El superior es corintio, tiene una columna á cada lado y la estatua de San Frutos en el centro.

Si penetramos en el templo por esta puerta encontraremos inmediata á ella una capilla, que es tal vez la más interesante de la Catedral. Juan de Juni, artista acerca del cual se han hecho tan escasos estudios, que no se sabe aún con certeza de que país era natural, trazó en ella un altar, en el cual esculpió un medio relieve, que representa el Descendimiento de la Cruz. Las figuras son del tamaño natural, la de Cristo está muy bien sentida y expresada, pero la actitud de todas ellas es un tanto violenta y descompuesta.

La capilla mayor y el coro ocupan el

centro de la Catedral. El altar de aquélla es de mármol, obra de Sabatini y regalo de Carlos III. Tiene dos cuerpos; en el inferior hay cuatro columnas con capiteles de bronce; ocupan los intercolumnios las estatuas de San Frutos, Patrón de Segovia y San Geroteo, su primer Obispo, según falsa tradición, y el nicho central sirve de marco á una imagen de marfil y plata, que algunos suponen que perteneció á San Fernando, y la cual imagen fué regalada á la vieja Catedral por Enrique IV. En el cuerpo superior y sobre un sotabanco que se apoya en las cuatro mencionadas columnas, descansan las estatuas de San Valentín y Santa Engracia. En el atrio aparece el nombre de María, que adoran de rodillas dos ángeles, ya mozos, y sirve de remate un ángel niño, que lleva una Cruz. Todas las estatuas son obra de D. Manuel Pacheco.

Ocupa el interior del coro la rica sillería de la antigua Catedral, de preciosa arquería conopial y rica y primorosa talla.

La capilla del trascoro es de mármol;

fué trazada por D. Ventura Rodríguez con destino al palacio de Riofrío, y Cárlos III la regaló á la Catedral.

En el centro de esta capilla, y en rica urna de plata repujada, se guardan las cenizas de los tres santos hermanos, Frutos, Valentín y Engracia.

Una bien estudiada restauración está poniendo de manifiesto en el claustro todas sus bellezas, que antes aparecían como veladas por un alto antepecho que quitaba esbeltez á los delgados parteluces. En la galería en que el susodicho antepecho ha desaparecido muestran hoy las columnas todas las gallardías y gentilezas del estilo ojival.

Tuvo Segovia en la época de su esplendor, ó sea durante los siglos XIII, XIV y XV, hasta treinta y dos parroquias, de las cuales hoy sólo quedan en pie dieciséis. La descripción de las que aún subsisten sería empresa ardua, que acabaría con la paciencia de mis lectores, dado caso de que alguno me lea. Me limitaré, pues, á tratar de aquellos edificios religiosos que tienen más importan-

cia, bien desde el punto de vista artístico, bien desde el punto de vista histórico, y para evitar inútiles repeticiones diré, copiando el criterio expuesto por nuestro erudito compañero el Sr. Lampérez en su interesante conferencia, *Segovia, Toro y Burgos* que todas las iglesias segovianas "se construyeron dentro de un tipo local, que pudiera llamarse *románico-segoviano*, y que se caracteriza por la galería exterior circundante, y la elevada y única torre, colocada cerca del crucero y no á los pies de la iglesia, según la costumbre más general".

Es, tal vez, la iglesia de San Esteban la más interesante de todas las de Segovia. Los arqueólogos llaman poéticamente á su elevadísima torre cuadrada, de seis cuerpos, *la reina de las románicas*. ¡Con qué profunda amargura contempla hoy el viajero amante del arte patrio esta iglesia, que aparece como cautiva detrás de una empalizada puesta para impedir al curioso el paso á un monumento que amenaza ruina! Y esta amenaza se convertirá en un hecho si no

se reparan pronto los destrozos causados por el tiempo á la esbelta torre, cuya belleza le hace acreedora á ser tratada con todo cariño y todo esmero.

Mas afortunadas las iglesias de San Millán y de San Lorenzo, desafían con la robustez de su arquitectura románica los estragos del tiempo y lucen al exterior las adornadas impostas que se apoyan de trecho en trecho en canecillos revestidos de fantásticas figuras y labores caprichosas, entre las cuales se intercalan á veces aquellas procacidades de que tanto gustaban los artífices de la Edad Media.

En el centro de la ciudad, en medio de la plazuela á que da nombre, rodeada de la cárcel, de la casa de Juan Bravo, de la del Marqués de Lozoya y del que fué palacio de Enrique IV, se halla enclavada la iglesia de San Martín, á la que da fama su hermoso pórtico, de dobles columnas y variados capiteles, que sostienen una arquería de medio punto, con linda cornisa y caprichosas figuras. En el interior atraen la atención del artista

una hermosa tabla del siglo XVI y los sepulcros de los Herreras.

Un incendio ha destruído casi por completo la iglesia y convento del *Corpus Cristi*. Poco se conserva. Un arco que daba entrada á un patio que precedía á la iglesia, acusa la influencia ojival, y algunos capiteles y rosetones del templo revelan la labor de artistas mudéjares, los cuales en ella, de igual modo que en la torre de Santa María de Illescas y en muchas fábricas de Toledo, Arévalo y Cuéllar, amalgamaron y confundieron con éxito bizarro los estilos gótico y árabe.

Al pie de los altísimos peñascos, llamados Peñas Grajeras, que destilan agua constantemente, se asienta el santuario de la Fuencisla. Erigióse en tal sitio una iglesia para conmemorar un milagro de la Virgen, que se supone acaecido en él á principios del siglo XIII y que fué recogido por Alfonso el Sabio en su cancionero místico *Cantigas de Santa María*. Para dar idea de tal milagro bastará con copiar el epígrafe de la cantiga

designada con el núm. 107, en la que se relata aquél. Dice el epígrafe: *Como Santa María guardou de morte hua judea que espenaron en Segouia, et por que sse acomendou a ela non se firiú.* Esta judía se convirtió á la Religión católica, fué bautizada con el nombre de María, y hoy está enterrada en el claustro de la Catedral. Los segovianos la llaman, en atención á la milagrosa caída, María del Salto ó Marisaltos. La imagen que se venera en el santuario de la Fuencisla, es, según opiniones autorizadísimas, obra posterior al siglo XIV.

De las numerosas fundaciones religiosas de los Templarios en España sólo han llegado á nuestros días la iglesia de Eunate en Navarra, y la de la Vera Cruz en Segovia. Tiene ésta, como todos los templos que erigieron los caballeros de aquella Orden, con posterioridad al siglo XI, la forma octógona, imitación de la rotonda del Santo Sepulcro de Jerusalén. Aparece en el centro una capillita también octógona y con dos pisos; el inferior era tal vez el que servía para las

ceremonias de iniciación de los neófitos en las prácticas de la Orden del Temple, y el superior era donde los caballeros daban guardia al Santo Sepulcro. En los capiteles de esta iglesia se manifiesta en todo su vigor la exornación románica, siempre rica en motivos, que toma de la naturaleza y del Antiguo y del Nuevo Testamento.

A orillas del Eresma, y en un frondosísimo paraje, cuya belleza dió origen al dicho: *Los huertos del Parral, paraíso terrenal*, se alza el monasterio de San Jerónimo, llamado vulgarmente del Parral. La iglesia carece de culto, y unas monjas que habitaban el convento le han abandonado este año, porque amenaza ruina. ¡Lástima grande será que ésta alcance al magnífico retablo, cuyo centro ocupa una imagen de María de singular belleza! Otras figuras combinadas, representando pasajes de las vidas del Salvador y de su Madre, sirven como de orla á la susodicha imagen de María. Dos suntuosos sepulcros que arrancan al lado mismo del retablo y vienen á ser por su

posición y sus labores como continuación de aquél, encierran los restos de D. Juan Pacheco y D.ª María Portocarrero, Marqueses de Villena, que aparecen representados en bellas estatuas orantes. Próximo á la puerta de la sacristía se halla empotrado en la pared el sepulcro de aquella varonil y tenaz doña Beatriz de Medellín, última partidaria de la Beltraneja. En la que fué sala capitular de este monasterio hay instalado una especie de panteón de segovianos ilustres. Allí duermen el sueño eterno Díaz Sanz y Fernán García, aquellos valerosos capitanes de los Tercios segovianos, inmortalizados en la conquista de Madrid, y allí reposa el diligente cronista segoviano Diego de Colmenares.

He querido hacer una breve reseña de Segovia y me ha salido demasiado larga, renuncio, pues, á hablar del monasterio de Santa Cruz, reedificado por los Reyes Católicos en el solar que ocupaba la primera fundación Dominicana que hubo en España; nada diré tampoco de los restos que aún quedan en pie de las murallas,

ni de las casas de Juan Bravo, Marqués del Arco y Marqués de Lozoya, pero no puedo pasar en silencio ni la puerta de San Andrés ni la casa de los Picos.

Es la primera un espléndido monumento del arte militar español de los siglos XIV y XV. Corresponde al primero la torre cuadrada, adosada á la muralla, y al segundo la torre poligonal, obra probablemente de los Reyes Católicos, con saeteras en cruz, cornisa de perlas y almenas piramidales, frontera á la cuadrada, y unida á ella por un pasadizo sostenido por un arco peraltado.

La casa de los Picos ocupa el solar del antiguo palacio del cronista de Castilla D. Pedro López de Ayala. El edificio actual es probablemente obra del siglo XVI, en que tan íntimas eran las relaciones de España con Italia, y ostenta en su fachada una decoración muy parecida al palacio *Diamanti*, de Ferrara. Consiste la tal decoración en una serie de piedras pulimentadas en forma de pequeñas pirámides, las cuales revisten toda la fachada á excepción de las recias do-

velas de la puerta de entrada y de los balcones. Sobre éstos aparece una podadera, que sería la divisa de los fundadores de la casa.

He llegado al fin de mi modesto trabajo. He puesto á servicio de él toda mi buena voluntad, queriendo corresponder así á las deferencias de mis compañeros; á la bondad de éstos me dirijo para rogarles que perdonen sus muchas faltas.





COCA



COCA [1]

Con razón afirma el Sr. Serrano Fatigati que la provincia de Segovia es como rico Museo, en el cual tienen representación espléndida cuantos elementos han influído en la Historia del arte nacional.

Ocupa el primer lugar de tan variada colección la arquitectura romana, constructora del famosísimo acueducto que desde hace diecinueve siglos lleva á la capital de la provincia el agua que toma de la sierra. Las iglesias de San Martín, San Lorenzo, San Esteban y San Millán

(1) Publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* en 1.° de Junio de 1900.

en Segovia, y San Salvador, San Justo y Virgen de las Peñas en Sepúlveda, con sus robustas torres cuadradas y su ornamentación sencilla, aparecen como galana muestra del sobrio y vigoroso estilo románico. Los templos de Cuéllar y los restos del *Corpus Christi*, con sus arcos de herradura y sus capiteles con piñas, nos hacen admirar la sublime inspiración y primorosa habilidad de los pacienzudos artistas mudéjares.

La Catedral de Segovia y el claustro del convento de Dominicos, fundado por Enrique III y Catalina de Lancáster en Santa María de Nieva, son preciadas joyas del arte ojival. La puerta llamada de San Frutos, de la susodicha Catedral, la escalera principal del alcázar y el hermoso patio del que fué palacio del Cardenal Espinosa, y lo es hoy del Marqués del Arco, son obras fabricadas y adornadas por discípulos de Juan de Herrera con la severidad de líneas que constituye la nota característica del estilo del arquitecto de El Escorial.

Si á los monumentos citados en la an-

terior sucinta reseña añadimos la fundación templaria de la Vera-Cruz, célebre por la rareza de su planta; la jeronimiana del Parral, famosa por el retablo y sepulturas de su iglesia; la dominicana de Santa Cruz, tan interesante y tan bella; los castillos de Pedraza y de Turégano, y la Colegiata y Palacios Reales de San Ildefonso y Riofrío, bastará con la enumeración de tanta obra de arte para comprender el interés que despierta la provincia de Segovia, interés que no se limita á la capital y á las poblaciones por todos visitadas, sino que llega hasta los más escondidos y apartados rincones de aquella histórica comarca.

Hállanse en estos rincones pueblos modestos hoy y ayer florecientes, olvidados hogaño y antaño famosos. En estas condiciones se encuentra Coca. Asiéntase esta villa en una dilatada llanura, cubierta de pinares y regada por el Eresma y el Voltoya, que vienen á reunirse al pie de ella. Su población actual no pasa de 900 habitantes, su caserío es modesto, su nombre apenas suena; pero hubo un tiem-

po en que fué populosa, rica y nombrada por la feracidad de sus tierras productoras de exquisito vino, célebre en Europa; por la magnificencia de sus Señores y por la suntuosidad de sus monumentos.

Conocida es su historia. Ciudad importantísima de los arevacos (cuyo nombre provino del río Areva, actualmente Eresma), aparece la antigua Cauca en el año 602 de la fundación de Roma y 150 antes de Jesucristo, haciendo frente al Cónsul Licinio Lúculo en aquellas cruentas y legendarias luchas que contra la dominación romana sostuvieron los españoles. Defendió con tesón su libertad; pero agotados los medios de defensa, capituló á la postre, y el conquistador la impuso condiciones durísimas. Fueron éstas, según el diligente cronista Colmenares refiere, la entrega de cien talentos de plata, la de toda su caballería, como prenda de fidelidad y acatamiento á Roma, y la obligación de admitir guarnición romana en su recinto.

En cumplimiento de esta última condi-

ción entraron en ella 2.000 soldados, que ocuparon las puertas y murallas, mientras el resto del Ejército simulaba alejarse. Pero una vez dueños de la ciudad aquéllos, hicieron una señal de antemano convenida, y entonces volvieron sobre Coca los que se alejaban, pasaron á cuchillo á 20.000 indefensos ciudadanos y destruyeron la ciudad. Dieciocho años después, Escipión Emiliano, el debelador de Cartago y de Numancia, restauró y repobló á la antigua Cauca, prometiendo seguridad y restitución de los perdidos bienes á los huídos habitantes y ofreciendo ricos heredamientos á los nuevos pobladores.

Reducida España al poder de Roma, no vuelve á sonar durante la dominación de ésta el nombre de Coca, ya que la crítica moderna le arrebata la gloria de haber sido cuna del gran Teodosio, como equivocadamente supusieron el historiador griego Zósimo, Idacio y otros escritores, que posteriormente y sin maduro examen les siguieron.

Nada tampoco se dice de Coca durante

el período visigótico, y no hallamos noticia alguna de ella hasta la segunda mitad del siglo XI ó sea hasta la época de Alfonso VI, que la aquistó de los árabes, según aparece consignado en los conocidos versos latinos del Arzobispo D. Rodrigo, que citan las poblaciones reconquistadas por aquel valeroso Monarca.

Las *Crónicas de Castilla* vuelven á ocuparse de Coca, cuando, al relatar las hazañas de Alfonso XI, dan cuenta del sitio y toma de Algeciras en 1344. Al narrar tan fausto suceso hacen las referidas *Crónicas* especialísima mención del denuedo y bravura con que combatieron en aquella gloriosa jornada las milicias de la villa segoviana y sus esforzados capitanes.

En días menos felices para Castilla, ocupando su Trono el último descendiente varón de los Trastamara, dejó Coca de ser villa realenga, por cesión de Enrique IV al Arzobispo de Sevilla, D. Alonso de Fonseca. Este célebre Prelado fundó hacia 1460 (según ha tenido la bondad de manifestarme la Sra. Duquesa de

Alba, á la cual debo otros muchos datos sobre la ilustre casa de Fonseca, que aquí públicamente le agradezco) el mayorazgo de Coca y Alaejos en cabeza de su hermano D. Hernando, muerto después heroicamente en la segunda batalla de Olmedo.

Dice Quadrado en su conocida obra *Recuerdos y Bellezas de España*, que durante los siglos XIV y XV existían en Coca hasta siete parroquias, cuyas advocaciones eran Santa María, San Nicolás, San Juan, San Adrián, San Pedro, San Pablo y la Santísima Trinidad. Hoy sólo quedan en pie la torre mudéjar de San Nicolás, elegante y airosa, con sus cuatro órdenes de dobles ventanales y la iglesia de Santa María. Esta, por sus magníficos sepulcros y el castillo por la suntuosidad de su fábrica, son los más estimados monumentos de Coca, y como la restauración de la iglesia y la edificación del castillo son obra de los Fonseca, considero oportuno, antes de entrar en la descripción de estos elocuentes testimonios de su poderío, magnificencia y ex-

quisito gusto, dar alguna noticia de aquella esclarecida familia que tanta influencia ejerció en España durante los reinados de Enrique IV, los Reyes Católicos y Carlos V, y tanto hizo en pro del arte.

Argote de Molina, en su *Historia de la nobleza de Andalucía*, y Vázquez de Miranda, en su *Genealogía de la Casa de Fonseca*, consignan interesantes datos acerca de este linaje, cuya antigüedad se remonta al año de 1085, en que floreció el ilustre caballero *D. Men Rodríguez de Fonseca*, Señor de Quintana de Fonseca, en el Reino de Galicia. Dicho caballero pasó á Portugal con el Conde D. Enrique de Borgoña y fundó en aquella región un gran Estado. Fueron sus descendientes *D. Men González de Fonseca*, que figuró hacia 1200, distinguiéndose como valiente capitán á las órdenes de D. Sancho I de Portugal y como piadoso caballero por la fundación del monasterio de Mancellos; *D. Vasco Méndez de Fonseca*, muerto como bueno en la batalla de Govea; *D. Pedro Ruiz de Fonseca*, que se halló con D. Alonso IV, *el Bravo*, en la

del Salado, y *D. Pedro Rodrígues de Fonseca*, que acompañó á D.ª Beatriz de Portugal, segunda mujer de Juan I de Castilla, cuando vino á los Estados de su marido, y abrazó su causa á la muerte del Monarca lusitano D. Fernando, padre de ella, abandonando su patrimonio de Portugal por no reconocer como Rey al turbulento y usurpador Maestre de Avís. Los Reyes recompensaron la acrisolada lealtad de Fonseca, nombrándole Guarda mayor y Capitán de su guardia, miembro de su Consejo y Aposentador de la Casa Real.

Hija de este caballero fué D.ª Beatriz Rodríguez de Fonseca de cuyo enlace con el Dr. D. Juan Alonso de Ulloa, del Consejo de D. Juan II, procedieron los ya citados Arzobispo D. Alonso y D. Hernando, los cuales, siguiendo una costumbre muy frecuente en aquella época, antepusieron al de Ulloa el apellido Fonseca. Figura es la de D. Alonso de excepcional importancia histórica, porque en ella se hallan como en síntesis todas las cualidades y todos los atributos que daban forma

á los grandes caracteres del poderoso y temido Episcopado español del siglo XV. D. Alonso es imagen fiel y representación acabada de aquellos Obispos tan esforzados como guerreros, tan inquietos é intrigantes como políticos, y tan suntuosos y espléndidos como magnates, que se llamaron Rojas, Tenorios, Carrillos y Mendozas. Como guerrero, el Arzobispo Fonseca acompañó á Enrique IV en la campaña de 1455, tan ostentosa como inútil, contra el Rey moro de Granada. Como político, tuvo tal influencia en los comienzos del reinado de aquel infeliz Monarca que, al decir de Garibay, el Gobierno de los Reinos de Castilla se hallaba sometido al Marqués de Villena, y á la sabiduría y prudencia de Fonseca, á quien llama Prelado de agudo ingenio. Hallámosle más tarde al frente de dicho Gobierno cuando el Rey de Castilla, en 1461, invadió Navarra para poner coto á las demasías de su revoltoso Monarca, constante fomentador de las turbulencias promovidas por la nobleza castellana; vémosle después al lado de los no-

bles contra D. Enrique y su favorito don Beltrán de la Cueva, aparécesenos luego mediando entre los dos bandos y proponiendo al Rey el enlace de la Princesa Isabel con D. Pedro Girón, y le encontramos, por último, custodiando á la malhadada Reina D.ª Juana en su castillo de Alaejos. Como magnate liberal y ostentoso nos lo presenta Enríquez del Castillo en aquel pasaje de su *Crónica*, donde refiere el originalísimo y espléndido remate que puso á un banquete con que obsequió á la ya citada Reina. Terminada la cena hizo presentar en la mesa dos bandejas cubiertas de anillos de oro, guarnecidos de piedras preciosas, para que D.ª Juana y sus damas tomasen las que fueran más de su agrado.

Hermano del Arzobispo fué, como ya queda dicho, D. Hernando, é hijos de este caballero fueron D. Alonso, D. Antonio y D. Juan de Fonseca, á los cuales debe Coca sus suntuosos monumentos. La fundación de la iglesia corresponde á los dos últimos y la del castillo es indudablemente obra del primero, que heredó el seño-

río de su padre en 1466 y falleció en 1505, pues todos los autores están conformes en afirma que aquel edificio pertenece á las postrimerías del siglo XV. Corresponde, por tanto, á D. Alonso la gloria de la traza, construcción y ornamentación de aquella maravillosa fábrica, y si le corresponde justo es dársela, siguiendo el ejemplo de su epitafio, donde se le llama muy *magnífico,* calificativo que le viene como anillo al dedo.

Ya conocemos al autor, veamos la obra. Alzase el castillo de los Fonseca en en un altozano próximo á la confluencia del Eresma y el Voltoya y desde el cual se domina amplio y hermoso paisaje. Rodéale un ancho y profundo foso artificial, revestido de ladrillo. De la misma materia es toda la fábrica, existiendo sólo en uno de sus ángulos vestigios de una más antigua construcción de piedra. Flanquean las esquinas elegantes torres ochavadas, en cuyas caras resaltan garitones también poligonales y coronados por una galería corrida de matacanes, donde reposan muchedumbre de facetas, que se elevan hasta

las almenas, en las cuales aún se observan señales del antiguo revestimiento de cal que debía de proteger toda la obra. En las cuatro fachadas sobresalen otros tantos cubos y en los intermedios de éstos y las torres flanqueantes aparecen garitas, cuya ornamentación, como la de los cubos, es idéntica á la de los garitones de aquéllas. Saeteras en forma de cruz, ya necesaria en la época de la fundación, por los progresos de la artillería, salpican todos los muros. En la parte Norte se levanta la torre del homenaje, cuadrada y flanqueada por cubos y garitones. Debajo de ella se abre la puerta por la cual se entraba á un patio con doble galería de columnas de mármol y pórfido y adornado con esmaltados azulejos.

Desgraciadamente, el estado actual de este edificio dista mucho de ser el que fuera de desear. Las columnas y azulejos del patio faltan por completo, hallándose algunas de aquéllas prestando sus servicios en los soportales de la plaza Mayor de Olmedo; los magníficos artesones que adornaban los techos han desaparecido

juntamente con éstos; de las antiguas escaleras no quedan ni vestigios. Ruinoso y caduco está el castillo; pero aún infunde respeto con su imponente grandeza, y aún seduce al historiador con el recuerdo de sus Señores, al artista con la majestuosa belleza de su mole y al arqueólogo con los primores que todavía conserva en zócalos y frisos, inspirados por aquel arte mudéjar tan grato para nosotros, por haber nacido en nuestro suelo.

El otro monumento importante de Coca es la parroquia de Santa María, que se halla enclavada en el centro de la población. Edificóse este templo á principios del siglo XVI, aprovechando, sin duda, restos de una anterior y arruinada construcción y con arreglo á un modo especial, al cual llama nuestro ilustrado Presidente *estilo de la viudez de D. Fernando*. Fúndense en él reminiscencias del gótico con ensayos del Renacimiento y es muy frecuente por el gran número de iglesias y monasterios que erigieron los Reyes, la nobleza y las Comunidades

religiosas durante aquel período, el más próspero de nuestra Historia. En Santa María se ve la reminiscencia ojival en las labores de crestería que adornan los caballetes y otras partes del exterior del templo, y aparece el Renacimiento en el trazado de la planta, que figura una espaciosa cruz latina con los cuatro extremos poligonales.

Fundó esta iglesia, para panteón de su familia, el célebre D. Juan Rodríguez de Fonseca, hermano del ya citado D. Alonso. Fué D. Juan uno de los más preclaros varones de su época, y con ser ésta tan abundante en grandes hombres, logró distinguirse entre ellos. Desempeñó en la carrera eclesiástica, entre otros elevados cargos, los de deán de Sevilla, Obispo de Palencia y de Burgos y Arzobispo de Rossano. Fué el primer Presidente del Consejo de Indias, puesto que ocupó hasta su muerte, y á su diligencia dice Garibay que se debió en gran parte la organización del segundo viaje de Colón á Indias, pues gracias á la actividad é inteligencia de Fonseca, se pudieron re-

unir los 12 clérigos y 1.500 hombres de armas, que acompañaron esta vez al inmortal descubridor, equipar las 18 naos y carabelas que los condujeron y almacenar en ellas simientes, plantas, animales de carga, herramientas, armas, vituallas y cuanto se creyó útil ó conveniente para el descubrimiento, conquista y colonización de las remotas y desconocidas tierras transatlánticas. El tiempo que sus deberes religiosos y administrativos le dejaron libre, empleólo D. Juan en promover obras de mérito extraordinario, que le han elevado á la altura de aquellos Prelados y magnates del Renacimiento italiano, tan amantes del arte y la belleza. Según Prescott y Lafuente, decían los contemporáneos de Cisneros, refiriéndose á éste, que nunca había tenido Toledo pastor más *edificante;* lo mismo pudieron haber dicho los diocesanos de Fonseca, para el cual parecen escritas las siguientes frases que á la memoria de otro Fonseca ilustre, D. Alonso, Arzobispo de Santiago y de Toledo, dedicó el distinguido arqueólogo Sr. Es-

cudero de la Peña: "Por su constante y decidida protección á las artes, de que dan testimonio los suntuosos edificios que fundara, puede con justicia ser apellidado el Médicis del Episcopado español." En la época en que D. Juan fué Obispo de Burgos, hizo de esta población, tanto por el número y fama de los artistas que á ella acudieron, como por la cantidad y calidad de las obras que llevaron á cabo, la Florencia de España. Protegidos por él, trabajaron é inmortalizaron sus nombres Diego de Siloe, Felipe Vigarny, Cristóbal de Andino, Simón de Colonia, Bartolomé Ordóñez y otros no menos estimados. La puerta de la Pellicería y la monumental escalera adosada al muro Norte del crucero en aquella maravillosa Catedral, el Hospital de la ciudad de Toro y las casas que en esta población poseía el Conde de Monterrey, son obras que han llegado hasta nosotros, pregonando la magnificencia y esplendor de Rodríguez de Fonseca.

No menor muestra de su suntuosidad dejó el noble Prelado en las sepulturas

que para él, sus padres, hermanos y tío D. Alonso mandó labrar y colocar en su iglesia de Coca. En ésta se ven cuatro sepulcros: dos sencillos adosados á los muros laterales del altar mayor y dos dobles que ocupan los extremos de los brazos del crucero. A la derecha del altar yace el fundador en un sarcófago de mármol que mide 1,50 metros de ancho por 2,10 de largo. Adornan el frente de este sarcófago las cinco estrellas de los Fonsecas encerradas en una guirnalda de flores y frutas sostenida por las manos de dos ángeles niños que aparecen de pie, desnudos y en medio relieve. Sobre el sarcófago reposa la estatua yacente del Obispo; esta figura está modelada del natural y al esculpirla no estuvo muy lisonjero el artista con su protector, pues le representó, como dice Justi, con rostro de enérgica fealdad, frente estrecha, nariz curva, mandíbula inferior muy saliente, cejas tan pobladas y extendidas que llegan á tocarse y boca grande y hundida por los extremos. En una cartela colocada en el lado del sepulcro, donde descan-

san los pies de la figura hay una inscripción que expresa las dignidades y cargos del difunto y la fecha de la defunción, que es la de 4 de Noviembre de 1524. Este sepulcro es sólo parte del proyectado. Por si no bastara para demostrarlo, la extraña actitud de la estatua, cuya cabeza aparece vuelta hacia el muro, tenemos un documento auténtico: el inventario que se formó á la muerte del autor de esta obra; en el cual inventario se mencionan, como pertenecientes á esta sepultura, una Virgen en relieve y otros adornos, tales como columnas, capiteles y cornisas que, sin duda, se destinaban para la ornamentación de un nicho que había de servir de marco al monumento actual.

Frontera á la de D. Juan álzase la sepultura de su tío D. Alonso. Su disposición es en extremo parecida á la de la anterior. Como en ésta adornan el frente del sarcófago cinco estrellas, encerradas en una guirnalda sostenida por ángeles; la cartela con la indicación de las dignidades del difunto se halla también á los pies de la figura. A pesar de la semejan-

za entre ambos sepulcros, no son, como luego se verá, obra del mismo autor.

En las sepulturas dobles, que ocupan los extremos del crucero, yacen, según se lee en las respectivas inscripciones, al lado del Evangelio, el honrado caballero D. Hernando de Fonseca, maestresala del Rey D. Enrique, hermano del Arzobispo de Sevilla y padre del Obispo de Burgos; de D. Alonso y de D. Antonio y la señora D.ª Teresa de Ayala, su segunda mujer, y al lado de la Epístola, el muy magnífico D. Alonso de Fonseca, señor de las villas de Coca y Alaejos, y la Sra. D.ª María de Avellaneda, su madre. Las cuatro estatuas son yacentes y de tamaño mayor que el natural. Los caballeros aparecen armados de punta en blanco y las damas vestidas con elegantes trajes de corte y calzadas con aquellos chapines de tan anchurosa punta que estuvieron tan á la moda entre las señoras, y aun entre los caballeros, durante todo el siglo XV y principios del XVI. Sirven á modo de marco, á estas sepulturas amplias hornacinas, labradas con sujeción

al mismo estilo plateresco, pero con diversa ornamentación. En la de la izquierda apoya el arco en dos medias columnas romanas, adornan los tímpanos ángeles con palmas y coronas y completa la obra un frontón en arco rebajado. En la de la derecha descansa el arco en pilastras corintias, adornan los tímpanos dos medallones con bustos romanos y corona la construcción un friso horizontal.

Son obra estos cuatro sepulcros del primer tercio del siglo XVI y en ellos se ve claramente la influencia que el arte italiano, llegado en aquella época á un grado de perfección apenas inferior al de la antigüedad clásica, cuyas obras estudiaba é imitaba con empeño, ejerció sobre nuestro arte. Natural es que ejerciera esta influencia. Aquella época fué la de mayor esplendor para España que se hallaba á la sazón fuerte por la realización de su unidad política, rica por el descubrimiento del Nuevo Mundo, influente en Europa por los enlaces de sus Príncipes, y tranquila en el interior por el sabio Gobierno de sus Reyes. Protectores éstos de

cuanto redundara en progreso y mejora de sus Estados, complaciéronse en alentar los trabajos de aquellos extranjeros que, como los humanistas Pedro Mártir de Anglería y Lucio Marineo Sículo, y los escultores Vigarny, Torrigiano y Domingo Fancelli, vinieron á nuestro solar atraídos por su esplendor y poderío. Promovieron los primeros la afición al estudio del latín y de las literaturas clásicas, con lo cual mejoró no poco la cultura y se preparó nuestro gran Siglo de Oro; los segundos iniciaron á los artistas españoles en el nuevo arte arquitectónico y escultórico dominante en Italia y les hicieron abandonar los antiguos moldes. Seducidos por la belleza del nuevo estilo, los más entusiastas pasaron á Roma y á Florencia, á Nápoles y á Carrara á estudiar las obras de la antigüedad pagana y á aprender las máximas de los grandes maestros del Renacimiento.

Conocidas las aficiones artísticas de Fonseca se comprende fácilmente que se entusiasmara con la hermosura armónica y proporcionada de la nueva escuela y

que, deseoso de protegerla, encomendara la ejecución de las obras de su lujoso panteón á individuos que trabajaban *á lo romano*, según entonces se decía. Encargó, pues, á principios del siglo XVI la sepultura de D. Alonso y la dobles á una sociedad de escultores genoveses y algo posteriormente la suya y la de su hermano D. Antonio á Bartolomé Ordóñez.

Cuanto se diga en alabanza de este genial escultor es poco para indemnizarle del olvido en que ha estado sepultado su nombre durante cerca de tres siglos. En tan largo período llegó á olvidarse el ventajoso concepto en que su contemporáneo Francisco de Holanda le tuviera cuando le colocaba en la lista de los artistas mejores y le llamaba *águila* por su elevado mérito y rara habilidad, y se atribuyeron sus obras á otros más afortunados artífices. Al erudito Cean Bermúdez corresponde la gloria de haber sido el primero entre los autores modernos en conocer el mérito y la importancia de Ordóñez y en restituirle la gloria que por el mausoleo de Cisneros le correspondía. Al hacer tal

restitución y al estampar el nombre del preterido autor en el *Diccionario de ilustres profesores*, después de copiar las palabras de Holanda, añadía Bermúdez: "¡Cuántas obras atribuídas á Berruguete y Becerra serán de este gran artista, á quien el tiempo irá descubriendo!„ Y no se equivocó al afirmarlo. El danés doctor Gaye y D. Pedro de Madrazo primero y el canónigo de Carrara, Pedro Andrei y el alemán Justi después, se han ocupado de Ordóñez y gracias á sus esfuerzos y sobre todo al utilísimo trabajo que, firmado por el canónigo italiano, vió la luz en 1871, se ha podido llegar al conocimiento de la vida y obras de aquél de un modo auténtico, pues la base del opúsculo de Andrei la constituye el testamento otorgado ante el notario Galvani, el año de 1520 en la rectoría de San Andrés de Carrara por el famoso escultor, próximo ya á la muerte.

Sabemos, pues, con certeza, que Ordóñez era natural de Burgos, en donde, asociado á Diego de Siloe, dió los primeros pasos de su carrera artística, que, ena-

morado de las nuevas tendencias, pasó á Italia y fijó su residencia en Nápoles, y que después de una larga estancia en aquella bellísima ciudad, regresó á su Patria y se estableció en Barcelona. Hallándose en esta población, recibió el encargo de adornar el trascoro de la Catedral con relieves relativos á la vida de Santa Eulalia, Patrona de la ciudad condal, y en esta labor se encontraba ocupado, cuando, en Marzo de 1519, llegó Carlos I á Barcelona. Tuvo entonces el Monarca ocasión de admirar el esmero y la perfección del trabajo de Ordóñez, y esta circunstancia, juntamente con la protección y apoyo de los Fonseca, fueron causa de que, á la muerte de Domingo Fancelli, ocurrida á poco, recibiera el escultor burgalés la orden del Rey de terminar el sepulcro de Cisneros, que había dejado comenzado el italiano, y de labrar un suntuosísimo mausoleo con destino á Felipe I y á su desgraciada consorte D.ª Juana. Tan terminante debió ser la orden, que Ordóñez dejó sin concluir la empezada obra del trascoro,

y comprendiendo que en Italia tendría mayor facilidad para la elección de artistas que le auxiliaran y más seguridad de éxito en la de los mármoles, partió para aquel país y abrió su taller en Carrara, por hallarse esta población al pie de las riquísimas y celebradas canteras de su nombre y ser centro donde se reunían escultores y marmolistas de gran fama. Hasta 24 de éstos llegó á reunir en su estudio, y no parecerá el número exorbitante si se tiene en cuenta la cantidad y calidad de los encargos.

La muerte del escultor puso fin á tanta actividad, y por el ya citado testamento vemos que aquéllos quedaron sin concluir, y vemos también que, además de las obras cuya ejecución le encomendara Carlos I, estaba llevando á cabo otras dos con destino á sus protectores D. Juan y D. Antonio de Fonseca, que sufrieron igual suerte, y cuya conclusión y transporte á España se encomienda á Juan de Fiesole y Simón Mantovano, que trabajaban en la sepultura del primero y á Pe-

dro da Corona y Marco Bernardi, que lo hacían en la del segundo.

Ya hemos visto la sepultura de D. Juan colocada en el lugar que le corresponde; ¿qué ocurrió con la de D. Antonio? Ocupa el centro de la parroquia dé Santa María una sencilla losa de mármol blanco, adornada con el escudo de armas de Fonseca, la Cruz de Santiago y cuatro veneras, en la cual losa se lee la siguiente inscripción:

Hic situs est Antonius de Fonseca vir tam pietate insignis quam dignitate et rebus gestis clarus, qui jam ad modum grandis aetate vitam feliciter actamcum morte sed feliciare commutavit. Anno 1527.

Debajo de esta losa yace el más ilustre de los Fonseca. En los apuntes, que según ya he dicho, ha tenido la amabilidad de facilitarme la Excma. Sra. Duquesa de Alba, dícese de este personaje: "D. An- Antonio, llamado *el Valeroso*, se distinguió en las guerras de Portugal y de Granada, donde fué el primero que colocó el Avemaría en la puerta de Elvira

de aquella ciudad. Fué once veces Capitán general, dos por Embajador al Rey Carlos VIII de Francia. Trató en Alemania los casamientos del Príncipe D. Juan con Madama Margarita y de D.ª Juana con D. Felipe." Fué también Contador mayor de Castilla y Comendador mayor de Santiago en la misma región.

He copiado el párrafo anterior creyendo que bastaría con la sencilla enumeración que en él se hace de los elevados cargos que desempeñó Fonseca y de las dignidades con que los Reyes recompensaron su celo y lealtad para dar idea de la importancia de este personaje; pero me asalta el temor de que alguno pudiera sospechar que el Señor de Coca y Alaejos se hallaba en el triste caso de aquellos que han necesitado ser Embajadores ó Capitanes generales para adornar su pequeñez é insignificancia de ellos con la especie de brillo que de aquellos puestos dimana, y con objeto de destruir esta injuriosa sospecha, ya que ni el espacio ni la paciencia de mis lectores me permiten dar á esta semblanza la exten-

sión debida, quiero al menos citar uno de los episodios de la agitada y gloriosa vida de Fonseca, referido por Oviedo en sus *Quincuagenas*, é inmortalizado por el ilustre Duque de Rivas en su conocido romance titulado *Un Embajador español.*

El historiador y el poeta ensalzan la firmeza y el valor demostrados por el noble prócer castellano, cuando llevando, en unión de D. Juan de Albión, Alcalde de Perpignán, la representación del Rey Católico cerca del joven Carlos VIII de Francia, que faltando á lo pactado en 1494 en Barcelona, invadía Italia y se aprestaba á la conquista del Reino de Nápoles, le alcanzó en Velletri y le rogó que desistiese de su loca empresa. Ante la negativa del Monarca francés, D. Antonio de Fonseca rompió y arrojó á los pies de aquél el tratado de Barcelona, en medio de la indignación de los caballeros franceses, que desenvainaron las espadas para darle muerte. ¿Cómo tan renombrado personaje no reposa en el mausoleo que para encerrar sus cenizas labraba en Carrara Ordóñez cuando le sor-

prendió la muerte? Justi supone que D. Antonio fué enterrado en el mausoleo que se le destinaba y que las turbas populares, que aborrecían el nombre de Fonseca por su intervención en la represión del movimiento de los comuneros, debieron de profanar la iglesia de Coca para ultrajar los restos del que en vida fué su enemigo. Cierto es este odio del pueblo á Fonseca, quien, fiel partidario de Carlos I, pidió á la populosa ciudad de Medina del Campo los cañones que en ella se custodiaban para ir con ellos, en unión del Alcalde Ronquillo, contra los comuneros de Segovia. Negóse el Concejo de Medina á acceder á tal pretensión, y entonces Fonseca, con objeto de amedrentar á los vecinos, hizo arrojar alcancías de alquitrán contra las casas de la ciudad, la más rica del Reino á la sazón; las llamas devoraron gran parte de la población y redujeron á cenizas la famosa plaza del Comercio y el célebre convento de San Francisco. Este suceso le atrajo el odio de la plebe, la cual, en venganza, le quemó su palacio de Valladolid.

Militan, sin embargo, en contra de la opinión de Justi, entre otras razones, la de que ningún historiador refiere que la iglesia de Coca haya sido profanada, y no hubiera ello sido acontecimiento para pasado en silencio, y además la de que entre el incendio de Medina y la muerte de su ordenador, mediaron cinco años, durante los cuales el movimiento de las Comunidades se ahogó con la sangre de Padilla, Bravo y Francisco Maldonado, primero; con la rendición de Toledo, después, y, por último, con los suplicios del Conde de Salvatierra, Pedro Maldonado, Saravia y Obispo Acuña, y no parece probable que después de tan tremendo escarmiento quedaran á los revoltosos ánimos para nuevos desórdenes.

Ignorando, pues, la razón de la falta del mausoleo, que pudo perderse en el mar ó destrozarse antes de su instalación, nos parece evidente que nunca llegara á colocarse, como lo demuestra la precitada losa, que, por su labor, parece hecha con carácter de perpetuidad, y por su antigüedad bien pudiera ser con-

temporánea de la muerte de Fonseca.

De época anterior es el hermoso arco ojival, de moldura decrecente y llamado de la Villa, que se abre en un lienzo de la muralla, que aún rodea en parte á Coca. Una galería con arcos de medio punto, que sirvió antaño para cárcel de los Alcaldes de la Villa, corre por cima de la puerta.

—¿Por fin llegamos á la puerta?—exclamarán regocijados los pacienzudos lectores.

—Sí, hemos llegado á la puerta—les respondo;—salgamos por ella, despidiéndonos como buenos amigos y que esta buena amistad disculpe mis muchas faltas.



ÁVILA



RECUERDOS DE UN VIAJE Á ÁVILA [1]

Ciudad es Avila entre todas las de Castilla ilustre y famosa por la hermosura de su asiento, la suntuosidad de sus edificios y la alteza de sus hechos.

Envueltos en las nebulosidades de la fábula sus orígenes, la época de su esplendor comienza cuando, al rescatarla del dominio sarraceno el victorioso Monarca Alfonso VI, encomendó á su yerno, el Conde D. Ramón de Borgoña, la ardua tarea de repoblarla y embellecerla, y termina cuando, al formarse la po-

(1) Publicado en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones,* números de 1.° de Febrero y 1.° de Marzo de 190

derosa Monarquía española del siglo XVI, y á consecuencia de aquel movimiento de concentración hacia la Corte que entonces se inició y aún por desgracia dura, los grandes señores que en ella habitaban la abandonaron, con cuyo hecho coincidió la expulsión de los industriosos judíos, que movían sus fábricas y traficaban con sus productos. Por tales causas, desde principios del siglo XVII la población disminuyó rápidamente, los campos se esterilizaron y á la actividad y á la abundancia sucedieron el abandono y la penuria.

Grave mal ha sido éste para los intereses materiales de la ciudad castellana; pero fuerza es convenir en que al artista soñador y aun al juicioso arqueólogo no desagrada este atraso, merced al cual pueden ver, á comienzos de la vigésima centuria, una población, quizá única, por la pureza con que conserva su carácter medioeval. En efecto; el escaso desarrollo de sus necesidades no ha hecho necesario el derribo de sus viejas murallas, que todavía se levantan pode-

rosas y esbeltas como en plena Edad Media; la piedad incontaminada de sus habitantes atiende al sostenimiento de la Catedral y de las Basílicas románicas con suficiente decoro y el estacionamiento de la población no ha obligado á cambiar en productivas viviendas de tres ó cuatro pisos los espaciosos palacios señoriales que aún subsisten en pie, pregonando las grandezas de Dávilas, Polentinos y Serranos.

Monumento de extraordinaria importancia para la historia del arte militar es la muralla que rodea el casco de la ciudad, dejando fuera de ella grandes barriadas que, reunidas, ocupan una extensión mayor que la parte amurallada.

Cautiva la atención la robustez y fortaleza de esta fábrica, que ha logrado resistir incólume el paso de ocho siglos, llegando hasta nosotros conservada de modo tan portentoso, que no se conoce otra de su género que con ella pueda rivalizar y competir. Esta consistencia y el carácter marcadamente militar de la Catedral, ponen de relieve la diligencia

con que Alfonso VI atendía á la defensa de los territorios que conquistaba, diligencia que no era vana, si se tiene en cuenta que al júbilo de Toledo siguió la tristeza de Zalaca y que la invasión de los almoravides puso á los cristianos en muy apretados trances, siendo grave el riesgo que en aquella ocasión corrieron de perder en pocos meses lo adquirido en varios siglos de incesante guerrear.

Principióse la construcción de las murallas en las postrimerías del siglo XI, habiendo autores, como el P. Ariz y otros no más escrupulosos ni avisados en la elección de datos para sus obras, capaces de afirmar que en ésta sólo se emplearon nueve años, los comprendidos entre 1090 y 1099. Tal hipótesis, ante la crítica actual, aparece cuando menos como muy aventurada, pues por mucho ahinco que el Monarca pusiera en ver llegada la obra á feliz término, está ella ejecutada con esmero y perfección tales, que no se avienen con la precipitación y celeridad que había de traer consigo la brevedad del tiempo que el buen Bene-

dictino y los que le siguen suponen Hariales caer en dicho error, aparte de la falsedad de las tradiciones y consejas que como buenas aceptaban, la unidad que en toda la fábrica se advierte, señal de que se hizo con arreglo á un plan fijo y determinado, cuyos autores, dudosos hoy, son, según el citado monje afirma, el arquitecto romano Casandro y el maestro de Geometría francés Florín de Pituenga. El Conde D. Ramón, á quien como ya hemos dicho, había confiado su suegro cuanto al bien de Avila se refería, hizo grandes ofrecimientos á los que vinieran á tomar parte en los trabajos para la defensa y ornato de la ciudad, y atraídos por este imán, acudieron gallegos, asturianos, leoneses y vizcaínos en gran número, y no pocos franceses, compatriotas del Conde. A estos trabajadores libres se unió buen golpe de esclavos moros, enviados por el Rey de Aragón, ganoso de contribuir á aquella empresa.

Ignórase aún si el perímetro de los muros se trazó entonces por vez primera ó si se siguió y aprovechó alguna cons-

trucción anterior, obra de sarracenos, godos ó romanos. En varias piedras que forman parte de la muralla hallan algunos pruebas para defender esta última opinión, que podrá ser cierta, aunque nada suponen tales materiales, que bien pudieron ser desde otros lugares transportados.

Lo cierto es que, aun cuando otra cosa traten de hacernos creer Méndez Silva, el escribano Cianca, el P. Murillo y Colmenares, que por tomar como punto de partida para sus relaciones la fundación de Avila por uno de aquellos Hércules que siempre tienen á mano los escritores encomiásticos, para adornar con resplandores semidivinos el origen de los pueblos de que tratan, se esfuerzan por demostrarnos, á cada momento, que por ser la ciudad del Adaja hija de padre tan excelso, había de figurar en primera línea en todo tiempo y ocasión; lo cierto es, repetimos, que su importancia durante las dominaciones romana y goda fué muy escasa, siendo, por tanto, de presumir que no estuviera cercada.

El material empleado en esta fábrica es la piedra berroqueña, con la cual se construyeron los espesísimos lienzos, las 2.500 almenas que los coronan, los 188 cubos ó torreones que los flanquean y las nueve puertas que dan acceso á la ciudad.

Entre estas puertas, merecen especial mención la de San Vicente y la de San Pedro, llamada también del Alcázar y del Mercado Grande. Abrense ambas en la parte oriental de la muralla, y en ellas es igual el tipo, apareciendo la puerta formada por un arco de medio punto, protegido por dos salientes torreones almenados, unidos en su parte superior por una especie de galería, también almenada, que se apoya en otro arco de medio punto.

De menor importancia son las puertas llamadas del Mariscal, en memoria del de Castilla, Alvaro Dávila, tronco de la ilustre casa de Bracamonte; del Peso, inmediata á la Catedral; del Carmen, del Puente, de Santa Teresa y del Rastro.

Intimamente relacionada con la muralla se encuentra la Catedral. Al comen-

zar á construirla, por orden del Conde D. Ramón, en 1091, el maestro Alvar García, natural de Estella, tuvo muy en cuenta las circunstancias azarosas de la época, constantemente turbada por las algaradas de los musulmanes y las tropelías de los Infanzones, y siguiendo el plan que ellas le imponían, le dió el carácter de fortaleza ó acrópolis, dotándola de recios muros, almenas y matacanes, y colocando el ábside *á caballero*, sobre la muralla, según práctica muy frecuente en las Catedrales edificadas durante los siglos XI, XII y XIII.

Es este ábside lo primero que de la Catedral se construyó. Su recia mole románica aparece adornada con medias cañas y machones (perforados éstos en tiempo de los Reyes Católicos para dar luz al interior), y por cima corre el adarve, protegido por recio matacán, guarnecido de almenas. Forma una segunda línea de defensa otro muro, prolongación del trasaltar, más alto que el primero y como él fortificado.

Muy posterior al ábside es la portada

lateral del Norte, gallarda muestra de la arquitectura ojival en su primer período. A cada lado del ingreso (hoy condenado), aparecen colocadas seis estatuas de los Apóstoles, cuyos pies descansan sobre elegantes columnillas de variados capiteles, y cuyas cabezas protegen lindos doseletes, de donde arrancan cinco ojivas decrecentes y concéntricas, tan ricamente adornadas como el tímpano, cuyo centro preside la estatua sedente del Salvador.

En la fachada principal, que es la que mira á poniente, se levantan dos torres, sin terminar la del Sur, y concluída su compañera, que se alza majestuosa, coronada de almenas y flanqueada por cuadrados y salientes machones, en cuyas aristas campea, desde la mitad próximamente de su altura, rica guarnición de bolas. Abrense en esta torre dos órdenes de dobles ventanas ojivales, ciegas en el primer cuerpo y rasgadas en el segundo, adornadas todas ellas con la imprescindible moldura de bolas, tan repetida en los edificios de Avila.

Ocupa el espacio comprendido entre las citadas torres la portada, feo monumento, fruto de una época de pésimo gusto artístico, que trató en esta ocasión de imitar el estilo gótico, é hizo de él una ridícula parodia, siendo lo peor del caso que, el segundo cuerpo de este desgraciado portal, ocupado por siete malaventuradas estatuas apoyadas en mascarones horrorosos, cobijadas bajo ridículos doseletes y separadas unas de otras por chavacanas columnas, oculta en parte una magnífica claraboya ojival de buena época.

Hallamos, pues, en esta Catedral, como en la vieja de Salamanca, en la de Tarragona, en la de Lérida y en otras varias pertenecientes á la misma época, unidos y hermanados el viejo estilo románico, con arreglo al cual fueron comenzadas, y el ojival que, importado en España á mediados del siglo XII por los monjes del Císter, se impuso rápidamente por su belleza y elegancia, y presidió la conclusión de dichos templos.

El intertor del de Avila tiene la forma

de una Basílica, con sus tres naves, crucero y ábside. En la nave central, de nueve metros y catorce centímetros de ancho, se distinguen tres órdenes de arquería ojival. El primero de ellos la separa de las dos laterales, que tienen, aproximadamente, dos metros menos de anchura, por medio de pilares, cuya planta tiene la forma de cruz griega, que sirven de apoyo á las ojivas. Los otros dos, que se corresponden exactamente con el primero y tienen idéntica disposición, forman un doble *triforium*, ciego en el cuerpo inferior, formado por seis pequeñas ojivas trazadas dentro de una grande, que les sirve como de marco, y abierto en el superior y adornado en parte con vidrieras de colores.

De otras tres naves de distinta altura consta el crucero, cuya disposición actual data del siglo XIV, á principios del cual fué engrandecido su brazo septentrional por la munificencia del deán D. Blasco Blásquez, y el meridional por la del célebre Obispo de la misma familia, D. Sancho Blásquez Dávila. Los lin-

dos ajimeces abiertos en los testeros y las claraboyas de los ábsides alumbran el crucero, donde en buenas sepulturas reposan los liberales sacerdotes que le embellecieron y ampliaron, otros varios caballeros de la casa de Dávila y el deán y el caballero Valderrábano.

El ábside tiene dos naves de igual altura, muy angostas y separadas por una serie de columnas que sobre los renovados fustes de granito conservan los antiguos capiteles románicos, labrados en piedra caliza. Nueve pequeñas capillas, afeadas con altares modernos de mal gusto, sirven de enterramiento á varios de los Obispos avilenses, y se extienden en semicírculo á lo largo del muro, siendo ésta la parte más antigua de la Catedral.

La capilla mayor de ésta no ostenta, como las de otras Catedrales, aparatoso retablo entallado en madera ó esculpido en alabastro con el afiligranado primor del estilo ojival ó con la corrección de líneas y armonía de conjunto propias del Renacimiento; pero presenta, en cambio,

en los veinte recuadros que forman los tres compartimientos del suyo magníficas pinturas debidas á la inspiración de Santos Cruz, Pedro Berruguete y Juan de Borgoña, afamados artistas de fines del siglo XV y principios del XVI, que, apartándose de la influencia flamenca extendida en España por Van Eyek y Van Der Weyden, habían buscado su inspiración en la Escuela toscana y logrado rivalizar con los grandes maestros de ésta, Ghirlandajo, Signorelli y el Perugino, en la belleza y gracia de sus creaciones.

Pedro Berruguete, de quien el profesor Justi afirma que por ningún conterráneo suyo fué igualado en *la concepción realista de los tipos nacionales, la fuerza del color, la seguridad del dibujo, la perfección de la perspectiva y el hábil empleo de las superficies doradas* dejó arrogante prueba de su genio en los recuadros ocupados por las diez figuras de San Pedro y San Pablo, Evangelistas, y Padres de la Iglesia y en las cinco composiciones que representan la Anunciación, la Natividad, la Adoración de los Reyes

Magos, la Circuncisión y la Oración en el Huerto. Y cuando en los primeros años del siglo XVI le sorprendió la muerte, ya viejo y rico, honrado y ennoblecido por Felipe I y satisfecho con dejar tan brillante heredero como su hijo Alonso, por algunos llamado el Miguel Angel español, entonces hubo de encargarse de la conclusión del retablo Juan de Borgoña, artista de tanta fama como su predecesor, como lo prueban estos cinco recuadros, sus pinturas en la Sala Capitular de Toledo y la opinión unánime de los críticos, llegando Cean Bermúdez á decir que nadie como él *entendió los partidos de los paños ni dió más brillantes en el colorido á sus obras.*

Adosados á los pilares que sustentan el arco que da ingreso á la capilla mayor, aparecen dos pequeños altares de alabastro, ricamente esculpidos con la minuciosidad y el esmero propios del estilo plateresco. Ejecutáronse estas obras á principios del siglo XVI y bien pudieran ser de Domingo Fancelli, que en aquella ocasión se hallaba en Avila labrando el

mausoleo del Príncipe D. Juan, la estatua de Santa Catalina, que ocupa el nicho central del altar del lado del Evangelio, y de Alonso Berruguete, la bellísima imagen que ocupa el otro altar y representa al Patrono de la ciudad, San Segundo, uno de los varones apostólicos venidos á España á mediados del siglo I de la Era cristiana para sembrar la semilla del Evangelio, y primer Obispo de Avila, según piadosa tradición. Falto de conocimientos para decidir por mí en este asunto me he limitado á copiar la opinión de Justi (1).

En estos mismos pilares, y cobijados por modernos tornavoces de madera, se apoyan dos púlpitos de hierro sobredorado ejecutados, en estilo gótico el del lado de la Epístola y el del Evangelio en estilo del Renacimiento.

Ocupan los cuatro compartimientos laterales del trasaltar otros tantos grandes medallones con las efigies de los Evangelistas en alto relieve y llena el central

(1) Baedeker, *Espagne et Portugal. Les arts en Espagne; Aperçu historique*, par C. Justi, págs. LI y LV.

un magnífico sepulcro alabastrino profusamente adornado, donde reposa el más ilustre Pastor de la grey avilesa, el clarividente teólogo, portentoso polígrafo é inspiradísimo escritor Alfonso de Madrigal, pasmo de sus contemporáneos, que con razón le llamaron *Universal océano de los ciencias*, tanto fué su saber. El escultor ha querido representar al *Tostado* sentado en rica cátedra, vestido con traje de pontifical y en actitud de escribir; la más adecuada para el individuo, á quien la fama dió nombre del más fecundo escritor de las edades pasadas.

El coro, situado frontero al altar mayor, según práctica comunmente seguida en las Catedrales españolas, luce magnífica sillería de nogal, esmeradamente entallada por el holandés Corniellis durante los años de 1536 á 1547, con imágenes de santos y escenas de sus vidas, representadas en composiciones de extraordinaria variedad.

Admitida la práctica de colocar el coro en la nave central, donde viene á formar como una especie de edificio aislado, sur-

gió la necesidad de cubrir ostentosamente sus muros, para que, distraída la atención á la vista de obra tan acabada, no reparase en que ella era sólo un aditamento postizo que rompía la unidad interior del templo. Por tal razón, en los altares de los trascoros la riqueza de los materiales corre parejas con el primor de la ejecución, presentando un conjunto á veces más lujoso que el del altar mayor.

Juan de Res y Luis Giraldo comenzaron, en 1532, la obra del trascoro de Avila, digno de mérito por la buena disposición de los compartimientos y el acertado reparto de los medallones, que representan varios pasajes de la infancia de Jesús, presididos por el de la Adoración de los Reyes. Notables son estos relieves, como igualmente las catorce figuras de ancianos que ostenta el friso y el coronamiento, verdaderamente pagano, donde aparecen entrelazados niños, esfinges, centauros y cornucopias.

En la imposibilidad de detenernos en el estudio de todas las capillas, hagamos

al menos mención de dos de ellas. La de San Segundo, espaciosa y severa, comenzada en 1595 por Francisco Martín y Cristóbal Jiménez, discípulos de Francisco de Mora, con arreglo á los planos de éste, para sepultura del varón apostólico que le da nombre, y la de Velada, notable por la hermosura de su media naranja y sus buenas pinturas.

Adornaban antaño esta Catedral hermosas vidrieras, pintadas unas por Juan de Valdivieso y Juan de Santillana, que recibieron el encargo de hacerlo en 1497, y otras por artistas del siglo XVII, cuyos nombres no han llegado hasta nosotros. Las inclemencias del tiempo y la incuria de los hombres acabaron con casi todas ellas, subsistiendo hoy solamente una en la capilla mayor, donde aparece pintada la figura de San Juan, y algunas, muy pocas, en el lado izquierdo de la nave central, debidas todas ellas á Valdivieso. Las demás han sido sustituídas por modestísimos cristales.

En el brazo meridional del crucero, una puerta ojival polícroma da acceso á

la sacristía, donde llaman poderosamente la atención la bóveda, *en cuya clave y aristas brilla el oro,* como dice Cuadrado, y un hermoso retablo de alabastro, tan delicadamente trabajado, que alguien le ha supuesto producto de la misma mano que esculpió la estatua de San Segundo, de que antes nos ocupamos. Oculta la sacristía en relicarios y armarios, reliquias más ó menos auténticas, piezas de mayor ó menor mérito y una verdadera obra de arte. Es ésta una custodia, cronológicamente la primera y artísticamente la segunda (pues sólo la vence en primor la que labró para Sevilla), de las obras maestras del celebrado Juan de Arfe, hijo y nieto de artistas famosos, escultor, platero, matemático, escritor y poeta. Consta de tres cuerpos, jónico, corintio y compuesto, y tiene por argumento el sacrificio de Isaac. Hállase trabajada con el prolijo esmero que constituye la nota característica del artista leonés, hombre tan aplicado y minucioso que, para el estudio de las figuras comenzó por aprender anatomía en Sala-

manca, y no hallándose todavía satisfecho, llegó á hacer lo que verá el que leyere los siguientes versos de su célebre obra *Varia Commensuración:*

De mi propia estancia, en escondida
parte, miré gran tiempo la presencia
de un cuerpo embalsamado do, los gruesos,
largos y formas vi de todos huesos.

A la vista de obra tan perfecta, se comprende el júbilo del Cabildo, que la recibió con extraordinaria pompa en 12 de Mayo de 1571.

Si en estos desmañados apuntes hubiera de seguirse un orden cronológico riguroso, el autor tropezaría con una gran dificultad al dar por terminado el estudio de la Catedral y disponerse á emprender el de las dos Basílicas, pues no sabría á cuál de ellas otorgar la preferencia. Que no es cosa baladí tal cuestión de etiqueta, lo demuestran los serios altercados y las colisiones sangrientas que antaño produjo entre los feligreses de San Pedro y los de San Vicente, deseosos á todo trance de dar á sus respectivas parro-

quias el primer lugar en todas las procesiones. A fin de evitar la repetición de tamaños desafueros sin disgustar á nadie, ocurriósele en 1581, al Obispo Temiño, algo parecido á lo que dispuso Salomón en su famoso juicio, y lo que se le ocurrió fué partir la primacía entre las dos iglesias banderizas, por lo cual, desde entonces sale primero de la Catedral la de San Pedro, cambia de puesto á mitad de camino y entra la última. En el caso presente no puede aceptarse este sistema, si ha de ir la narración medianamente hilvanada, en vista de lo cual, el autor se decide por hablar en primer término de la Basílica de San Vicente, teniendo para ello en cuenta, entre otras varias razones, la nacionalidad española del titular de ella y el orden en que él las vió y estudió en su viaje á Avila.

El plan general de San Vicente, cuya edificación debió de comenzar á principios del siglo XII, es el de una Basílica románica, aunque tampoco carece de cierto sabor ojival en sus partes más modernas. El autor es desconocido, pero la

elegancia, delicadeza y firmeza que en ella se observan, acusan una marcadísima influencia francesa y hacen pensar en que tal vez lo fuera alguno de aquellos frailes Cluniacenses que tanto predominio ejercieron en todas las manifestaciones de la actividad nacional, á partir del reinado de Alfonso VI, cuyas aficiones galaicas le llevaron á compartir su tálamo con dos Princesas francesas, á valerse de caballeros de esta región para sus luchas contra los agarenos y á entregar á clérigos y frailes nacidos allende el Pirineo los más pingües beneficios eclesiásticos.

El 26 de Julio de 1882, el Gobierno, teniendo en cuenta la antigüedad y extraordinario mérito de esta iglesia, declaróla monumento nacional, y viendo que amenazaba inminente ruina, dió orden de que se procediese á su inmediata restauración. El arquitecto actualmente encargado de ella es el Sr. D. Enrique María de Repullés, que ha puesto al servicio de esta empresa el abundante caudal de sus conocimientos y gustos

artísticos, la energía de su voluntad y su actividad inmensa.

Las obras avanzan con no vista presteza. Completamente renovada aparece ya la parte oriental, que es la más antigua, y si no fuera por unas miserables casucas que las faenas de la restauración hacen necesarias para viviendas de trabajadores y depósitos de materiales, se podrían contemplar holgadamente los tres ábsides que rematan las naves, más elevado y saliente el central que los laterales, y todos igualmente adornados con sencillas impostas y esbeltísimas columnas, rematadas con capiteles corintios.

También aparece ya completamente restaurada la fachada meridional del edificio. La puerta colocada en esta banda, en la actualidad único ingreso de la iglesia, está formada por una serie de arcos decrecentes, guarnecidos de frondosísimo follaje y sostenidos por columnas, en cuyos capiteles el arte románico apuró en el simbolismo su inagotable fantasía.

Cobija esta portada un elegante pórti-

co de 12 arcos que, extendiéndose desde el brazo derecho del crucero, llega hasta más allá de los pies del templo, siendo de suponer que los iniciadores de esta obra, llevada á cabo á mediados del siglo XVIII por Fr. Antonio de San José Pontones, arquitecto de S. M. y constructor de la mina de comunicación entre el monasterio de El Escorial y las casas de oficio (1), pensaran prolongarla hasta el brazo izquierdo, pasando por delante de la fachada principal. Debajo del pórtico y adosadas á los muros de la iglesia hay algunas sepulturas de escaso mérito.

Corona esta parte del edificio una espléndida cornisa, donde en canecillos, metopas y sofitos, dió rienda suelta á su imaginación el artista encargado de adornar los 207 miembros de que se compone, sin llegar á repetirse y desplegando *rara maestría y profunda intención, perfecto conocimiento del bulto y de la anatomía*, según dice, con elegante frase,

(1) Llaguno, *Noticia de los Arquitectos y Arquitectura en España desde su restauración.*

el Sr. Repullés en su notable monografía *Basílica de los santos mártires Vicente, Sabina y Cristeta, en Avila.*

Hállanse actualmente en restauración la fachada septentrional, donde se abre una sencilla puerta, y la de poniente, que es la principal. Forman el primer cuerpo de ésta tres grandes ojivas, la central, más elevada y abierta, para dar ingreso al atrio, simuladas ó ciegas las laterales, que sirven, á modo de dosel, á dos arcos de medio punto, sostenidos por delgadísimas columnas, que bajan hasta la tierra. Corre por cima de la ojiva central una menuda imposta, donde se apoyan las jambas de dos ventanas de medio punto. Sobre las ojivas laterales se levanta un segundo cuerpo, con doble serie de ventanas ojivales, abiertas en forma de ajimez en la del Sur y cerradas en la del Norte.

Alzase sobre ésta todavía un tercer cuerpo, que sirve de campanario; está separado del inferior por una cornisa de granito con molduras de bolas, y fué edificado ó reedificado en el siglo XV con

limosnas de los fieles. En él hay tres huecos, de forma extraña, algo parecida á la conopial, y adornado el del centro con las tan repetidas bolas. Terminan las cuatro paredes de esta torre en forma de triángulos truncados, con los tres lados revestidos por una serie de piedras de granito, á manera de hojas treboladas.

En cada uno de los muros del atrio aparece una portada. Las laterales son góticas y dan entrada á las capillas de los Orejones y los Palomeques, antiguas familias de Avila, que gozaban del privilegio de morar en las torres de la Basílica para atender á su defensa y del de ser luego en ellas sepultadas. La central es de gran suntuosidad y exquisito gusto, y en ella, más que en ningún otro miembro del edificio, se deja ver la influencia francesa. Fórmanla cinco arcos decrecentes, de medio punto, primorosamente labrados, que reposan sobre columnas seguidas las exteriores y partidas las otras en dos mitades, desnuda la inferior y revestida la de encima, con las figuras de los Apóstoles, animadas y llenas de

vida. Separa el doble ingreso otra columna de igual modo repartida que las laterales, en la cual se halla adosada la estatua sedente del Salvador. El dintel reposa en dos cabezas de león, que coronan las jambas, y en dos cabezas de toro, que se apoyan en la columna central. Finalmente, de ésta á cada una de las jambas, aparece trazado un arco de medio punto, que sirve como de marco á unas figuras que representan, en el lado izquierdo la parábola del rico Epulón, y en el derecho la del Hijo Pródigo.

El cimborrio es cuadrado, de puro estilo románico, adornado, como todos los de su orden, por cuatro cruces en los ángulos. Consta de dos cuerpos separados por una pequeña imposta. En el superior, y descansando sobre ésta, se abrió, con posterioridad á la edificación, una ventana ojival.

Aparece el interior, de 54 metros de largo, dividido en tres naves por pilares que, como los de la Catedral y casi todos los del siglo XII (los de San Pedro entre otros), tienen la figura de una cruz grie-

ga, con semicolumnas corintias apoyadas en sus brazos y descansan en un zócalo circular. Corren de pilar á pilar arcos de medio punto y sobre ellos una imposta donde descansan los ajimeces del *triforium*. El tercer cuerpo de la nave descansa sobre el ábaco de las pilastras y se halla formado por el cuerpo de luces. Las bóvedas son más modernas, por arista y en ojiva, y no hallándose preparado para ellas el plan del edificio, el artista, para apoyarlas, coronó las pilastras con capiteles que las cortan diagonalmente.

El monumento de mayor importancia que entre sus muros encierra la Basílica de San Vicente, es el magnífico sepulcro donde, según firmísima creencia de los avileses, yacen los cuerpos del santo titular y de sus dos hermanas Sabina y Cristeta. Fuerza es convenir en que esta creencia no se halla debidamente verificada, apoyándose sólo los que la sustentan en la constante tradición, en Breves de los Papas y en Reales privilegios, por más que alguno de éstos (el otorgado por

Fernando IV en 1302) nada afirme, empleando al referirse á los mártires la frase: *Cuyos cuerpos dicen soterrados en la dicha iglesia*, con lo cual da á entender que acepta esta opinión como rumor solamente. De un suceso dan cuenta las Crónicas de Avila, en que aparece lo sobrenatural interviniendo en este asunto, y no para ponerlo en claro ciertamente, sino antes bien para hacer más densa y opaca la obscuridad que lo rodea. Es el caso que en 1465 el Obispo D. Martín de Vilches, deseoso de salir de dudas, organizó una gran función religiosa, en el discurso de la cual, y luego que hubo acabado de celebrar la Misa, mandó levantar la tapa de la sepultura, se aproximó á ella y metió la mano, retirándola á poco tinta en sangre, con lo cual renunció á practicar nuevas pesquisas.

Nada se sabe, pues, de cierto de si fueron ó no restituídos al lugar en que sufrieron el martirio los tres santos evorenses ó talaveranos, cuyos cuerpos, en 1065, autorizado por Fernando I, trasladó con gran pompa á su monasterio de

San Pedro de Arlanza el abad D. García, pasando posteriormente el de San Vicente á León y el de Santa Sabina á Palencia.

Claramente se distinguen en el sarcófago dos partes, la urna del siglo XIII y el abigarrado baldaquino que la cubre, costeado en 1470 por el Obispo Vilches y las principales familias de la ciudad cuyos escudos aparecen entre la exuberante hojarasca que decora el friso. Sirve de coronamiento á este baldaquino una especie de pirámide de lados imbricados, cuya cúspide remata la estatua del santo. Una arquería lobulada, que descansa en pequeñas columnas de variadísimos fustes, sostiene la urna, en cuya cabecera se halla esculpida, en bajo relieve, la imagen del Salvador. Otro relieve, á los pies, representa la coronación de la Virgen, y en los medallones que ocupan los lados, aparecen diversos episodios del truculento poema del martirio, ocurrido el año 306, siendo Emperador Diocleciano; la conversión de un judío, que al intentar acercarse á los desnudos

cuerpos de las vírgenes, se vió acometido por una espantable serpiente, que le puso en punto de perder la vida, y la edificación del templo para sepultura de los santos por el mismo judío.

Es de advertir aquí que, antes de que los modernos adelantos de la Arqueología hubiesen venido á barrer y desechar muchos errores que por verdades pasaban, se creyó que la Basílica y el sepulcro actuales eran los construídos por el hebreo cuando el edicto de Constantino dió paz á la Iglesia de Cristo, que se conservaban merced á muchas y bien entendidas reparaciones y á especial favor divino. Esta antigüedad y los prodigios que se decían obrados por los santos hermanos á favor de los que los invocaban, fueron causa de la celebridad y gran crédito de la iglesia y el sarcófago, hasta el punto de que, á falta de otras pruebas, hacían fe, en juicio, los juramentos que sobre él se prestaban, práctica que abolieron en las Cortes de Toro de 1505 los Reyes Católicos por considerarla en exmo irrespetuosa para con el Todopode-

roso, cuya intervención indebidamente se intentaba provocar y sobre manera expuesta al perjurio.

Dignas son también de verse en esta iglesia las tres imágenes en piedra de los mártires, de época incierta, que se hallan en una de las capillas absidales, las antiquísimas verjas de algunas otras y la cripta donde se venera la imagen de la Soterraña.

Rival en antigüedad, como ya hemos manifestado, y no inferior en mérito artístico á la Basílica de San Vicente, la de San Pedro ocupa, con su fachada principal, gran parte del lado de poniente de la espaciosa plaza del Mercado Grande, animado centro de transacciones en determinados días de la semana entre los habitantes de la ciudad y los de los pueblos comarcanos, y lugar de extraordinario interés histórico por haber sido teatro de la afrentosa ceremonia de la deposición de Enrique IV, llevada á cabo con ridícula solemnidad, en 5 de Junio de 1465, por los nobles, contra él y su valido, amotinados y dirigidos por el turbulento Arzo-

bispo de Toledo, D. Alonso Carrillo.

Distínguese la Basílica que nos ocupa por la pureza de su estilo románico, la majestad del conjunto y la sobriedad de su ornamentación. En su fachada principal no se admiran torres elevadas ni ricos pórticos; todo es sencillo y serio; dos salientes machones la dividen en tres partes, completamente lisas las laterales y dividida la central en dos cuerpos, separados por finísima imposta dentada. Ocupa todo el hueco inferior la portada; los seis arcos de medio punto que la forman, los capiteles en que se asientan, los fustes que con estos capiteles forman las columnas, todo está desnudo de adornos, desprovisto de labores, liso y uniforme. Reposan sobre la imposta dos grandes arcos de medio punto, tan sencillos como los de la portada, y en el hueco que dejan se abre una inmensa claraboya circular. Sobre ésta, en el atrio, aparece una tosca estatua del Salvador. No puede darse nada más sencillo; ¡pero qué elegancia y qué belleza tiene su sencillez!

Varias casas ocultan la fachada meridional; en la del Norte, severa é imponente, una puerta ricamente adornada en sus arcos y capiteles y una cornisa que sobre ella corre, rompen un tanto la monotomía. La parte oriental la ocupan los ábsides, de igual modo dispuestos; pero menores que los de San Vicente.

El interior consta, como el de ésta, de tres naves de distinta altura, crucero y capillas absidales, tal vez mejor conservadas, sin abigarradas pinturas en los muros. Las capillas tienen poco mérito y sólo por los recuerdos históricos que evoca, debe citarse la que ocupa el extremo del brazo derecho del crucero que sirve de panteón á los Serranos, una de las más opulentas y linajudas familias de la ciudad.

La gran piedad de los nobles avileses llevóles á emplear las copiosas riquezas de que gozaron durante los siglos medioevales en la erección de numerosos templos, algunos de ellos espléndidos. El tiempo apremia y el espacio falta. Es, pues, imposible tratar de estudiarlos;

contentémonos con citarlos de pasada. En la parte meridional de la población se hallan los de San Nicolás y Santiago; al lado opuesto, cerca de San Vicente, el de San Andrés, de estilo románico; ya casi en el campo, hacia esta misma parte, la ermita de San Martín, mudéjar; cerca del río, y no lejos de la puerta del Puente, la iglesia de San Segundo, donde se admira una hermosa estatua en alabastro del titular, regalo de D.ª María de Mendoza, mujer de Francisco de los Cobos, y parte de las cenizas, que en unión de huesos, vestiduras y otros objetos aparecieron en la misma iglesia en 1519 y fueron en 1594 con inusitada pompa trasladados á la Catedral. Finalmente, en el centro de la ciudad, é inmediata á la hermosa plaza rectangular de la Constitución, de la cual viene á formar uno de los lados, por no haberse aún levantado los edificios del ala meridional, que han de relegarla á segundo término, aparece la modesta iglesia de San Juan, de escaso mérito arquitectónico, sencilla portada é insignificante

planta, pero gloriosísima por guardar en obscura cripta, situada debajo del altar mayor, las cenizas de uno de los más famosos Generales españoles, Sancho Dávila, el vencedor de los moriscos y de los flamencos, el auxiliar del Duque de Alba en la campaña de Portugal, el *Rayo de la guerra*, y por conservar á los pies de la iglesia la pila donde recibió las aguas del Bautismo la mujer clarividente, en quien la humanidad admira, como con inspirada frase dice su apologista el señor Lafuente, *el modo tan halagüeño con que descorre una punta del velo misterioso que acá en la tierra nos oculta el cielo*, la gran Santa Teresa de Jesús.

De los muchos monasterios que hubo en Avila, el más famoso por su historia y más sobresaliente por su mérito, es el de Santo Tomás, fundado, construído y dotado con extremada largueza por los Reyes Católicos en los años de 1482 á 1493. Promovió tal liberalidad, aparte de los levantados sentimientos de los esclarecidos Monarcas, que á ella les inclinaba, la influencia que sobre su ánimo ejer-

ciera el terrible Dominico Fr. Tomás de Torquemada, primer Inquisidor general de España, quien, grandemente aficionado á todo lo de su Orden, hizo á este convento objeto de su especial predilección, y, deseoso de engrandecerle y magnificarle, consiguió de aquéllos que aplicaran á su ornamentación parte no escasa de los bienes de los judíos que á la Corona correspondieron en virtud del edicto de 31 de Marzo de 1492, que decretó la expulsión de la raza hebrea, y que establecieran en él una Universidad, que confirmada luego por Felipe IV, en 1638, ha subsistido hasta principios del pasado siglo XIX.

Flanquean la fachada principal dos salientes contrafuertes, con las aristas revestidas de perlas ó bolas. Sartas de éstas forman dos impostas, una que corre algo por cima de la portada, y otra que corona el edificio. Entre ambas queda espacio suficiente para una sencilla claraboya circular y un escudo con las armas de Aragón y Castilla. Un amplio arco conopial da ingreso á la iglesia, espacio-

so edificio, de estilo gótico florido, con una sola nave, cubierta por bella bóveda, cuyas claves adornan dorados medallones, amplio crucero y doble serie de capillas laterales, ocupadas por altares modernos, afortunadamente trazados con arreglo al estilo general, y cerrados por buenas verjas. El conjunto es severo y majestuoso; parece que se ha querido prescindir de todo adorno superfluo para que la atención se reconcentre en el soberbio retablo del altar mayor, verdadera joya del arte pictórico español.

Ocupa el centro del preciado retablo la prefulgente figura del gran filósofo cristiano, autor de la *Suma*, y asombro del mundo por la profundidad de su ciencia y la claridad de su doctrina; rodéanle ocho ángeles, que le contemplan y sonríen, como si, arrobados, le escuchasen. En el cuerpo inferior se hallan las figuras de los cuatro Padres de la Iglesia latina, cual si el autor hubiera tratado de probar la gran altura á que sobre ellos se elevó, con alientos de águila, el Angel de las Escuelas. Finalmente, cuatro es-

cenas de su gloriosa vida aparecen en los retablos laterales.

Mucho se discutió acerca del autor de tan maravillosas pinturas. Creyóse por algunos que lo era Fernando Gallegos. Otros, como tal, proclamaron á Juan de Borgoña. Pero la última palabra sobre el caso acaba de pronunciarla Carlos Justi. Para él no cabe duda; Pedro Berruguete, de quien ya hicimos el oportuno elogio al hablar de sus trabajos en la Catedral, es el autor de esta obra, la más célebre de todas las suyas, por lo cual el profesor alemán le denomina *Maestro de Santo Tomás*.

Apenas concluída la construcción de esta iglesia y cuando eran mayores la prosperidad y bienandanza de que gozaba la recién formada nacionalidad española, sufrieron los augustos fundadores, con señalada resignación, el dolor más agudo que sufrir pudieran sus corazones de padres amantísimos, la pérdida de su heredero, el Príncipe D. Juan, mozo de grandes alientos, y de quien mucho esperaban, tanto por la bondad y excelen-

cias de sus prendas naturales, como por la esmeradísima educación que de ellos y del erudito toscano Pedro Martín de Anglería recibiera. Murió el Príncipe en Salamanca, á los veinte años de su edad, y á poco de haber contraído matrimonio con la Princesa Margarita de Austria. Para sepultarle escogieron los Reyes el convento de Santo Tomás, en mitad de cuyo crucero aparece la suntuosa urna donde yace, de estilo Renacimiento, decorada con relieves, que representan la Virgen María, San Juan Bautista, las Virtudes Teologales y Cardinales y Santo Tomás, y flanqueada por cuatro grifos. Sobre este sarcófago reposa la interesante figura del Príncipe, armado de todas piezas y con manto y corona, delicadamente ejecutada, y obra, á no dudarlo, de distinta mano que la urna.

Un tanto parecida á la de su amo y señor es la sepultura, bastante deteriorada por cierto, donde reposan sus ayos Juan Dávila y Juana Velázquez, su mujer, la cual sepultura ocupa una de las capillas laterales.

Goza de gran fama, por la perfección de su talla, la sillería del coro. No puede negarse, en verdad, que está bien trabajada; pero también es cierto que carece de aquella riqueza de representaciones que con tanta admiración contemplamos en las Catedrales de Toledo, Segovia y otros puntos, y que llega á aburrir por su desesperante monotonía.

A la misma Orden de Santo Domingo pertenece un monasterio muy notable, cuya iglesia es vulgarmente conocida con el nombre de capilla de Mosén Rubí. Fué éste un linajudo caballero francés venido á España, como otros muchos de su país, para ayudar á Enrique de Trastamara en sus luchas contra el Rey D. Pedro I. Numerosos é importantes debieron de ser los servicios del noble aventurero, cuando al subir al Trono *el de las Mercedes,* colmóle de ellas, heredándole en Fuente del Sol y Medina de Ríoseco, dándole títulos y honores, y sirviéndose de él para los puestos de mayor confianza. Su influencia creció durante los reinados sucesivos, y así leemos en los *Anales de Aragón,* es-

critos por Jerónimo Zurita, que en tiempo de Enrique III le fué encomendada la conquista de las islas Canarias, empresa que él cedió á su deudo Juan de Betencourt, y vemos también que con su yerno Alvaro Dávila y otros magnates, acompañó al Infante D. Fernando, *el de Antequera*, cuando pasó de Castilla á Aragón á tomar posesión de la Corona para que había sido elegido.

Falleció Mosén Rubí el año de 1419 en Moncejón, aldea de la provincia de Toledo, y su cadáver fué llevado á esta ciudad y depositado en la capilla mayor de San Pedro Mártir, donde permaneció, hasta que en 2 de Septiembre de 1575, fué trasladado á Avila por su tataranieto D. Diego de Bracamonte, Señor de las villas de Fuente el Sol y Cespedosa.

Fácilmente pueden distinguirse en el edificio actual tres partes distintas, que demuestran que no todo él fué construído en la misma época ni con arreglo á un solo plan. La capilla funeraria, algo parecida en su diseño á la del Obispo, en Madrid, muestra ser de principios del si-

glo XVI, por su estilo, en que se unen y combinan elementos del gótico y del Renacimiento. Posteriormente resultó pequeña para dar fácil cabida á los coros alto y bajo, y con este objeto, ya en pleno Renacimiento, se prolongó la nave, trocando en latina la forma de cruz griega que antes tuviera su planta. El tercer miembro, aún más moderno, lo constituye el convento, cuya fachada forma, con la de la capilla, ángulo recto.

El magnífico sepulcro de alabastro, donde reposaba Mosén Rubí de Bracamonte, ha desaparecido juntamente con sus asendereadas cenizas. De él sólo se conservan unas columnas que soportan los púlpitos y un busto de tamaño mayor que el natural, finamente esculpido y vestido con gran suntuosidad, que ocupa una de las capillas de Santo Tomás, en unión de otros restos del sarcófago.

Aunque en absoluto desprovisto de importancia artística, el convento de San José no puede ser pasado en silencio por hallarse con tan estrecho vínculo unido á la sublime Doctora, honra y prez de la

ciudad del Adaja, y de España entera, que parece como que en él se aspira la delicada fragancia de su ciencia, *la más alta y más generosa que los hombres imaginaron*, según galana frase de fray Luis de León, y que sobre sus muros flota algo del alma de quien tan inmensa la tuvo, que sólo el amor de Dios acertó á llamarla.

El único mérito de este convento consiste en haber sido la primera fundación de la santa, que después de arrostrar y vencer dificultades sin cuento, tuvo la dicha de inaugurarle, con extremado alborozo, el 24 de Agosto de 1562, y también en que conserva en sus dos sencillas iglesias las cenizas de las personas gratas á la inmortal Reformadora, ó sean las de Lorenzo de Cepeda, su hermano; el Obispo D. Alvaro de Mendoza, su gran valedor, y Francisco de Salcedo, *el Caballero santo*, su piadoso y discreto amigo.

Pudiera en verdad llamarse á Avila la ciudad de los palacios, tantos y tan suntuosos son los que en su recinto encierra. Y bien se conoce que fueron le-

vantados por nobles poderosos, hechos al duro ejercicio de las armas, que para la guerra querían hallarse siempre aparejados, pues su aspecto exterior es el de casas fuertes con gruesos muros, almenas y torreones. A este especialísimo género de construcción pertenecen las casas de los caballeros Dávilas, Pedrálvarez, Serrano, Viladas, Bracamontes, Verdugos, Polentinos, y muchos más; que por ser ellos tantos y tan principales y estimados por su calidad y nobleza, recibió la ciudad el nombre de Avila de los Caballeros.



APÉNDICE

EL CASTILLO DE SIGÜENZA

(ROMANCE)



EL CASTILLO DE SIGÜENZA [1]

Viejo alcázar seguntino,
testigo de tanta hazaña,
dosel de tanta grandeza,
de tantos tesoros arca,
inclemente estuvo el tiempo
con tus torres y murallas,
que en tierra yacen las unas,
y las otras, agrietadas,
el momento de caer
parece que sólo aguardan.
Los lujosos artesones
que tus techos adornaban,

(1) Publicado en la *Ilustración Nacional* en 1.º de Noviembre de 1900 y reproducido por la *Alcarria Ilustrada* en 20 de Mayo de 1901.

bajo la cal sepultados
ocultan su linda traza.
Te arrebataron tus muebles,
te arrebataron tus galas
y huyeron de ti tus dueños
buscando mejor morada.
¿Quién cruza tus corredores?
¿Quién se recrea en tus salas,
donde nobles y escuderos
antaño se congregaban
para rendir homenaje
al Obispo que albergabas,
y del cual el poderío
nadie en Castilla igualara?
¿Quién visita el aposento
donde lloró doña Blanca
sus infortunios de esposa,
por su esposo abandonada;
de Reina, sin servidores,
y de extranjera, sin Patria?
¡Diego López de Madrid,
cayeron las barbacanas
y almenas que protegieron
tu denuedo y tu constancia!
Nadie recuerda tu nombre
ni tu lucha porfiada

para defender la Mitra
que Mella te disputaba
y que el Cardenal Mendoza
logró arrancarte con maña,
que si á la fuerza acudiera
tu fuerza le derrotara.

....

....

Viejo alcázar seguntino,
testigo de tanta hazaña,
dosel de tanta grandeza,
de tantos tesoros arca,
plegue al cielo que aún erguidas
se mantengan tus murallas
para que sirvan de ejemplo
á la presunción humana.
¡Nada en el mundo perdura,
todo muere, todo acaba!

